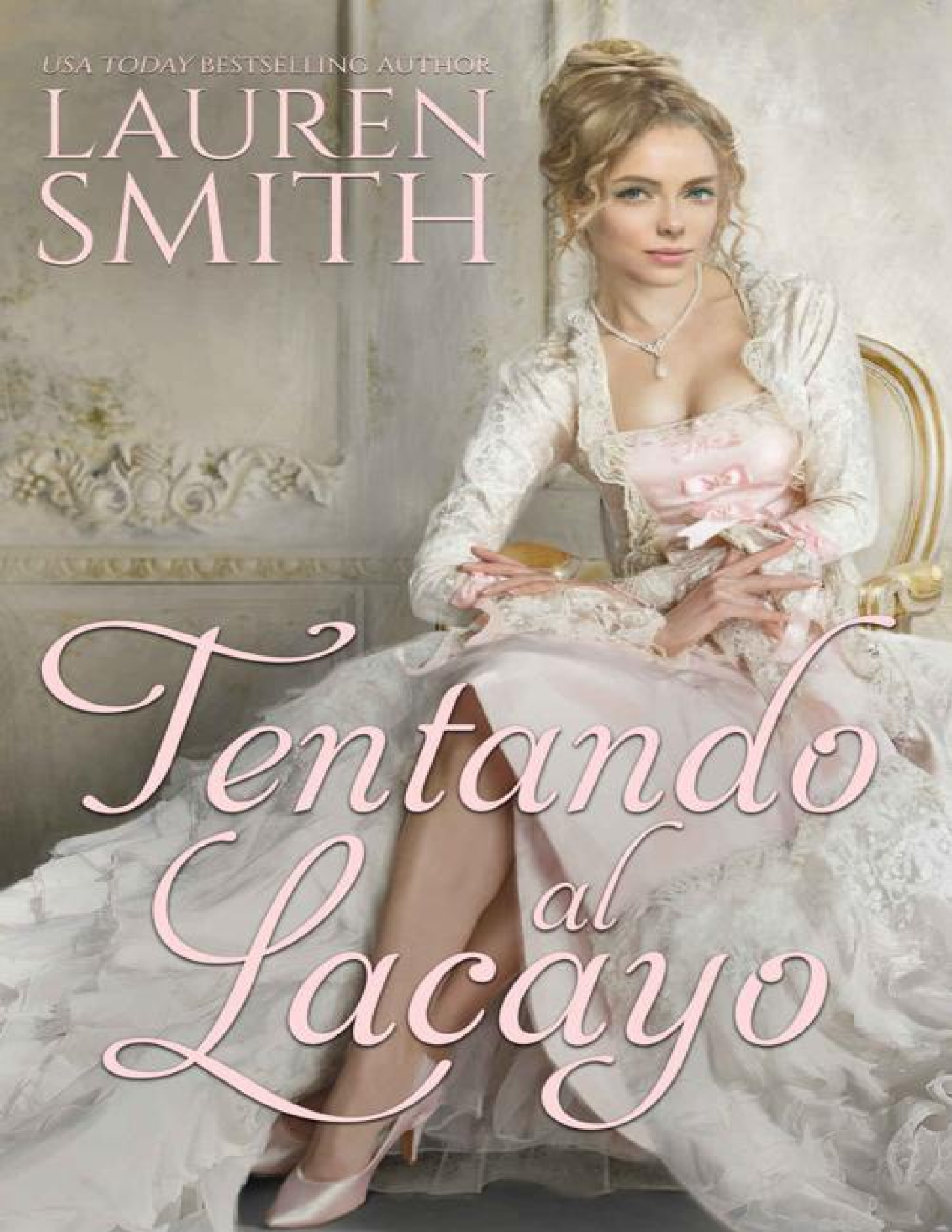


USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

LAUREN
SMITH

*Tentando
al
Lacayo*



Tentando al Lacayo

Lauren Smith

Traducido por
L. M. Gutez



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Vals en la nieve](#)

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2023

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-960374-75-2 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-960374-76-9 (edición papel)

Capítulo Uno

Londres-octubre 1818

Lo que necesitas, querida, es un viaje al campo.

Venetia Dunham estaba recostada en un diván, con una novela gótica abandonada en su regazo mientras miraba la intrincada moldura del techo de su casa de Mayfair. Bajó la mirada hacia quien le hablaba, su abuela, Gwendolyn Dunham, la condesa viuda de Latham.

Para Venetia era la *Abuela*, pero para los demás era *Gwen* o *Lady Latham*. La anciana parecía frágil sólo por la fragilidad de sus huesos y el bastón que nunca le faltaba. Pero cualquiera que hubiera tenido una relación pasajera con la condesa viuda sabía que esos huesos encerraban una lengua mordaz y un gran ingenio, y que el bastón era más un arma que una muleta, como atestiguarían muchos hombres jóvenes de la *alta sociedad*.

Era la compañera inseparable de Venetia, el consuelo de su dolorido corazón cuando murió su madre, y su encantadora mentora y querida amiga en los once años transcurridos desde entonces. Aunque pertenecían a generaciones diferentes, tenían un vínculo inquebrantable.

Lo digo en serio, Venetia. Hace un año que murió Andrew. Las dos hemos superado el luto y necesitamos escapar de ese bufón que ha reclamado su título. Hay un número limitado de cosas que uno puede soportar, y la mala compañía es, con mucho, la peor Gwen estaba sentada con la espalda recta y la boca ligeramente fruncida. Sus palabras tenían un tono tajante, una mezcla de impaciencia y tristeza por la terrible situación en la que se encontraban.

Venetia sonrió un poco cuando su abuela hizo referencia a su primo Patrick, quien se había convertido en el nuevo conde de Latham. Cuando el padre de Venetia había fallecido repentinamente, ella y la abuela se habían convertido en las invitadas inesperadas del hijo de su difunto tío, quien se había hecho cargo de su casa como nuevo propietario.

La abuela, quien no había visto a Patrick desde que era un niño, había pasado cinco minutos a solas con él después del funeral y había declarado que era un canalla. Ahora, un año después, Venetia y la abuela vivían con él y la situación era bastante insoportable.

Si tengo que escuchar hablar más de sus planes para renovar la casa, moriré en ese instante. ¿Una *sala de cartas* para sustituir el salón principal? ¿Planea el tonto dirigir un infierno de apuestas? golpeó con fuerza la alfombra con la punta metálica de su bastón.

Creo que tienes razón, Abuela dijo con suavidad. Debemos ir al campo, sólo desearía que pudiéramos ir a nuestra antigua casa de campo Patrick la había vendido en cuanto había tenido

oportunidad. Esa venta en particular había sido muy perjudicial para Venetia. Su padre había dejado una gran suma de dinero en posesión de Venetia en virtud de un fideicomiso administrado por un viejo amigo de su padre, pero la casa y la finca, Latham House, estaban firmemente bajo el control de Patrick. La pérdida del dinero había enfurecido a su primo, pero había contenido su temperamento. Se sintió aliviada de que no se permitiera el matrimonio entre primos hermanos, pues de lo contrario le habría preocupado que Patrick intentara forzar un matrimonio simplemente para obtener su fortuna. Y el matrimonio era lo último que Venetia quería.

No hace falta tener una casa de campo para visitar el campo sacó una pequeña carta doblada de un bolsillo oculto en sus faldas y la agitó con una sonrisa triunfal.

Venetia se incorporó y dejó su libro a un lado.

¿Qué es eso?

Nuestro escape, querida. Es una carta de Marrian Hampton le pasó la carta.

Venetia se quedó mirando la firma de la carta; sus labios se entreabrieron al escudriñar el contenido.

¿La duquesa de Devon?

Exactamente. Era una gran amiga de tu madre y nos ha invitado a una fiesta dentro de dos días. Yo digo que aceptemos.

Pero, Abuela, ¿estás preparada para los rigores de una fiesta? No has estado bien estos últimos meses no había pasado por alto que la abuela dependiera cada vez más de su bastón ni la palidez de su piel. La muerte de Andrew había sido especialmente dura para Gwen.

Gwen hizo caso omiso de las preocupaciones de su nieta.

Pf. No estoy mal, pero me sirve parecerlo.

¿Pero por qué?

Si quieres saberlo, es por Patrick. No lo soporto, ni confío en él. Y como soy tu única compañía de confianza para los actos públicos, mi ausencia por enfermedad te impide pasar tiempo con él, donde podría arrastrarte para casarte con algún amigo suyo. Pero no puedo fingir estar siempre ante las puertas de la muerte para mantenerte a salvo. En algún momento, puede echarme y contratar a un chaperón al que pueda sobornar para que se ausente en el momento en que encuentre la forma de comprometerte con uno de esos amigos.

Venetia trató de no pensar en Patrick cayendo tan bajo como para engañarla para que se casara con uno de sus amigos.

¿De verdad has estado fingiendo estar enferma?

Sí, en su mayor parte. ¿No soy toda una actriz? su risita fue tan animada que hizo que las preocupaciones de Venetia disminuyeran ligeramente. Ahora, ¿qué dices? ¿Asistimos a esa fiesta en el campo?

Venetia volvió a examinar la carta, viendo con bastante claridad la invitación de la duquesa.

Supongo que sería lindo...

En ese momento se abrió la puerta del salón principal y entró Patrick. Llevaba puesto un chaleco de corte fino y unos pantalones a rayas que le sentaban bastante bien. La venta de la finca de su padre había llenado bien los bolsillos de Patrick, y les había dejado claro a Venetia y a su abuela que no tenía miedo de gastarlo.

Ah, Venetia, aquí estás sonrió. Esperaba que estuvieras dispuesta a dar una vuelta por Hyde Park conmigo. Hay algunos amigos que me gustaría presentarte, especialmente el señor Bernard Kenyon. Es un tío encantador, muy enamorado de ti, y sólo te ha visto de lejos. Creo que os llevaríais bien todo el discurso fue pronunciado rápidamente, y era bastante obvio que Patrick no se daba cuenta de que sus motivos eran cegadoramente claros.

Patrick, te lo dije: con mi fideicomiso, no necesito casarme.

La sonrisa de Patrick se desvaneció, y una frialdad brilló en sus ojos.

Sé que crees que eso te satisfará, ahora soy la cabeza de esta familia, y es mi deseo que te cases.

Venetia se levantó lentamente del sofá. Su temperamento, que rara vez se encendía, había cobrado vida ante la amenaza de su primo. Para su horror, parecía que la abuela tenía razón. No quería creerlo, pero ya no podía negarlo.

Patrick, pongamos las cartas sobre la mesa y hablemos con franqueza. Deseas que me case con uno de tus amigos. No me cabe duda de que el acuerdo consistiría en que este nuevo marido te pagaría con parte de mi dinero del cual él adquiriría el control tras el matrimonio. Estoy en lo correcto, ¿no es así?

El rostro de Patrick se tiñó de rojo y la furia se apoderó de él.

Mira, Venetia. He intentado ser cortés este último año, pero mi amabilidad ha llegado a su fin la cogió de los brazos con fuerza. El agarre fue tan fuerte que Venetia jadeó y sintió un dolor que subió por sus brazos. Le dio una violenta sacudida, y se quedó tan aturdida que no pudo reaccionar.

Pero Gwen sí lo hizo. Con un movimiento fluido, blandió su bastón en un arco similar al de un estoque para caer entre sus cuerpos.

Suéltala, Patrick. Ahora la rudeza de su tono hizo un sonido metálico como si se tratara de una espada de esgrima.

Patrick pareció recuperar la calma y soltó a Venetia, luego dio un paso atrás mientras se acomodaba el chaleco y se aclaraba la garganta.

Mis disculpas, prima. No me lo merecía. Has herido mis sentimientos con tus acusaciones injustificadas. Vuelvo a pedirte que me acompañes a dar una vuelta para conocer al señor Kenyon.

La repentina e inesperada brutalidad de Patrick le había dejado clara una cosa: ella y su abuela no podían quedarse aquí más tiempo.

Iré a ponerme mi traje de montar, si puedes darme media hora hizo todo para controlar su voz y evitar otro arrebato de ira.

Volvieron a él las sonrisas agradables y jovialidad.

Sí, sí, por supuesto, prima luego miró a la abuela. Abuela asintió rígidamente y salió de la habitación.

Ninguna de las dos habló de inmediato, sino que esperaron a que el sonido de unos pasos en el pasillo les asegurara que Patrick ya no las escuchaba.

Santo cielo Venetia se abrazó a sí misma.

No irás a cabalgar con ellos. No lo permitiré declaró Gwen.

Frutó sus brazos temblorosos y al cabo de un momento alargó la mano para coger la de su abuela entre las suyas.

Abuela, debo hacerlo. Y mientras estoy fuera, te encargarás de que tengamos las maletas y estemos listas para irnos al campo.

No quiero que estés a solas con ellos. Podría hacer que su amigo te comprometiera, o algo peor. Por lo que sabemos, ese hombre también tiene un sacerdote esperando allí.

Era una preocupación válida, pero Venetia pensó, o más bien, esperó, que Patrick no estuviera tan desesperado todavía.

Bajó los brazos a sus costados y apretó las manos en puños.

Tengo veinticuatro años. No tengo por qué dejar que nadie me obligue a casarme

simplemente por el deseo de evitar el escándalo. La sociedad puede irse al diablo.

Su padre le había advertido antes de su primera temporada que a los hombres no solían gustarles las esposas inteligentes, ni las esposas que querían ser consideradas una compañera en lugar de una sirvienta dentro del matrimonio. Le había advertido que muchos hombres le dirían cosas agradables y le prometerían la luna, pero que, una vez casada, sus alas serían cortadas como las de pájaro cantor atrapado en una jaula.

La idea la había asustado tanto a los diecisiete años que había evitado felizmente todas las apariciones, salvo las más necesarias, durante su primera temporada. No había conseguido pretendientes debido a su comportamiento casi ermitaño, pero ésa había sido su intención. Era mejor estar sola que sacrificar su felicidad simplemente para casarse.

Gwen suspiró pesadamente.

Querida, escucha a una anciana cuando te dice que los hombres como Patrick son peligrosos, sobre todo cuando creen que no tienen ninguna posibilidad de conseguir lo que quieren mediante el civismo. Nunca debes suponer que estás a salvo de sus planes. Se pueden conseguir matrimonios forzados, y sobornar a los sacerdotes. No, creo que debemos encontrar una solución, pero sé que armarás un escándalo cuando la diga.

La repentina comprensión de las intenciones de su abuela hizo que Venetia sacudiera la cabeza frenéticamente.

No, no, no, Abuela.

Sí, querida. Es hora de que te busquemos un marido. Uno que esté a la altura y que tú misma elijas, por supuesto. Pero lo más importante, uno que pueda darle a Patrick una buena paliza cuando lo necesitemos agitó su bastón en el aire como si golpeará a un Patrick invisible en la cabeza.

Ya sabes lo que pienso del matrimonio. Es una trampa, una devaluación de la ya limitada independencia de una mujer.

Sí, lo sé. Pero, Venetia, amor, no todos los hombres son como ese bufón al que llamas primo.

Es tu nieto le recordó.

Sí, y su padre, era tan buen muchacho. Hace que uno se pregunte si el pobre hombre fue cornudo, porque ese muchacho es una criatura terrible, y yo haría cualquier cosa por negar cualquier conexión con él cubrió los hombros de Venetia con un suave brazo. Vete a cabalgar si es necesario, y tendré todas nuestras cosas empacadas antes de que vuelvas. No nos quedaremos aquí ni una noche más, nos mudaremos enseguida. Iremos a la fiesta en el campo, y yo nos buscaré un hogar en otra parte de Londres para que no tengamos que volver aquí. Con tu fideicomiso, podremos permitirnos algo bastante adecuado.

Venetia no quería dejar esta casa. Era su casa, no de Patrick, aunque no tenía ningún derecho legal sobre ella. Él era libre de derribarla si lo deseaba.

¿Cómo podemos arreglárnoslas, Abuela? preguntó en voz baja. No se refería al dinero. Patrick era su único pariente varón, y era de esperar que tuvieran algún trato con él, pero ni ella ni Gwen lo deseaban. Dos mujeres solas en sociedad, la más joven pronto se convertiría en una vieja solterona, aunque odiaba la idea de que los hombres la calificaran así cuando ella no se sentía ni vieja ni solterona. Sentía como si la mirada desaprobadora de toda la sociedad londinense las reduciría a cenizas si intentaban declarar su independencia de los hombres.

¿Cómo nos las arreglaremos? Gwen le dio un apretón en el hombro. Porque somos damas *Dunham*. Nos mantenemos firmes ante la adversidad. Puede que nos dobleguemos cuando debemos, pero nunca nos quebramos.

Venetia trató de sonreír, pero no lo consiguió. Abandonó el salón principal y se dirigió a su

habitación para ponerse su traje de montar. Encontró a su dama de compañía, Phoebe Upton, ordenando los vestidos sobre su cama. Se sintió aliviada de no tener que hacer sonar la campana. Patrick había estado intentando reducir el personal, y la abuela se peleaba con él a menudo por este asunto. Ya había despedido a varias de las criadas, a pesar de que no era él quien pagaba por sus servicios. Cada vez que esto ocurría, abuela salía de la casa para buscar a las criadas y traerlas de vuelta. Ahora todas temían que sonara la campana del piso de arriba. Para ellas, era la señal de su perdición laboral. Era otro recordatorio de que había llegado el momento de abandonar la casa y escapar de su gran infelicidad.

Buenas tardes, milady Phoebe sonrió. Era una mujer encantadora de unos casi cuarenta años, y una sirvienta experimentada a la que Venetia había confiado durante años los secretos de su corazón.

¿Podrías traerme mi traje de montar, Phoebe? Tengo que salir con Lord Latham.

Phoebe se detuvo bruscamente antes de llegar al armario.

¿Usted qué? preguntó, luego aparentemente se dio cuenta de que se había excedido y se aclaró la garganta. Es decir, ¿qué podría haber ofrecido para que mereciera la pena hacerlo?

Venetia se sentó en su tocador y enterró su cara entre sus manos. Apretó con fuerza sus párpados cerrados hasta que vio destellos blancos. Luego respiró hondo y miró a su criada.

Estoy ganando tiempo, Phoebe. Vamos a dejar este lugar. Mientras cabalgo esta tarde, tú ayudarás a la condesa viuda a empacar todo lo que puedas.

Eso tiene mucho más sentido murmuró. Lo mejor es dejar a ese hombre muy atrás siguió murmurando enérgicamente mientras ayudaba a Venetia a ponerse un traje de montar azul con un trenzado color negro. Cuando terminaron, Venetia se echó la cola de su traje sobre un brazo y volvió abajo. Patrick se paseaba por la entrada, golpeando las palmas de sus manos con sus guantes de montar marrones. La dureza de ese movimiento contradecía su agradable sonrisa.

Ahí estás. Se nos hace tarde. Le dije a Bernard que lo veríamos a las dos y media.

Lo siento mucho se disculpó, aunque no lo decía en serio. Forzó una sonrisa tan genuina que Gwen se habría sentido orgullosa.

¿Nos vamos? Hice que trajeran a los caballos.

Por supuesto Un mozo de cuadra la ayudó a montar, y luego se dirigieron a Hyde Park, que afortunadamente no estaba lejos.

No había conocido a muchos de los amigos de Patrick. Entre estar de luto durante el último año y el hecho de que Patrick claramente prefería estar en su club para socializar que estar con ella y la abuela, significaba que no compartían ningún círculo social. Dada la elección de amigos de Patrick, era sin duda una bendición evitar cualquier conexión con la mayoría de ellos.

Ah, ahí está Patrick señaló a un jinete distante en la entrada del parque. Un hombre montado a horcajadas sobre un caballo castrado ruano agitó su fusta hacia ellos. Venetia intentó mantener la calma y recordar que Patrick no intentaría ninguna estratagema en un lugar tan público. Era tonto, pero no estúpido. Aun así, cogió con fuerza su fusta. La usaría como látigo si intentaban maniatarla.

Hola, Bernard. Te presento a mi bella prima, Venetia. Venetia, el señor Bernard Kenyon.

El hombre, de aspecto no desagradable, le ofreció una sonrisa peligrosa.

Es un gran placer conocerla. Patrick no ha hecho más que hablar maravillas de usted. Sin embargo, me parece que su descripción se quedó bastante corta. No mencionó su cabello rubio como el sol ni sus hermosos ojos castaños. Usted es encantadora.

Simples cumplidos, tal y como había dicho su padre. Pero debajo de esos cumplidos, ¿qué se escondía en el corazón de Bernard? ¿Estaba aliado con su primo para conseguir su fortuna?

Apostaría cualquier cosa a que sí.

Gracias, señor Kenyon. Estoy segura de que con el tiempo nos conoceremos mejor, pero si no le importa, me gustaría mucho ejercitar a mi caballo le dio a la bestia, una hermosa yegua blanca llamada Snow, una suave palmada en el cuello, y luego instó al caballo a un trote rápido. Por mucho que supiera que necesitaba retrasar las cosas para darle tiempo a abuela de hacer las maletas, no quería que este cazafortunas intentara hacerle más falsos cumplidos. La incomodaba. Los dos caballeros pronto la alcanzaron y se colocaron a ambos lados de ella, lo cual la hizo sentirse evidentemente atrapada.

No te asustes, se recordó a sí misma. Pero fue difícil convencer a su corazón para que hiciera caso. Latía demasiado deprisa y un calor inoportuno enrojeció sus mejillas cuando se puso nerviosa. Intentó imaginarse a la abuela ordenándoles a los criados que hicieran las maletas más deprisa, y un sentimiento de esperanza la distrajo brevemente de su creciente pánico.

¿Estarás en Londres este otoño? le preguntó Bernard.

Sí, por supuesto otra mentira, pero la supo llevar muy bien. Si ella y la abuela tenían éxito, tal vez incluso podrían comprar una casa en el campo durante un año y evitar por completo a Patrick.

Son excelentes noticias. Tengo grandes esperanzas de que usted y yo nos conozcamos más le dedicó lo que ella supuso que pretendía ser una sonrisa encantadora. Sin embargo, fue tan claramente una actuación que Venetia casi sintió pena ajena. Disimuló su reacción jugueteando con las riendas.

¿No sería encantador, prima? le instó levantando sus oscuras cejas.

Sí respondió.

Después de la demostración del mal temperamento de Patrick, estaba segura de que podría hacerles daño a ella y a abuela si no tenían cuidado. Era mejor seguirle el juego. Por el momento.

He escuchado que Lord y Lady Helmsley van a celebrar un baile dentro de dos días dijo Bernard casualmente. Pero el ritmo mesurado de su anuncio daba a entender que lo había practicado, sería un honor reclamar su primer baile.

Venetia había sido educada como una dama y en casi todo momento de su vida se había comportado como tal, pero en ese momento no tenía ningún deseo de bailar con él ni con nadie. Así que hizo lo más sensato, aunque poco propio de una dama, y prometió que lo haría cuando no tenía intención de cumplir su promesa.

¿Ves? Qué día tan encantador ha sido Patrick se inclinó hacia ella para susurrarle con una sonrisa de suficiencia. Te dije, Venetia, que te vería casada, y eso será pronto a pesar de su sonrisa, sus palabras destilaban veneno.

Los hombres creían de verdad que las mujeres eran muñecas que había que mover, vestir, jugar y guardar hasta que les apeteciera. Ella no lo permitiría. Estuvo a punto de gruñir por la frustración, pero contuvo las ganas. Había demasiado en juego.

Por mucho que no quisiera estar de acuerdo con Patrick, había llegado a la triste conclusión de que la abuela tenía razón. La única forma de estar a salvo de los planes de Patrick era casarse, pero con alguien que ella eligiera. Alguien que no la amenazara, enjaulara o estrangulara gradualmente a lo largo de las décadas.

Pero, ¿acaso existía un hombre así? ¿Alguien amable, compasivo y apasionado que creyera en la igualdad en el matrimonio? Si existía, haría todo lo posible por encontrarlo y casarse con él.

Le sonrió a Patrick, fue expresión cargada de dulzura azucarada.

Sí, creo que me casaré muy pronto.

¿Creía que podía intimidarla para que se sometiera? Era aún más tonto de lo que la abuela

había pensado.

Retuvo a los dos hombres en el parque durante casi una hora y media, y mientras ellos seguían disfrutando del paseo, ella no lo hacía. De repente se estremeció y se inclinó sobre su silla de montar.

Oh, cielos exclamó dramáticamente, llamando la atención de ambos hombres.

¿Se encuentra bien, Lady Venetia? preguntó Bernard.

Yo... Sí. Es decir... Oh, esto es muy angustiante, pero se trata de una naturaleza femenina, e incluso decirles esto me ha causado bastante angustia.

¿Una naturaleza femenina? dijo Patrick, luego sus ojos se abrieron con horror. Debes desear volver a casa de inmediato.

Sí, pero por favor continúen con su paseo. Sólo me dolería más hacerlos testigo de mi vergüenza al tener que escoltarme a casa. Podría llegar a ser... desagradable.

Los dos hombres se ruborizaron y miraron tímidamente hacia otro lado como colegiales. Venetia contuvo una risita. Los hombres salían corriendo a la primera mención de algo relacionado con el cuerpo femenino que no condujera inmediatamente a su propio placer.

Por supuesto, vete. Estaremos bien, ¿verdad, Bernard?

Desde luego que sí Bernard le ofreció una sonrisa conciliadora. Tuvo que recordarse a sí misma que debía actuar decepcionada antes de girar su caballo en la dirección opuesta.

Cuando llegó a casa, se dio cuenta de que su abuela había conseguido hacer mucho en tan poco tiempo. Delante había una gran carreta cargada con al menos una docena de baúles. Los lacayos apilaban más cajas pequeñas sobre esta. Su carruaje estaba detrás de la carreta, ya preparado para ellas.

Cielos, la abuela ha estado muy ocupada murmuró mientras entraba corriendo a la casa. ¿Abuela? gritó.

Aquí arriba, querida Gwen la miraba desde lo alto de la escalera, con su bastón en mano, pero parecía más animada que nunca. Phoebe estaba lista para ayudarla a bajar.

Ya he conseguido una casa adosada para alojar todo lo que no necesitamos para la fiesta. La mitad del personal se mudará con nosotras para acomodarla, estará lista cuando volvamos de la Abadía de Hartland.

¿Cómo demonios has encontrado una casa tan rápido?

Los ojos de Gwen brillaron con picardía.

Cuando tienes mi edad, aprendes a planificar. Conseguí la casa hace una semana por si surgía una emergencia. No te lo dije, querida, porque no quería preocuparte.

Llegó al pie de la escalera y Venetia la cogió de la mano que tenía libre, sujetándosela con suavidad.

No más secretos, abuela. Por favor. Si queremos sobrevivir a esto, necesitamos que haya verdad entre nosotras.

¿Sin secretos? Niña, la mitad de la diversión de la vida está en los secretos. Pero sí, estoy de acuerdo con la intención de esos términos. Ahora ven. Phoebe y yo estábamos preparando el carruaje cuando llegaste. Es hora de que nos vayamos a Hartland.

¿No faltan dos días para la fiesta? Seguramente no podemos llegar antes de lo previsto.

Sí, pero necesitaremos alojarnos en una posada durante el camino. Podemos alargar la estancia en la posada un día más y luego terminar el viaje a Hartland.

Parecía que abuela había planeado todo. Venetia debería haberse sentido aliviada, pero no fue así. Su abuela pretendía verla feliz y casada.

Sólo esperaba que la abuela no pretendiera que antepusiera la conveniencia a la felicidad.

Capítulo Dos

Adrian Montague gruñó al ser despertado por una mano suave sacudiéndolo. Son las cinco y media murmuró una voz somnolienta, dejando escapar un bostezo. Adrian se incorporó.

Por Dios se pasó las manos por el cabello antes de mirar a Benjamin, otro de los lacayos empleados en la Abadía de Hartland. La habitación que compartían tenía un par de pequeñas camas de madera, un lavabo y una cómoda que se repartían entre los dos. La vida en el servicio significaba que todo era compartido, hasta la librea que tenía a la espalda.

Había sido lacayo en Hartland durante diez años. Ahora, con veintinueve años, estaba entrando en la edad en la que los hombres como él se trasladarían o ascenderían a un puesto de submayordomo. Pero dudaba que el mayordomo de Hartland, el señor Reeves, lo tuviera en cuenta para el puesto. No dada su historia familiar.

Una cosa era permitir que el hijo bastardo de un duque fuera un bonito adorno en librea, y otra muy distinta era dejarlo ascender a un puesto más destacado dentro de una casa tan noble. El señor Reeves, aunque era un hombre afable y paternal con todos los empleados de la Abadía, no era tan libre y atrevido como para proponer semejante idea a Lord Devon y su duquesa, Lady Devon.

Vamos, Adrian. Huelo el desayuno. Será mejor que nos pongamos en marcha Benjamin encendió una vela en el oscuro interior de la habitación del sótano, lo que les proporciono luz suficiente para ponerse sus uniformes de pantalones pirata negros y chalecos de rayas doradas.

Cuando Adrian estuvo vestido, se unió a algunos de los demás miembros del personal inferior mientras comían un rápido desayuno a base de pan tostado y huevos escalfados. Luego aceptó una bandeja para el señor Reeves de manos de la cocinera, Marion Webster.

Será mejor que te despiertes un poco, querido se burló la señora Webster y le pellizcó la mejilla, ganándose una rara sonrisa. Adrian sentía predilección por la anciana. Era la madre de Phillip Webster, el ayuda de cámara del segundo hijo mayor del duque de Devon, William Hampton, o Lord William.

Subió las escaleras de caracol hasta la planta baja para despertar al señor Reeves y llevarle el desayuno. Iba a ser un día largo para todos los de abajo. La Abadía iba a ser anfitriona de una fiesta durante la semana siguiente. Llegarían carruajes durante todo el día. Habría que atender a todo el mundo, llevar el equipaje, traer el té y la comida e instalar a los nuevos sirvientes. Él y el resto del personal no se irían a la cama hasta pasada la medianoche.

Tocó suavemente a la puerta del señor Reeves, y el mayordomo le indicó que entrara. Dejó la bandeja en la mesita junto a la cama del mayordomo.

Buenos días, Adrian. ¿Están todos levantados?

Sí, señor Reeves.

Bien. Asegúrate de que todo el mundo cumpla con el programa. Confirmaré con la señora Miller la lista de invitados. Asegúrate de que tú y Benjamin estén atentos a las campanas por si llegan carruajes.

Sí, señor Reeves.

Descendió de nuevo a las cocinas y esquivó a las criadas de ojos soñolientos, a los mozos de cuadra y a algunos de los criados, que estaban empezando su jornada.

Los conocía bien a todos, pero solía ser reservado, aunque consideraba amigos a muchos de ellos. Así era más fácil. El escándalo de su nacimiento podía perjudicar a muchos de los que le rodeaban. Era el hijo bastardo de un duque, pero no del duque de Devon. No, el honor de su linaje era el del duque de Stratford, quien había seducido a la joven institutriz de sus hijos tras la muerte de su esposa. Cuando la sociedad se había enterado de la aventura, Stratford se había visto obligado a enviarla al norte para que diera a luz en secreto.

Había vivido con su madre en Northumberland hasta los diecinueve años, haciendo lo posible por ganarse la vida trabajando en una taberna local. Cuando su madre había muerto de fiebre, se había quedado solo para hacer su propio camino en el mundo.

Sólo había ido una vez a casa de Stratford, llevando la carta que su madre había escrito en sus últimas horas. El duque se había negado a recibirlo. En su lugar, le habían dado una carta que no podía leer y una dirección a la cual debía ir. Así fue como se había presentado en la puerta de Lord Devon, cansado, hambriento, con ropas raídas y desesperado por encontrar trabajo. El señor Reeves se había mostrado escéptico con él, como haría cualquier buen mayordomo, pero aun así había entregado la carta de Lord Stratford a su amo.

Recordó cómo había deseado desesperadamente que lo dejaran entrar y descansar. Media hora más tarde, el señor Reeves lo había dejado entrar por la infame puerta de baiza verde que marcaba el dominio de los criados en la Abadía de Hartland. Desde aquel día hasta hoy, había sido bien recibido por el resto del personal y se había convertido en uno de los favoritos de la casa.

Tenía una edad cercana a la de los niños de la casa, y sus atractivos rasgos, heredados de su madre, lo convertían en tema de conversación de las damas visitantes e incluso de algunos hombres. Su estatura, muy por encima del metro ochenta, su cabello oscuro y sus ojos color ámbar lo colocaban en una posición única: a la vez intensamente deseable y completamente intocable.

Una cosa era que los huéspedes de la casa participaran en placeres físicos entre sí, pero los criados no podían relacionarse entre sí, y mucho menos con los invitados. Adrian sólo había tenido algunas pocas amantes en los últimos años, y todas habían sido mujeres jóvenes que vivían y trabajaban en el pueblo cercano. Algunos lo habían tachado de rompecorazones, pero había hecho todo lo que estaba en sus manos para dejar a cada joven con delicadeza cuando había llegado el momento de separarse.

Una vida de servicio es una vida solitaria, y Adrian lo sintió ahora más que nunca cuando empezaron a llegar los carruajes. Contempló casi con tristeza el primer carruaje que se dirigía hacia él. ¿Cuántas veces había estado parado allí esperando a carruajes como este? ¿Cuántos años seguiría viviendo aquí, en la Abadía, respondiendo a las llamadas de la alta burguesía?

Él y media docena de lacayos, junto con el señor Reeves, estaban preparados para recibir al primer carruaje, que pasó lentamente por delante de la casa y se detuvo ante la puerta.

El carruaje era de un precioso azul oscuro con detalles en amarillo brillante. Cuatro caballos tiraban de él, todos eran idénticos alazanes y de exquisita salud y forma. El jefe de cuadra, el

señor Fredrickson, estaría encantado de albergar bestias tan hermosas. Adrian lo había escuchado hablar de caballos durante horas en la mesa de los criados más de una noche. El hombre reconocía la buena caballería cuando la veía.

A una seña del señor Reeves, Adrian se acercó a la puerta del carruaje. Desplegó el escalón y giró el picaporte, dispuesto a ayudar a quien saliera.

Un bastón plateado sobresalió, seguido del cabello plateado de una mujer mayor. Llevaba un vestido azul oscuro, como el carruaje en el que viajaba. Aceptó la mano tendida de Adrian, y él tuvo cuidado de ayudarla a bajar una vez que se dio cuenta de que era una dama bastante delicada. La mujer lo miró con un par de ojos castaños oscuros.

Dios, a veces olvido lo atractivos que sois. Lady Devon tiene muy buen gusto para los lacayos, ¿no te parece? este último comentario fue dirigido a quienquiera que estuviera en el interior del carruaje detrás de ella.

Adrian permaneció impasible mientras la mujer mayor le soltaba la mano y se dirigía hacia la casa. Volvió su atención a quienquiera que estuviese todavía dentro y se quedó helado al ver a una encantadora criatura de cabello rubio y ojos marrones oscuros. Su rostro se sonrojó cuando puso su mano enguantada sobre la de él.

Por favor, perdona a mi abuela. Es franca en los mejores momentos y puede ser bastante impertinente cuando sabe que puede salirse con la suya la joven dama, ya que era más joven que él, tenía una voz suave y dulce, ni demasiado infantil ni demasiado grave.

Adrián casi se olvidó de soltarle la mano cuando ella bajó al suelo. No estaba acostumbrado a que los invitados le hablaran directamente a menos que le estuvieran dando una orden, y desde luego no estaba acostumbrado a que una joven bonita le hablara.

No es molestia, milady respondió rápidamente al darse cuenta de que la había estado mirando y no había respondido.

La joven pasó junto a él y entró en la casa, dejándolo con visiones de flores silvestres y besos robados en los jardines al atardecer. Dios, ¿cómo sería besar a una mujer como ella? Suspiró suavemente, con la mirada fija en ella mientras desaparecía de su vista.

Adrian, será mejor que vuelvas a poner tus ojos dentro de tu cabeza le advirtió el señor Reeves, pero el tono del mayordomo no fue realmente mordaz. Sabía que Adrian nunca había quebrantado su código de conducta como sirviente de la casa de Devon, y por muy encantadora que fuera aquella joven, no empezaría a hacerlo ahora.

Pero eso no impedía que un hombre se permitiera unas cuantas ensoñaciones perversas.

* * *

Gwen saludó a una encantadora mujer de unos cuarenta años cuando Venetia y ella entraron en el salón.

¡Marrian!

¡Gwen! la duquesa de Devon las recibió en la puerta con un cálido abrazo. La mirada azul de Lady Devon fue cálida mientras cogía las manos de Venetia. Te pareces tanto a tu madre. Cielos, la echo mucho de menos.

Yo también, Alteza sólo había visto a Lady Devon una vez cuando era niña. Su madre y la duquesa habían pasado mucho tiempo juntas en actividades sociales, pero Venetia era demasiado joven para participar en esas actividades.

Eres muy amable al invitarnos respondió Gwen. Y si te soy sincera, más bien nos has salvado.

Venetia palideció ante la confesión abierta de su abuela.

¿Qué es todo esto ahora? Lady Devon les indicó con un gesto que se sentaran en el sofá cerca de la chimenea.

Abuela, Lady Devon no necesita escuchar sobre nuestro...

Gwen golpeó el suelo con el bastón.

Tonterías. Sí que necesita escucharlo. Es la única mujer en toda Inglaterra en quien confío para que nos ayude a encontrarte un marido adecuado.

Venetia estuvo a punto de perecer en ese momento por la mortificación.

¿Oh? ¿Estamos en busca de marido? sonrió. Esto es encantador. Venetia, querida, tu madre tenía grandes esperanzas de que tuvieras una pareja ejemplar. Fue una tragedia que no viviera lo suficiente para verte casada.

Gracias, Lady Devon, pero me temo que la idea de que me case es un asunto polémico entre mi abuela y yo en este momento. Preferiría tomarme mi tiempo para elegir marido.

Ciertamente no es un asunto polémico refunfuñó Gwen. Marrian, dile que tengo razón. Mi taimado nieto desea acceder a los bienes de Venetia casándola con uno de sus amigos. No lo permitiré.

Lady Devon soltó un grito de asombro y se volvió hacia Venetia.

¿Es cierto?

Bueno, sí, pero ya le dije a la abuela que nadie puede obligarme a casarme.

Al escuchar esto, Lady Devon y Gwen intercambiaron miradas y luego se volvieron hacia ella.

Si el mundo fuera un lugar justo, tendrías razón. Pero éste es un mundo hecho para los hombres. Un hombre decidido puede obligarte a casarte, y si después le reclamaras, ese hombre podría declararte loca y enviarte lejos. Por desgracia, lo más seguro es que te cases con alguien de tu elección, alguien que te guste y en quien confíes.

Gwen asintió en señal de acuerdo.

Exactamente. Tenemos que encontrar a un joven fornido y apuesto que pueda echar a Patrick si respira irrespetuosamente cerca de Venetia.

Lady Devon soltó una risita.

No estoy segura de quién encajaría en esa descripción, pero la noche es joven. Hizo sonar la campana para el té, y un lacayo entró, colocando la bandeja del té en la mesa junto a Lady Devon.

Normalmente Venetia no miraba a los criados. No era por un sentimiento de superioridad, sino más bien por deferencia a su necesidad de pasar desapercibida. Pero no pudo evitar fijarse en que era el mismo lacayo de cabello oscuro que la había ayudado a bajar del carruaje. Le había pedido disculpas por la conducta de su abuela, y él la había cogido de la mano durante un momento demasiado largo.

Sus ojos eran de un delicioso tono marrón y avellana que le recordaban al ámbar. Era devastadoramente apuesto, con un mentón fuerte, y sus pestañas, demasiado largas para un hombre, lo hacían lucir casi bonito. Era ancho de hombros e increíblemente alto, por lo menos medio metro por encima de ella. La abuela lo habría llamado un Adonis.

Tenía la mirada baja mientras dejaba la bandeja sobre la mesa. Estaba tan cerca que ella podía oler cuero y algo más suave en él, tal vez un poco de sándalo. Su proximidad hizo que su sangre palpitara.

El lacayo se enderezó y retrocedió. Por un instante, sus ojos se desviaron hacia ella, como si quisiera robarle una mirada y no esperara que lo estuviera observando. El calor de sus ojos

respondió a la llamada de los suyos.

Aquella conexión efímera casi la hizo jadear. Fue sólo por la gracia de Dios que ni Lady Devon ni abuela se dieron cuenta.

Desconcertada, intentó centrarse en la conversación, pero sólo podía pensar en que nunca se había sentido así cerca de algún hombre. Era una de las razones por las que había descartado tan fácilmente el deseo y el amor como componentes del matrimonio. Porque hasta ese momento, nunca había sentido tanta atracción.

Esta oleada de esperanza, tan nueva, como un polluelo, no tenía a dónde ir sino desplomarse hasta morir en el suelo. Después de todo, este perfecto Adonis era un lacayo. Un sirviente doméstico al servicio de Lady Devon. Robárselo como marido sería considerado un pecado capital. La desafortunada verdad era que era de baja cuna. Aunque despreciaba inmensamente esas palabras, y se contentaría con mandar al diablo a la sociedad si se atrevieran a expresar sus opiniones sobre su elección de marido, cualquier hijo que tuvieran estaría sujeto a las crueldades de otros susurrando sobre sus padres.

Pero incluso pensar en esto era una tontería. Venetia seguía esperando evitar el matrimonio si era posible, y un buen par de hombros y un rostro que hacía llorar a los ángeles no era algo por lo que debería estar obsesionándose. Su padre la había educado para ser una mujer fuerte e independiente, y había creado el fideicomiso financiero para protegerla lo mejor posible.

Lo cierto era que, una vez casada, la mayor parte de su dinero pertenecería a su marido, para bien o para mal. No podía imaginarse confiar a ningún hombre ese poder sobre su futuro y el de abuela.

Lady Devon se dio unos golpecitos en la barbilla, pensativa, antes de servir las tazas de té.

Creo que Lord Essex podría ser un buen partido. Tiene veintinueve años, cabello oscuro, unos impresionantes ojos verdes, un poco pensativo tal vez... pero espera, tiene una amante, una criatura francesa. No, eso no servirá.

Mejor alejarse de cualquier hombre con una amante añadió Abuela. Quiero un hombre leal para Venetia. Ella no aceptará a cualquier joven lujurioso que la quiera para una aventura. Necesita constancia, fidelidad.

Venetia estaba a punto de interrumpir y decirle a Lady Devon que Abuela no tomaba todas sus decisiones, cuando un ruido extraño las distrajo a todas.

Se escuchó un sonido ahogado al otro lado de la puerta abierta del salón, y la luz del sol de la tarde iluminó la sombra del lacayo que permanecía en el lugar que le correspondía, a poca distancia por si su señora lo necesitaba.

Gwen hizo una pausa ante el sonido ahogado, pero luego prosiguió.

Como iba diciendo, las apariencias no bastan. Entonces, ¿qué jóvenes tienes en mente que Venetia pueda probar esta semana?

Lady Devon estalló en carcajadas.

Cielos, Gwen, siempre olvido cuánto te adoro. Pero Venetia no puede *probar* a los hombres, no son tartas de fruta. Debe estudiarlos, conversar con ellos, ver si existe una atracción natural. *Probarlos* suena como si esperaras que los escondiera en las habitaciones después de cenar para robarles besos y poder compararlos más tarde.

Gwen jugó con su bastón.

Eso podría ser lo que la niña necesita. Nunca ha sido cortejada adecuadamente. Un beso dice mucho sobre cómo un hombre puede desempeñar sus deberes matrimoniales. ¿La conquistará? ¿La aburrirá con un beso casto y fraternal? ¿O babeará sobre ella como un odioso sabueso?

De nuevo, el pobre lacayo se estaba ahogando, y esta vez la distrajo tanto que Gwen se puso

en pie.

Tú, lacayo. Ven aquí y toma una taza de té antes de que perezcas se volvió hacia Lady Devon. Te parece bien, ¿verdad? El pobre hombre tiene la cara muy roja y creo que lo necesita.

Lady Devon se volvió para mirar por encima del hombro hacia la puerta.

Adrian, entra y tómate un té si lo necesitas.

El lacayo, Adrian, volvió a entrar en la habitación, con la cara roja y todavía tosiendo, mientras cogía apresuradamente su bebida e intentaba volver corriendo al pasillo, pero Gwen fue demasiado rápida. Le dio un golpecito en el pecho con su bastón y lo hizo detenerse.

Ves, esto es lo que estoy buscando, Marrian. Un joven encantador y apuesto, pero respetuoso y educado.

Pero no un lacayo, seguramente dijo con una risita. Aunque debo admitir que Adrian es bastante apuesto, ¿no? Oh, perdónanos, Adrian. Las damas somos muy groseras, ¿no? Hablando de tu género como si fuerais carne de caballo. Por favor, toma tu té y vuelve a tu puesto. Si el señor Reeves te reprende, hablaré con él.

Con una tímida mirada hacia las tres damas, el apuesto lacayo desapareció en el pasillo. Venetia lo vio marcharse y seguía mirando su sombra en el exterior cuando su abuela tosió cortésmente para llamar su atención.

Así que, después de todo, tienes un tipo de hombre musitó Gwen, esbozando una sonrisa que significaba problemas para Venetia. ¿Cabello oscuro y ojos finos? Bueno, tomaré nota de eso, querida. Tendrás sólo lo mejor volvió al sofá y se sentó con una suficiencia que normalmente habría hecho reír a Venetia. Pero la situación actual era demasiado funesta como para encontrarle la más mínima gracia.

Así que, Marrian, dinos quién podemos esperar que llegue esta noche.

Venetia se levantó y pidió disculpas a Lady Devon y a Abuela antes de salir de la habitación. El lacayo se había ido y el pasillo estaba vacío. Fue un pequeño alivio. No estaba segura de si podría enfrentarse a él después de los comentarios inapropiados de su abuela.

Deambuló por la casa hasta que encontró un par de puertas que daban al exterior. Respiró aliviada el aire fresco y caminó hacia los jardines lejanos. Sólo entonces tuvo un momento para disfrutar de la Abadía de Hartland. Le recordaba a la casa de campo de su querida familia, Latham House, la que Patrick había vendido tan cruelmente sólo un mes después de que habían enterrado a su padre.

Hartland era la visión de un sueño. Bañada por la luz del sol, la casa flotaba al final de un dorado claro otoñal, su arquitectura congelada en el tiempo, los árboles proyectando largas y gloriosas sombras sobre el cuidado césped. El aroma de la fruta flotaba en el aire, y los huertos distantes en el extremo del jardín atraían a los visitantes con su dulzura. Las flores del sendero estaban cubiertas de un espeso rocío que sólo ahora empezaba a desvanecerse. Venetia adoraba la vida en una casa de campo. Este mundo tranquilo estaba lleno de doradas alegrías, y los inviernos iluminados por la luna estaban eternamente presentes. La vida y sus tensiones inherentes se evitaban felizmente aquí.

Girando por otro camino, se adentró en un campo para admirar la vista. Con un grito impulsivo de placer, se levantó las faldas y bajó corriendo la colina. Llegó abajo en pocos minutos y se rio tontamente mientras giraba en círculos y se desplomaba en el suelo para contemplar las nubes.

Debió de haberse quedado dormida en ese prado soleado, porque se despertó con el goteo de la lluvia húmeda y fría en la cara. Se incorporó de golpe y observó, no muy sorprendida, las ondulantes olas de lluvia que subían desde el lejano valle hacia ella.

Se puso en pie y echó a correr. Había llegado a la mitad de la colina cuando la lluvia arreció y la ladera, antes acogedora, se volvió traicioneramente resbaladiza. Resbaló en la empinada colina y gritó al doblarse bruscamente el tobillo. Sintió un tronido espantoso. Se desplomó, su mente estaba en blanco por el dolor adormecedor. No tenía aliento ni para gritar.

Rodó sobre su espalda, todos sus músculos ahora estaban agarrotados por el violento dolor. Su boca se abrió, soltando un grito silencioso hasta que se recostó y se estremeció lo suficiente como para que le temblaran los dientes. Sólo podía pensar en el dolor en su tobillo. No podía mantenerse en pie ni caminar bajo la lluvia, que ahora caía torrencialmente sobre el campo.

Capítulo Tres

¿Hay alguna razón por la que estés bebiendo de una de las tazas de té de Su Alteza? el tono de desaprobación del señor Reeves sacó a Adrian de sus pensamientos. Se apresuró a bajar la taza de té.

Yo... Tuve un ataque de tos, señor Reeves. Su Alteza me invitó a beber para que me aliviara.

El señor Reeves enarcó una ceja oscura, sus ojos color avellana bastante severos y su expresión de lo más seria.

Te sugiero que bajes eso a la cocina de inmediato y hagas que lo laven. Luego dile a la señora Webster que te prepare té en una taza más apropiada.

Sí, señor abandonó su posición fuera del salón, pero la reprimenda del señor Reeves ya estaba olvidada. Estaba perdido en sueños de aquella encantadora joven. No había podido evitar escuchar la conversación de la duquesa y sus invitados. La mujer mayor, la condesa viuda de Latham, era bastante instigadora. Le gustaba el buen ánimo en una mujer de cualquier edad, y el humor aún más. Por eso se había atragantado con su propia risa ahogada cuando ella había estado discutiendo sus criterios en un hombre adecuado para su nieta.

Le habría encantado ser el hombre de Lady Venetia. Era exquisita. Habían otras que podrían considerarse más hermosas, tal vez, pero en el rostro de Lady Venetia había una amabilidad y una autenticidad que resultaban atractivas. Parecía tímida, pero abierta de corazón. Era fácil de leer, pero no tan ingenua como algunas damas.

No es que tuviera derecho a pensar así de ella. Era la hija de un conde, una dama. No importaba lo que él quisiera, Lady Venetia no podía darle nada, ni su corazón ni su cuerpo. Brillaba como una estrella de invierno. Brillante, hermosa y fuera de su alcance.

Adrian se hundió en una silla de la mesa de los sirvientes, cerca de la cocina, en el sótano de la casa. Aún sostenía la delicada taza de té de porcelana blanca y azul de Lady Devon. El ayuda de cámara de Lord William, Phillip Webster, estaba sentado frente a él, con un paño de pulir en una mano y una bota en la otra.

Adrian, ¿estás bien? preguntó Phillip.

¿Qué? Oh, sí, estoy bien.

Phillip sonrió.

¿Tomando el té con Su Alteza? señaló la taza con la cabeza.

No soltó una risita. Pero el señor Reeves pensó que sí. Estoy seguro de que pagaré por ello.

Te hará pulir las teteras de plata otra vez supuso.

Probablemente se rio y luego hizo una mueca de dolor. Las elaboradas teteras de plata eran difíciles de pulir debido al intrincado trabajo en metal que permitía que el deslustre se fijara profundamente. Los criados que habían tenido problemas con el señor Reeves solían ser

relegados a esta tarea como castigo.

¿Está lista tu madre para la fiesta de esta semana? le preguntó al ayuda de cámara.

Oh, sí, creo que sí. Lleva dos días entusiasmada con los menús que ha planeado con Lady Devon y la señora Miller. Los de arriba cenarán bien, eso seguro.

Adrian suspiró y volvió a ponerse en pie.

¿No lo hacen siempre? era hora de volver arriba.

Acababa de poner un pie en la gran entrada cuando la Condesa Viuda de Latham salió del salón.

Ah, tú otra vez, joven. Ven aquí golpeo su bastón en el suelo como un rey, llamándolo.

¿Sí, su señoría? mantuvo las manos detrás de la espalda en una postura respetuosa.

¿Sabe dónde está mi nieta?

Me temo que no, pero estaría encantado de encontrarla por usted.

Sí, hazlo, por favor. Estaré en mi habitación Lady Latham le asintió como un general, y luego subió las escaleras. Se movió rápidamente para alguien que parecía tan frágil.

Adrian pasó el siguiente cuarto de hora buscando a Lady Venetia. No fue hasta que encontró a uno de los mozos de cuadra, que le dijo que la había visto en los jardines, que creyó saber dónde encontrarla.

¿Lady Venetia? la llamó por su nombre mientras exploraba el imponente laberinto de setos y los florecientes senderos. Lo siguiente que comprobó fue el huerto, mientras las nubes de tormenta retumbaban sobre su cabeza. La lluvia, al parecer, había pasado, lo que lo hizo preguntarse dónde estaría la joven. Estaba seguro de que no estaba dentro de la Abadía, porque nadie la había visto. Entonces, ¿dónde...?

Un grito lejano llamó su atención. Procedía de detrás de los jardines, en lo más profundo del prado que descendía hacia el valle bajo la Abadía. Pensó que una de las ovejas, posiblemente una oveja joven, se había quedado varada bajo la lluvia. Se secó la cara con su manga y se despojó de su abrigo por si tenía que llevar al angustiado animal hasta la granja de arrendatarios más cercana. Cruzó el prado y llegó al lugar donde las colinas descendían en pendiente, y entonces se detuvo. Una criatura yacía acurrucada a media ladera, pero no era una oveja, sino una joven.

¡Hola! ¡Estoy bajando! empezó a correr, pero la joven le gritó que se detuviera.

Por favor, tenga cuidado. Está muy resbaladizo le gritó.

Adrian se controló y, al avanzar con más cautela, se dio cuenta de que tenía razón. La lluvia se había filtrado por la hierba dorada, formando un camino traicionero. Tardó unos minutos en llegar hasta ella.

Milady jadeó al darse cuenta de que era Lady Venetia. Su vestido, antes un azul brillante, estaba ahora oscurecido por la lluvia y se ceñía a su figura, dejándolo ver de más sus curvas.

Se arrodilló junto a ella. Su rostro estaba tenso por el dolor y blanco como una sábana.

¿Puede caminar?

No estoy segura, señor...

Montague. Pero por favor, llámeme Adrian. ¿Puedo ver? le señaló el tobillo. Ella asintió, pero no se movió. Le levantó las faldas hasta las pantorrillas y evaluó sus piernas. Intentó no darse cuenta de lo bien que estaban y se sintió como un patán por darse cuenta de todos modos. Sin embargo, el tobillo derecho se le estaba hinchando y probablemente se le hincharía mucho más esta noche.

Puedo llevarla, milady empezó a cogerla, pero ella negó con la cabeza.

No es seguro. Al menos, no en la colina.

¿Por qué no la ponemos de pie? Puedo rodearle la cintura con el brazo y puede apoyarse en

mí. Deberíamos poder subir la colina si nos movemos con cuidado.

Sí, de acuerdo sus ojos marrones se abrieron de par en par cuando él le rodeó la espalda con los brazos y la levantó contra él para que se pusiera de pie. Sus manos se agitaron contra el pecho de Adrian.

Apóyese en mí y podré sostenerla pesaba poco y, en cuanto estuvieran a salvo en la cima de la colina, pensaba cargarla, le gustara o no.

Estoy lista.

De acuerdo la puso a su lado, con un brazo rodeó su espalda y por debajo de sus brazos, luego la levantó. Ella no emitió ni un solo sonido de dolor, aunque se balanceó contra él y su piel húmeda y helada hizo contacto con la suya cuando su cara rozó su cuello. Su cuerpo tembló mientras intentó avanzar cojeando.

No puedo apoyar mi peso susurró.

Sujétate a mí, cariño murmuró Adrian, sin pararse a pensar en su falta de etiqueta. El señor Reeves haría algo más que ponerle a pulir teteras de plata si alguna vez se enteraba.

Subieron la colina, paso a paso, lentamente, y se aferró a ella con fuerza, temeroso de duplicar su dolor si volvía a tropezar. Cuando llegaron a la cima de la colina y la Abadía de Hartland, con sus jardines empapados por la lluvia, apareció a la vista, él dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta que había estado conteniendo.

El suelo está parejo ahora. Permítame cargarla el resto del camino, milady.

Ella se mordió el labio y parecía dispuesta a protestar, pero antes de que pudiera responder, él la acunó entre sus brazos.

Lady Venetia le rodeó el cuello con los brazos, respirando entrecortadamente mientras se aferraba a él. Después de años subiendo y bajando pesados baúles para los invitados, cargar con esta mujer menuda fue tarea fácil. No le costó redoblar el paso una vez que estuvo en terreno llano. Estaban a medio camino de los jardines cuando Phillip y Benjamin corrieron a su encuentro.

¡Dios santo! murmuró Phillip. ¿Qué demonios ha pasado?

Hubo un accidente dijo Adrian. Lady Venetia lució aún más alterada. Necesitamos al médico. Podría tener un tobillo roto.

Iré a buscar al médico y se lo diré al señor Reeves dijo Benjamin.

Phillip abrió las puertas de la terraza para Adrian.

Déjame ayudarte a acomodarla, luego buscaré a su criada.

Phoebe murmuró Venetia con voz ligeramente aturdida. Phoebe es mi criada.

Sí, por supuesto dijo Phillip.

Adrian la llevó escaleras arriba hasta el ala este, donde se encontraba su habitación. Phillip abrió la puerta y Adrian acostó a la dama en la cama, luego se fue a buscar a Phoebe. Tenía la ropa empapada y sus dientes aún castañeteaban. Adrian sabía que debía esperar a la criada, pero cuanto más esperaban, más se arriesgaba Venetia a enfermarse.

Milady, ante el riesgo de perder mi empleo aquí, creo que debemos desvestirla. Esas ropas están empapadas y podría coger un resfriado. En cuanto llegue su criada, me iré, pero permítame ayudarla a quitarse parte de la ropa.

Venetia asintió y buscó a tientas los botones de su pelliza. Adrian le apartó las manos y los desabrochó con rapidez. Luego le quitó la pelliza de terciopelo azul oscuro de los brazos. Cayó al suelo con un sonido mojado. Luego le quitó las zapatillas con cuidado para no lastimar su tobillo hinchado.

Fue una tontería de mi parte. Me quedé dormida en el campo susurró, temblando de una

manera que hizo que a él se le estrujara el corazón de preocupación.

No fue una tontería, milady la tranquilizó mientras le acariciaba las pantorrillas al bajarle las medias. Ella estaba fría al tacto, pero su mirada fue cálida mientras lo miraba sorprendida.

Eres muy gentil dijo, como si estuviera confundida por su propia afirmación.

Por supuesto, milady. Siempre hay que ser amable con una mujer.

Ojalá supiera más sobre los hombres esta última afirmación fue pronunciada en voz tan baja que él pensó que tal vez la había escuchado mal.

Se alejó de ella para colgar las medias a secar. Un momento después, irrumpió la criada de Lady Venetia.

¡Milady! corrió directamente hacia Venetia y no se dio cuenta de que Adrián ponía las medias encima de la rejilla del fuego para secarlas.

Oh, Phoebe, te reirás de mí. Fue una tontería. Resbalé en la hierba y me lastimé el tobillo todo esto fue dicho a través de los dientes castañeteantes y los labios temblorosos de Lady Venetia.

Yo nunca me reiría empezó a desabrochar los cordones del vestido mientras le daba la vuelta a su señora. Adrian se quedó helado al ver el cuerpo de Lady Venetia desnudo ante él.

Gracias... Adrian le dijo adormilada.

Phoebe se sobresaltó.

¿Qué demonios haces aquí? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! echó a Adrian de la habitación y cerró la puerta de un portazo. Phillip lo esperaba fuera, con una media sonrisa.

Viste un poco más de la dama de lo que deberías, ¿eh?

Adrian soltó una risita.

Definitivamente más de lo que debería, pero la dama iba a coger un resfriado, y no estaba seguro de qué tan rápido encontrarías a su criada.

El señor Reeves te tendrá limpiando teteras durante el próximo siglo, no importa que hayas salvado a la pobre mujer.

Me temo que mis acciones heroicas probablemente no tendrán ningún elogio se rio irónicamente ante la idea de que alguien lo considerara un héroe.

La mayoría de los invitados están aquí. ¿Por qué no te secas y te ocupas del resto del equipaje? Me aseguraré de que Benjamin y el médico la encuentren.

Adrian le dio una palmada en la espalda y volvió abajo, sólo para encontrarse inmediatamente con Lady Latham.

Acabo de enterarme, encontraste a mi nieta afuera y la trajiste a la casa. ¿Qué le ha pasado? sujetaba con fuerza su bastón, con los nudillos blancos, pero él seguía escuchando el miedo en su tono imperioso.

Resbaló en la colina y se torció gravemente el tobillo, milady. Mandamos llamar al médico y está descansando en su habitación.

Gracias, señor... dijo en voz más baja.

Adrian Montague, milady.

Adrian, sí, ahora lo recuerdo. Gracias. Verás, Venetia es mi mundo. Si algo le pasara...

Es una joven fuerte y valiente dijo. Estoy seguro de que estará bien empezó a moverse alrededor de Lady Latham, pero su bastón se levantó casi por voluntad propia y le impidió el paso.

Se lo haré saber a Lady Devon. Si no es mucha molestia, además de tus otras obligaciones, ¿podrías cuidar de Lady Venetia? ¿Ver que tenga todo lo que necesite? Confío en ti, muchacho, y francamente, me gusta su aspecto. Le haría bien a mi terca querida pasar tiempo con un joven

apuesto y con modales.

Estoy seguro de que usted no quiere que ella pase tiempo conmigo tenía que estar olvidando que él era sólo un lacayo. Tal vez era porque había dejado su abrigo en los jardines.

Soy consciente de que eres un criado, pero para mí eso no son más que palabras. Lo que importa es lo que hay aquí le golpeó el pecho con su bastón. Hablaré con Lady Devon. Ella reducirá tus deberes para que puedas cuidar de Venetia.

Adrian no se atrevió a discutir.

Sí, milady se inclinó respetuosamente y la dejó pasar a su lado para subir las escaleras y ocuparse de su nieta. Ella desapareció en el pasillo, y él se dirigió de nuevo a la terraza y a la lluvia en busca de su abrigo de librea.

Intentó concentrarse en cómo iba a manejar el disgusto del mayordomo y no en que podía estar pasando más tiempo del cual era prudente con la bella Lady Venetia. Adrian no era un canalla, pero incluso él tendría que comportarse lo mejor posible con alguien tan dulce, o perdería su hogar aquí y cualquier referencia que pudiera servirle para establecerse en otro lugar.

Lady Latham no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo.

* * *

Venetia fue consciente de los murmullos de su criada mientras la despojaba del resto de su ropa y la envolvía en una camisola limpia y seca. Le peinó el cabello y le quitó las horquillas para que los mechones húmedos se secaran más rápido.

Maldito hombre, tocando sus medias estaba acomodando las medias húmedas para que colgaran mejor en la rejilla de la chimenea. Qué descaro.

Por favor, Phoebe, no te enfades con él. Me rescató. Yo fui la tonta que se cayó por una colina. Él me trajo de vuelta a la casa.

Su criada la miró.

Sí, como el maldito Lord Byron, con todo ese cabello oscuro y su aspecto atractivo. Sí, seguro que haría de héroe para cualquier mujer.

A Venetia no le gustó que estuviera tan en contra del lacayo. Cortó la diatriba de la criada.

Me ayudó mucho, y no es culpa suya que sea bastante apuesto. Las damas de las grandes casas siempre intentan tener a los hombres más atractivos en esos puestos.

Venetia soltó un estornudo y se dejó caer sobre las almohadas. Su criada acudió en un instante, arrullándola y dándole una taza de té de hierbas. En realidad, no estaba enfadada con Phoebe. Era extremadamente leal y protectora, a menudo demasiado.

Ya está, milady acomodó la almohada y Venetia se quedó dormida hasta que llegó el médico. Cuando abrió los ojos, encontró a su abuela sentada junto a la cama, observando con preocupación cómo el médico examinaba su tobillo.

El médico era un hombre de mediana edad con unas gafas de montura plateada en la nariz. Examinó su tobillo hinchado delicadamente.

Esto le dolerá, milady, pero necesito ver si el tobillo está roto giró la articulación lentamente y Venetia se tragó un grito de dolor.

Gracias a Dios, sólo es un esguince, pero te felicito dijo el médico. Has conseguido sacar el hueso de su sitio y volver a colocarlo. Eso es mucho más doloroso que si se lo hubieras roto. Pero la buena noticia es que esto significa que su recuperación será de unos pocos días en lugar de varias semanas.

Es una buena noticia respondió Gwen.

Su abuela estaba inusualmente callada. Normalmente estaría hablando con el médico de muchas cosas, pero en lugar de eso estaba muy apagada.

Beba té de hierbas, y permanezca caliente y en cama durante los próximos días. Quiero que me llamen si llega a tener fiebre. El aparcacoches que me recibió en la puerta me dijo que llevaba tiempo bajo la lluvia. No quisiera que se resfriaras cogió su sombrero y su maletín y se despidió de Venetia y Gwen.

Cuando se hubo ido, Venetia gimió.

Ahí se va la fiesta. Parece que pasaré todo el tiempo atrapada en la cama como una inválida.

No te preocupes, querida. Me ocuparé de que tengas compañía.

¿Compañía? ¿No me harás compañía?

Gwen se rio.

No, querida, yo no. Soy demasiado vieja para entretenerte una semana entera. No, ese guapo lacayo lo hará muy bien.

¿Qué? Abuela, eso no es sensato y desde luego no es apropiado.

Gwen sonrió con falsa modestia.

Oh, vamos. La vida necesita ser un poco inapropiada a veces. Y ésta es una oportunidad para que aprendas a relacionarte con hombres jóvenes. Tu padre te mantuvo tan protegida que nunca has tenido una oportunidad decente de interactuar. Pero no te preocupes, es hora de que arreglemos eso.

Abuela advirtió, pero estaba demasiado cansada y aún le dolían los músculos de cuando se había caído. Apenas le quedaban fuerzas para luchar.

Gwen le besó la frente y le acarició la mejilla.

Descansa, querida.

A pesar de su agotamiento, no podía evitar pensar en el desastre que seguramente se produciría si Adrian y ella se vieran obligados a estar en compañía del otro durante una semana. Sin embargo, no pudo negar que su corazón traidor dio unos latidos acelerados al pensarlo.

Él había sido tan romántico, emergiendo de la lluvia para levantarla, su cuerpo cálido y firme estrechado contra el de ella. Sus cuerpos se habían tensado mientras subían la colina como uno solo, juntos, unidos. El pensamiento le provocó un rubor tan intenso que, de haber estado allí, Phoebe habría llamado al médico. Cerró los ojos, recordando a Adrian sosteniéndola. Incluso podía percibir una pizca de su olor en su piel, el aroma de hombre y lluvia fría combinados en una seductora mezcla. ¿Había notado alguna vez el olor de un hombre más allá de las colonias exageradas en los bailes? La verdad es que no.

Abuela tenía razón: le vendría bien pasar más tiempo con hombres, sobre todo a solas. Había tantas cosas que no había pensado que la afectarían, y necesitaba estar preparada para el cortejo. El lacayo sería una buena práctica. Abuela también tenía razón en que sentía debilidad por los hombres de cabello oscuro y ojos finos.

Al menos, los ojos de cierto lacayo.

* * *

Gwen encontró a Lady Devon en uno de los salones, saludando a un nuevo grupo de invitados. Una vez que esos invitados se hubieron marchado y se quedó a solas con Lady Devon, aprovechó su oportunidad.

¿Cómo está la pobre Venetia? Acabo de enterarme de lo ocurrido Marrian estaba pálida y con los ojos muy abiertos por la preocupación.

No se ha roto el tobillo, gracias a Dios. Pero sufrió un esguince bastante feo. Tendrá que estar en cama casi toda la semana.

Oh, qué terrible decepción suspiró, tenía tantas ganas de emparejarla con uno de los caballeros esta semana.

Yo también, pero creo que aún podemos tener cierto éxito. No bromeaba cuando dije que Venetia nunca ha sido cortejada adecuadamente. No ha tenido oportunidades reales de romance o atracción antes. Mi hijo, que en paz descanse, la mantuvo a una distancia prudente de la mayoría de los hombres elegibles. Creo que temía que ella lo abandonara si se casaba, y después de perder a su madre, no podía soportar la idea. Luego, cuando él falleció, ella se vio envuelta en un año de luto. Sólo ahora tiene la oportunidad de saborear la vida por primera vez.

Lady Devon escuchó a su amiga con atención.

Imagino que tienes un plan, Gwen.

De hecho, lo tengo. Ese lacayo, el apuesto que parece tener problemas para tragar. El que se ahoga, quiero decir.

Oh, ¿Adrian? ¿Sí?

¿Te parecería horrible de mi parte pedir que él la atienda mientras se recupera?

Por *atenderla*, ¿a qué te refieres?

Llevarle la comida, comer con ella, leerle, hacerle compañía.

La duquesa frunció el ceño.

Tú y yo guardaríamos silencio al respecto, pero los criados, incluso los mejores, hablarían. Es impropio, y la arruinaría.

No si tenemos a su criada presente.

Gwen, ni siquiera conoces a Adrian. ¿Cómo puedes confiar en que se quede a solas con ella?

Gwen sonrió.

Confío en él porque tú lo haces. Tú y tu marido sólo contratan a los mejores, y ese joven lleva mucho tiempo con ustedes.

Así es admitió. Un rubor en sus mejillas llamó la atención de Gwen.

Pero hay algo más en él, ¿verdad? preguntó con cautela. ¿Quién es, Marrian? Los lacayos no hacen sonrojar a una duquesa, no sin un motivo.

Lady Devon apartó la mirada.

No debería hablar de ello. No me corresponde. Adrian es un joven maravilloso, y tienes razón, ha trabajado duro en mi casa durante diez años sin un solo incidente o una palabra en su contra.

Gwen supo que había abordado algo importante sobre el lacayo, pero ahora no era el momento de insistir. Necesitaba que aceptara que el hombre atendiera a Venetia.

Entonces, ¿estás de acuerdo? ¿Le permitirás que la atienda?

Yo... Bueno, supongo que sí. Siempre y cuando el Sr. Reeves no lo necesite desesperadamente.

Gwen se apresuró a asentir a esto.

Sí, claro, por supuesto.

Hablaré con el señor Reeves en privado y tendré su garantía de dejar que Adrian se ocupe de este puesto temporal.

Excelente con su bastón en mano, se dirigió hacia la puerta, pero Lady Devon la cogió del brazo suavemente.

¿Y si esto va demasiado lejos? ¿Y si Venetia se enamorara de él? Deberías estar preparada para enfrentarte a una nieta con el corazón roto si llegara a encariñarse demasiado.

Lo sé, es un riesgo. Pero Venetia es una dama de alta cuna. Sabe que no puede casarse con alguien que esté por debajo de su posición. Estaré preparada para afrontar las consecuencias, sean cuales sean.

Siempre y cuando estés preparada.

En efecto, Gwen estaba preparada. Había visto deseo por un hombre en los ojos de Venetia por primera vez, y dependiendo de lo que pudiera descubrir sobre este joven lacayo, tal vez...

Pero no. Venetia nunca podría casarse con un sirviente. La sociedad la rechazaría y los hijos que pudiera tener sufrirían enormemente. Sin embargo, a Gwen siempre le había gustado romper las reglas. Tal vez su nieta sería lo suficientemente valiente como para hacer lo mismo.

Capítulo Cuatro

Adrian, el señor Reeves te busca dijo Benjamin mientras Adrian terminaba de secar y cepillar su abrigo. Había conseguido quitar las arrugas de la tela con la plancha, pero aún olía vagamente a campo lluvioso. No era un olor desagradable, pero se notaba, y sin duda al señor Reeves le disgustaría.

¿Has dicho que el señor Reeves me busca?

Sí. Debes presentarte en su oficina hizo una pausa mientras cargaba una bandeja de bocadillos junto a él hacia las escaleras de servicio que conducían a la parte principal de la casa.

Adrian tuvo una sensación desagradable sobre esto.

¿Para qué?

No tengo ni idea, pero te está esperando.

Robó un bocado de pavo y gachas de avena antes de dirigirse a la oficina del señor Reeves y llamó a la puerta.

Adelante.

Se deslizó dentro y cerró la puerta tras de sí sólo para congelarse al ver a Lady Devon de pie junto al mayordomo.

Adrian, gracias por venir la duquesa le sonrió. Seguramente su sonrisa significaba que no lo iban a echar.

Él inclinó la cabeza.

Su señoría.

Adrian, he hablado con su señoría, y ella desea que tengas un deber especial durante la fiesta.

¿Un deber especial, señor? no podía imaginar de qué estaba hablando el mayordomo.

Lady Devon colocó una mano en el brazo del señor Reeves y se dirigió directamente a Adrian.

Lady Venetia tiene un tobillo terriblemente hinchado y debe guardar reposo en cama. Su abuela, Lady Latham, ha expresado su deseo de que la atiendas esta semana.

Sí, su señoría respondió sin pensar, estupefacto por la petición. ¿Cuáles serían exactamente mis deberes?

Llevarle la comida, procurar que tenga todo lo necesario vaciló antes de volverse hacia el mayordomo. Reeves, ¿te importaría dejarme un momento a solas con Adrian?

El viejo mayordomo cuadró los hombros.

Por supuesto, milady le hizo una reverencia y arqueó una ceja hacia Adrian antes de salir de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, la duquesa suspiró.

Sé que esta petición es poco convencional.

A Adrian le habían enseñado a quedarse callado, pero tenía preguntas que necesitaban respuesta.

Disculpe, su señoría, pero ¿tiene esto que ver con la conversación de hoy? No fue mi intención escuchar de más.

Sí dijo, y realmente se relajó. Sé que debe haber sido imposible no escuchado a Lady Latham y sus... comentarios inusuales. Sí, me alegra hablar libremente de ello. La verdad es que Lady Venetia necesita un poco de... Oh cielos, la palabra *experiencia* suena muy impropia, pero supongo que es la más adecuada. Ha estado bastante resguardada, no intelectualmente sino románticamente. Y necesita un marido, y pronto. Es importante que aprenda lo que un buen hombre puede ofrecerle para que sepa qué buscar al elegirlo. Lady Latham y yo estamos de acuerdo en que tú le vendrías muy bien para tener cierta interacción sin la carga de la situación social juntó las manos. ¿Es terrible pedirte esto?

Adrian encontró una sonrisa formándose en sus labios.

Me ha pedido que pase la semana con una joven encantadora y amable. No veo ninguna dificultad en la petición y estaría encantado de hacer lo que usted desee.

Lady Devon suspiró aliviada.

Gracias. Me aseguraré de que Reeves sepa lo contenta que me has hecho.

Gracias, su señoría.

Esperó a que la duquesa saliera primero de la habitación y luego la siguió. El señor Reeves rondaba por el pasillo, con el ceño fruncido.

Entonces, ¿vas a atender a Lady Venetia?

Seré una especie de acompañante, sí.

El mayordomo carraspeó y murmuró con pesimismo sobre lo impropio de toda la situación, pero Adrian sabía que el hombre no estaba enfadado con él.

Bueno, vamos a empezar entonces. Ve a ver si la señora Webster tiene una bandeja de comida y llévala a la habitación de Lady Venetia.

Sí, señor.

Fue a las cocinas, cogió la bandeja y comenzó la larga subida por las escaleras de servicio hasta el segundo piso, donde Lady Venetia descansaba. Llamó a su puerta, y su dama de compañía, Phoebe, ya lo estaba mirando con el ceño fruncido.

Te han enviado para entretenerla, ¿verdad?

Eh... Sí, supongo.

Bueno, entonces será mejor que entres.

¿Quién es, Phoebe? preguntó Venetia.

Tu lacayo Phoebe le quitó la bandeja y la dejó sobre la mesa, dejando a Adrian sin saber qué hacer. Se quedó justo detrás de la puerta.

Phoebe, ¿podrías ver cómo está Abuela? Me preocupo cuando no puedo verla.

Mi señora, no creo que debería dejarla sola.

Por favor, Phoebe. Estaré bien.

Phoebe le dirigió a Adrian una mirada de *estoy observando todos tus movimientos* y salió de la habitación.

Por favor, perdónala. Phoebe es muy protectora conmigo. Ha sido mi criada desde que tenía quince años.

Entiendo, milady.

Venetia. ¿Me llamarías así, por favor? Ya que mi abuela ha hecho que vengas a atenderme, ¿no podríamos tener una amistad durante esta semana? Aliviaría mucho mi sentimiento de culpa

por apartarte de tus otras obligaciones.

Ella se movió bajo el cubrecama, y Adrián fue demasiado consciente de que esta hermosa dama recostada en la cama y en ropa interior estaba a sólo unos cuantos metros de él. La idea hizo que cada músculo de su cuerpo se tensara.

¿Quisieras sentarte, por favor? sonó casi como si estuviera suplicando.

Adrian se relajó, pero sólo un poco. Tomó asiento en la silla junto a la cama, completamente inseguro de sí mismo en esta situación.

Cielos, esto es terriblemente incómodo, ¿no? Quizá podrías contarme un chiste.

¿Un chiste?

Sí, algo divertido. La risa es una buena medicina para los momentos incómodos.

Pudo admirar su cabello rubio despeinado, de un dorado miel intenso, mientras se incorporaba. Quien tuviera la suerte de casarse con esta mujer, disfrutaría de semejante vista todos los días. Un destello de celos repentinos y casi violentos lo invadió, dirigido hacia este marido que aún ni siquiera existía.

Me temo que no conozco ningún chiste respondió. Soy un tipo más bien serio.

Vaya, ya veo que sí soltó una risita, y el delicioso sonido le hizo sonreír. Ya está. Al menos puedes sonreír. Mi criada, Phoebe, dice que eres como Lord Byron. Estoy de acuerdo.

¿Debería sentirme halagado o insultado por la comparación?

Estoy seguro de que Phoebe lo dijo como un insulto. Pero de mi parte, es un cumplido sin duda.

Se relajó un poco más. La conversación con la dama no era tan difícil como había imaginado. Con los otros sirvientes, conversar era fácil. Todos tenían el mismo tipo de vida: un trabajo interminable, la necesidad de ser silenciosos, respetuosos y, en la medida de lo posible, invisibles. Pero una dama como Venetia había nacido para ser exhibida. Cada una de sus miradas, acciones y prendas de vestir era una declaración visual cuidadosamente construida.

No pudo evitar seguir comparándolos mentalmente. Él vivía en el sótano de una gran casa de campo, sólo tenía unas pocas posesiones personales a su nombre, y su vida estaba dedicada a la comodidad y el placer de los demás. Pero su vida era un feliz equilibrio entre el ocio campestre y el cultivo de su mente. La casa en la que vivía estaría llena de muebles finos y retratos encantadores, su biblioteca estaría bien abastecida y sin duda las esculturas clásicas adornaban los pasillos de su casa adosada. Su vida era envidiable.

Si no tenemos chistes que contar, quizá podríamos conocernos mejor sugirió. ¿Podrías hablarme acerca de ti?

¿Qué desea saber? no veía que esta investigación fuera a durar mucho. Su vida no era interesante en lo más mínimo.

Oh, empieza por el principio, como toda buena historia su tono fue burlón, pero más dulce que cruel.

¿El principio? se echó hacia atrás, frotando sus hombros contra los mullidos cojines del sillón, y se acarició la barbilla como si estuviera sumido en sus pensamientos. Esto hizo reír de nuevo a su bella protegida. Nací en Northumberland, en un pueblo llamado Blanchard.

Oh, creo que he escuchado hablar de él. Está al sur de Hexam, ¿no?

Sí, a unas nueve millas. ¿Conoce el pueblo?

No, no realmente, sólo sé que está cerca de Hexam.

Muy bien, entonces le contaré la historia del pueblo.

Ella se quedó callada y él se rio, sintiendo su decepción.

Prometo hacerlo medianamente interesante.

¿Sólo medianamente? Madre mía sonreía de nuevo. Dios, adoraba su sonrisa. Lo hacía sentir como si estuviera en los jardines en un día de primavera, con el sol calentándole la cara.

Chica descarada bromeó, y luego se detuvo en seco. Se había pasado de la raya. Ese era un apelativo cariñoso para una muchacha burlona de pueblo. Ella le tiró una almohada y él la cogió, sonriendo de nuevo.

Bueno, continúa le instó, sin que le molestara en absoluto que la llamara descarada.

Bien dijo, aclarándose la garganta, Blanchard es una ciudad bastante ordenada. Es cuadrado, como los cuarteles de un ejército extranjero en lugar de un serpenteante conjunto de calles. Las cabañas son todas de piedra gris y amarilla, y forman líneas ordenadas alrededor de la plaza del pueblo, la cual tiene un poco la forma de la letra L. La mayoría de los habitantes son mineros y sus familias.

¿Mineros? ¿De plata? los ojos de Venetia se abrieron de curiosidad.

Nada tan romántico. Extraen plomo. La mayoría de las casas se construyeron hace un siglo, y el pueblo en sí es muy antiguo. Del siglo XII, de hecho. En la plaza del pueblo había una antigua abadía.

¿La abadía no está ahí ahora?

No, lamentablemente no. Verá, Blanchard se encuentra en lo profundo de un valle cerca del río Derwent, rodeado de páramos lúgubres. Las leyendas locales dicen que el aislamiento de estos páramos incitó a los escoceses a visitarla durante sus incursiones a través de la frontera en 1327.

Los ojos de Venetia se iluminaron.

Ahora me tienes intrigada. ¿Qué ocurrió en 1327?

Bueno, los monjes estaban tan aliviados por haberse librado de esos brutales asaltantes de las Tierras Altas que tocaron las campanas de la abadía para celebrarlo, pero las campanas doblaron tan fuerte en el valle que los escoceses lo oyeron, dieron media vuelta y volvieron, saqueando la abadía.

¡Qué horror!

Lo es, desde luego. Ni siquiera sabemos qué aspecto tenía la abadía. Sólo quedaron escombros después de que se marcharan los asaltantes, y con el tiempo se utilizaron para otras estructuras, hasta que los cimientos fueron lo único que quedó. Ahora forman la plaza del pueblo de Blanchard. Pero Blanchard aún no había acabado con los escoceses ni con sus leyendas tuvo que admitir que estaba disfrutando de esta discusión. Lanzó la almohada juguetonamente hacia Venetia. Ella se agachó con una risita.

¿Más escoceses? Dime, por favor.

Blanchard fue el hogar, al menos durante un tiempo, del general Benjamin Forster, quien lideró un fallido levantamiento jacobita en 1715. Escapó tras ser capturado en Preston, y se escondió en Blanchard en un agujero para sacerdotes detrás de la chimenea de su casa. El agujero sigue allí hoy en día. Y algunos dicen que la hermana de Forster, Dorothy, acecha la zona alrededor de la chimenea.

¿Un fantasma?

Sí. Se dice que se aparece ante los visitantes, pidiéndoles que le lleven un mensaje a Benjamin, quien huyó a Francia.

¿Qué mensaje?

No creo que nadie lo sepa. Creo que la mayoría de los que la han visto simplemente huyen antes de que pueda explicarse.

Venetia se rio.

Supongo que yo también huiría. Nunca se sabe qué pretende un fantasma. Algunos pueden ser agradables, otros bastante aterradores.

Adrián se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en sus rodillas.

¿Ha visto un fantasma?

Oh, sí. En nuestra antigua casa de campo en Lake District. Vivíamos en Wetheral, en Cumbria.

¿Ya no vive allí?

Su felicidad empezó a desvanecerse.

No, ya no. Mi padre, el difunto conde de Latham, falleció el año pasado. Mi primo es ahora Lord Latham, y vendió nuestra finca, Latham House. Nos vimos obligadas a vivir con él en nuestra casa de Londres.

¿Por qué? ¿Estabais necesitadas de dinero? se dio cuenta demasiado tarde de que la pregunta fue inapropiada. Lo siento, por favor, no responda a eso.

No, no me importa le aseguró ella. Yo no necesito dinero, pero mi primo es... bueno, la abuela le llama despilfarrador. Prefiere los juegos de azar a otros pasatiempos y llegó al condado con muchas deudas. Las saldó con la venta de la casa de campo Latham y se llenó muy bien los bolsillos, pero... su tono se suavizó a medida que su voz se apagaba.

Pero le costó su casa.

Suspiró y borró la tristeza de su expresión con falsa alegría.

Esa casa tenía un buen número de fantasmas, como la novia chillona.

¿La novia chillona? soltó una risita.

Ah, sí. Y también chillaba. Te perseguía por la larga galería de cuadros, lamentando algo espantoso, con los ojos rojos. De niña me daba mucho miedo. Una noche me persiguió y, no sé por qué, me di la vuelta y le grité que se callara. Desapareció y no la he vuelto a ver desde entonces.

¡Un fantasma sensato! Qué considerado.

Esta vez la sonrisa de Venetia fue genuina, no forzada.

Pero me has distraído. Háblame de ti, por favor.

Me temo que no he vivido una vida de la que merezca la pena hablar.

No lo creo. Todas las vidas guardan algo de interés.

Él la miró, vio su decidida curiosidad. No podía evitar la discusión, que sólo servía para irritarlo.

Mi madre era soltera y mi nacimiento fue escandaloso. Ahí está, ¿eso resulta suficientemente interesante?

No quiso que sus palabras fueran tan duras, pero lo fueron. Había tantas cosas en su interior que aún bullían de rabia y dolor por lo que su padre les había hecho a su madre y a él.

La mirada de Venetia fue tan hermosa y a la vez tan solemne.

Tu nacimiento no es culpa tuya, y estoy segura de que no es *tan* escandaloso.

Su intento de apaciguarlo sólo lo irritó aún más. ¿Cómo podía entender lo que intentaba decirle?

Milady, soy el hijo bastardo de un duque que se niega a reclamarme. Esa es la definición de escandaloso.

Venetia ladeó la cabeza, estudiándolo. A él no le gustaba ser objeto de su escrutinio, al menos no de esta manera.

Siento mucho haberme burlado. No puedo imaginar la ansiedad que eso debe crear. ¿Me perdonarías?

Adrian miró al suelo, intentando hacer agujeros en las alfombras orientales.

No debería haber perdido los estribos, milady. Soy yo quien debería pedirle perdón a usted. En absoluto. Tienes derecho a tu ira. Soy yo quien lo siente. Vamos, volvamos a ser amigos. Se quedó mirando la mano pequeña y elegante que ella le ofreció.

Yo...

¿Por favor?

No podía negar nada a aquellos ojos oscuros. Se levantó y tomó su mano entre las suyas, estrechándola suavemente en señal de nueva amistad. Entonces recordó que había traído comida.

Me he olvidado por completo de su comida hizo un gesto con la cabeza hacia la bandeja cuando Venetia no le soltó la mano inmediatamente. Se separó de ella lentamente, con las puntas de sus dedos aún juntas.

Supongo que tengo un poco de hambre. ¿Me acompañas? se sentó en la cama mientras él le acercaba la bandeja y la dejaba sobre el cubrecama de satén azul.

No debería, milady.

Venetia, por favor. Debo insistir.

Venetia acarició su nombre mientras lo pronunciaba.

¿Ves? No ha sido difícil, ¿verdad? volvió a burlarse de él. Ahora, come, por favor, o me sentiré descortés. Si mi abuela desea que seas un compañero y no un sirviente, entonces te trataré como a un compañero, lo que significa que comerás conmigo.

Viendo que no podía discutir, Adrián robó uno de los platos más pequeños de la bandeja y cogió un poco de comida para él.

Estoy intentando encontrar algo terriblemente embarazoso que contarte sobre mí, algo que nos ponga en igualdad de condiciones mordió una fresa mientras decía esto, y Adrián se sintió atraído por la visión de sus labios carnosos.

No hace falta que nos pongas en igualdad de condiciones. Fue un error mío agobiarla con la naturaleza de mi nacimiento.

¡Ya lo tengo! exclamó, sus ojos brillando de picardía. Mi terrible secreto es que tengo veinticuatro y todavía no me han besado.

A Adrian casi se le cae el plato al suelo.

Espantoso, ¿verdad? Mis dos primeras temporadas fueron bastante decepcionantes. Mi padre me había convencido de que bailar, los bailes de salón y todas las cosas con las que otras chicas sueñan no eran importantes. Quería que me educara, que me concentrara en comprender nuestra finca, la riqueza que él había invertido y la mejor manera de administrarla. Después de eso, los bailes parecieron una tontería. Mi padre sólo me permitió asistir a un par de ellos, en los que las damas siempre superaban en número a los hombres. Era bastante agobiante esperar eternamente a que un caballero me invitara a bailar. Y como no soy la más atractiva de las damas, me pasaban por alto a la hora de las aventuras amorosas.

Está bromeando dijo. Debe de haber tenido al menos una docena de hombres locos por usted y al menos una docena de besos robados.

Ella soltó una risita al ver su expresión, que él sabía que debía de haber lucido bastante estupefacta.

¡Es verdad! Lo juro. En mi tercera temporada, bueno, estoy seguro de que sabes lo que piensa un hombre de una mujer que está firmemente soltera. Para entonces yo ya no interesaba en absoluto, ni siquiera a los cazadores de fortunas. Mi padre parecía gozar de buena salud, y antes de su muerte mi dote era considerable, aunque no demasiado atractiva. Ahora he heredado la mayor parte de su dinero, y mi desdichado primo Patrick heredó sólo el título. Cree que puede

casarme con algún hombre horrible de su elección que le dé parte de mi herencia.

Adrian la miró fijamente.

¿Por eso su abuela desea que se case?

Sí, exactamente. Pero quiero elegir con quién me caso. No que me obliguen a ello mi taimado primo o mi bienintencionada abuela. Sin embargo, no me queda mucho tiempo suspiró y apartó la bandeja que tenía sobre la cama. Sencillamente, no sé nada acerca de los hombres se quedó callada un largo rato, y luego su mirada se deslizó hacia él, con un brillo en sus ojos oscuros. Adrian, ¿me enseñarías?

¿Enseñarle?

Sí. Enséñame acerca de los hombres.

Por segunda vez en su presencia, Adrián se atragantó y tuvo que coger una taza de té, solo para tropezar y caer al suelo.

Necesito saber sobre los hombres. Sus costumbres, sus deseos, el cortejo, la atracción, incluso sobre los besos.

Capítulo Cinco

El corazón de Venetia se aceleró al ver al apuesto lacayo reincorporarse. Pensó que casi lo había matado cuando se atragantó y tropezó intentando alcanzar la bandeja de té que había cerca. Soltó una risita mientras él recuperaba el control. No había querido pillarlo desprevenido de esa manera.

¿Y bien? ¿Me enseñarás? Estoy segura de que puedo compensarte de alguna manera... Si me dijeras lo que deseas. Considérate un tutor, y yo una alumna entusiasta.

Ahora Adrian estaba de pie junto a la ventana, apoyado en el marco, con los brazos cruzados y la mirada fija en los jardines. El silencio que reinaba entre ellos era profundo, y Venetia se fijó en las líneas delgadas y esbeltas de su cuerpo, que lucían tan elegantes con la librea negra y dorada. Le inspiraba un peligroso deseo de cosas que nunca antes había sentido.

Aunque quisiera aceptar una oferta así, es imposible. Perdería mi puesto aquí por confraternizar con uno de los invitados ella juró escuchar pesar en su voz, como si deseara ser su tutor y sólo su posición social se lo impidiera.

Venetia esperaba aquella respuesta, pero no que la decepcionara tanto. Aunque no parecía una palabra lo bastante fuerte para describir lo que sentía.

Adrian, nadie lo sabría. Ya ves con qué facilidad he echado a Phoebe. Aquí no hay nadie que presencie nada de lo que hablamos o hacemos.

La miró de frente, con una mirada salvaje en sus ojos ámbar, mientras se acercaba a la cama. Apoyó una mano sobre la cabecera y se inclinó hacia ella.

Lo que me pide es peligroso. Soy un hombre apasionado, un hombre que disfruta de la compañía de las mujeres, y si me da un solo beso, querré más. Ninguno de los dos puede permitirlo.

Venetia tragó saliva y abrió mucho los ojos al contemplar su sensual boca, que seguía siendo atractiva incluso cuando la fruncía con fiereza.

Por favor, no puedo confiar esto a nadie más. Pero confío en ti.

¿Cómo puede confiar en mí? No me conoce gruñó. ¿Y si fuera un libertino salvaje?

¿Lo eres?

No, pero... maldita sea, mujer se inclinó y con la mano que tenía libre le cogió la barbilla. En un instante, su boca cubrió la de ella. Venetia gimió al sentir el calor de sus labios contra los suyos. Separó los labios en un grito ahogado y la lengua de él se deslizó en su boca. Un rayo de calor la recorrió, y la excitación que sintió fue casi insoportable. Nunca en su vida se había sentido así. Nunca. Era aterrador, excitante y confuso.

Adrián gimió cuando su mano pasó de su barbilla hacia su nuca. Ella alargó la mano para coger su pañuelo y enroscó los dedos en la tela. La necesidad de tocarlo, de estar más cerca de él

de cualquier forma posible, era abrumadora. Su boca era tan voraz como la suya. Estas nuevas y salvajes sensaciones provocadas por ese único beso la dejaron aturdida y mareada. Si no se hubiera sujetado a su pañuelo, podría haberse tambaleado.

Su sabor era delicioso, con un toque de fruta y té, y la sensación de su lengua jugando con la suya era erótica de una forma que jamás habría imaginado. Venetia trató de liberar su cuerpo de las mantas para tocarlo mejor, para estrecharse mejor contra él, pero sintió una punzada en el tobillo y se apartó de él para después jadear de dolor.

Sus rostros seguían juntos, con la respiración agitada y los ojos entrecerrados. La mano de Adrian seguía enredada en su cabello y lo masajeaba mientras ella sujetaba su pañuelo. Durante un minuto se miraron fijamente a los ojos, ambos deshechos por aquel beso.

Venetia no quería romper el hechizo de aquel momento, pero, como todas las cosas buenas, tenía que terminar. Adrián se enderezó y la soltó, sus dedos seguían enredados en los mechones de su cabello mientras tiraba de ellos.

Yo... de nuevo se quedó sin palabras, y esta vez ella también. Su primer beso. Qué cosa tan maravillosa había resultado ser. Lo siento mucho dijo finalmente. No debí...

Quería que lo hicieras, y te lo agradezco necesitaba que él entendiera el regalo que le había hecho. Aquel beso había nacido del deseo y no de la intención de cortejarla por su dinero. Había sido un beso de verdad, y pasara lo que pasara después, se casara con quien se casara, ese beso siempre sería especial. Juró guardar ese momento en su corazón y apreciarlo.

Adrian se paseó a los pies de la cama y frunció el ceño mientras se pasaba los dedos por el cabello.

No debería haberlo hecho.

¿No lo disfrutaste? preguntó, tratando de no sonar preocupada.

Por supuesto que sí. No se trata de eso. Usted es una dama, y yo soy... nadie se volvió hacia ella. Hablaré con Lady Devon. Este arreglo no funcionará se dirigió hacia la puerta, pero Venetia echó las mantas hacia atrás e intentó levantarse de la cama. En su desesperación por detenerlo, se olvidó de su tobillo. En cuanto se apoyó en él, gritó y cayó.

Adrián estaba allí, cogiéndola en brazos. Pudo sentir la fuerza de su cuerpo mientras la abrazaba, y eso la hizo estremecerse.

Te juro que antes de conocerte no era tan torpe ni tan tonta dijo mientras se apoyaba agradecida sobre él.

Una risita profunda y divertida retumbó en su pecho, vibrando contra ella de un modo maravilloso.

Normalmente no me atraganto, pero parece que usted me priva de aire.

Venetia se rio y luego dejó escapar un suspiro agotado.

¿Cansada?

Su voz volvía a tener un tono amable, de preocupación y compasión. No estaba acostumbrada a ese tono, al menos no por parte de un hombre.

Un poco. Debes pensar que soy muy frágil y delicada, pero te juro que soy una criatura mucho más resistente.

Ha sufrido una lesión, y ha salido a dar un largo paseo bajo la fría lluvia. Eso cansaría a cualquiera.

La levantó y la colocó de nuevo en la cama. Ella le cogió la mano y se aferró a él antes de que pudiera apartarse.

Por favor, no hables con Lady Devon. Has sido maravilloso y deseo tenerte como compañero. Si prometo no pedirte más besos, ¿te quedarás?

La miró por un largo momento, y ella no pudo leer su expresión.

No más besos. No puedo permitirme perder mi posición. Debido a mi nacimiento y a mi edad, sería difícil encontrar trabajo en otro sitio.

Lo comprendo y lo hizo. Lo último que quería era que él arriesgara su sustento para satisfacer su curiosidad, pero no podía quitarse de la cabeza su beso, cómo la había hecho sentir tan viva.

¿Por qué no duerme? Tengo que bajar y ocuparme de algunas tareas. Volveré en unas horas.

Gracias, Adrian.

Le soltó la mano, y él hizo una reverencia mientras salía de la habitación. Estaba cansada, pero mientras se recostaba en la cama y cerraba los ojos, sólo podía pensar en aquel magnífico beso.

* * *

Adrian estaba jugando con fuego. Un fuego que ardía tan dulcemente, que disfrutaría cada minuto mientras quemaba su mundo a su alrededor. Permaneció en el pasillo un largo rato mientras se arreglaba el pañuelo de su cuello y buscaba desesperadamente los hilos maltrechos de su cordura.

Lady Venetia quería que le enseñara acerca de los hombres, acerca del deseo y la atracción. No estaba seguro de que tales cosas pudieran enseñarse. Había escuchado a fanfarrones de la ciudad jactarse de sus dudosas conquistas, y había visto al más callado de los hombres conseguir el afecto de mujeres inalcanzables. No había leyes establecidas en el antiguo arte del cortejo, pero había aceptado tontamente educarla al respecto.

Esto sin duda haría que lo echaran de Hartland. La pregunta era, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que lo descubrieran? Apenas ganaba treinta libras al año, y no era probable que volviera a encontrar un puesto así. Se vería obligado a aprender un nuevo oficio, suponiendo que alguien lo aceptara. La vida en el servicio sólo lo había preparado para otros puestos en el servicio. No sabía nada de herrería ni de minería. Sabía montar bastante bien, pero no tenía experiencia como mozo de cuadra que lo hiciera indispensable en una nueva casa. Al aceptar el trato de Lady Venetia, se estaba condenando a sí mismo.

Consiguió escabullirse hasta su habitación en el sótano sin que nadie lo molestara. Se sentó en su catre y enterró la cara entre sus manos. Diez años; durante *diez años* éste había sido su hogar, lo más cerca que había estado de una familia después de la muerte de su madre. Dejó escapar un fuerte suspiro. En la pared colgaba un dechado con palabras sabias cosidas en la tela con delicada precisión: "La humildad es la verdadera dignidad de un sirviente".

Tenía mucha humildad. Perder a su madre, luego llegar a su padre sólo para ser rechazado sin siquiera verlo. Su madre estaba segura de que Lord Stratford aceptaría recibirlo. Fue una bendición que no hubiera vivido para saber lo contrario.

Sí, Adrian tenía mucha humildad y aún más humillación. Pero cuando había besado a Lady Venetia, había habido un breve momento en el que no se había sentido él mismo. No, eso no estaba bien. Se había sentido más él mismo que desde que había llegado a Hartland. No había sido un sirviente invisible, ni un pavo real al que exhibir por su atractivo. Simplemente había sido un hombre besando a una mujer con pasión y anhelo.

Sin duda, no era más que un juguete para ella, un juguete con el que entretenerse y divertirse. Por otra parte, había visto una inocencia tan dulce en sus ojos, como si hubiera besado a una princesa despertada de un sueño de un siglo, en lugar de a una mujer taimada que deseaba

divertirse con él. ¿Cuál era la verdad? ¿La princesa o la inteligente criatura que lo veía como un juguete? Ya había eludido antes las insinuaciones de mujeres hermosas que se habían alojado bajo este techo. Rechazarlas había sido fácil. ¿Pero Lady Venetia? Ella era diferente. Y peligrosa.

La campana de la cena sonó afuera. Se levantó y se arregló apresuradamente la chaqueta y el cabello antes de reunirse con los demás para la comida de mediodía. Cuando llegó a la mesa de los criados, el señor Reeves ya presidía en un extremo y la joven ama de llaves, la señora Miller, en el otro.

Adrian se deslizó hasta su asiento, con la cabeza gacha, y el señor Reeves recitó una breve oración. Después, cada uno se sentó en su sitio. La señora Webster pasó platos llenos de pastel de carne por la mesa.

Ya han llegado todos los invitados comenzó el señor Reeves. Las criadas y los ayuda de cámara cenarán con nosotros después de que los invitados hayan cenado esta noche habló más sobre los finos lores y damas que habían llegado, pero Adrian no estaba escuchando. Sólo levantó la cabeza una vez mientras comía, y vio que Phillip lo observaba con curiosidad.

Cuando terminó la comida, Adrian se unió a Benjamin para llevar las bandejas del té de la tarde a las damas, pero Phillip lo alcanzó. Adrian le indicó a Benjamin con la cabeza que se adelantara mientras él y Phillip se quedaban atrás.

El señor Reeves dijo que tienes deberes especiales esta semana. ¿Está todo bien? preguntó el ayuda de cámara.

Sí, pero no puedo hablar de ello.

Tiene que ver con Lady Venetia, ¿verdad?

Sí.

Phillip se rio.

Bien, has complacido a la dama, entonces, rescatándola. ¡Bien hecho, muchacho!

No me felicites. Todavía puedo estar en problemas dijo antes de seguir a Benjamin hasta el salón principal verde.

Las damas estaban sentadas cerca del fuego, murmurando y riendo mientras ellos dejaban las bandejas de té. La duquesa prefirió que los lacayos sirvieran el te mientras ella conversaba con sus invitados. Benjamin y Adrian se movieron con eficacia por el salón antes de retirarse al pasillo para hacer de guardias silenciosos. Lady Devon estaba más alejada de ellos, pero algunas de las otras damas se encontraban más cerca de su posición. Era difícil no escuchar lo que decían.

Siempre tiene a los hombres más atractivos, ¿no te parece? le preguntó una mujer a otra. Sus miradas se dirigieron a Adrian y Benjamin, quienes estaban a la vista desde la puerta.

Desde luego. Si tan solo mi marido no estuviera aquí... musitó una, y su compañera soltó una risita.

Adrian apretó la mandíbula, y Benjamin se movió ligeramente sobre sus pies. No había nada más humillante que se hablara de uno como si se tratara de una mercancía que poseer y codiciar. Intento ignorar la conversación de las damas hasta que el nombre de Lady Venetia lo saco de sus pensamientos.

He escuchado que la nieta de Lady Latham está aquí dijo la primera mujer. Sí, la heredera. Se rumorea que por fin va a buscar marido, pero la pobre se ha torcido el tobillo. Una pena. Mi hermano está aquí, ya sabes, y espero ponerlo en su camino. Necesita una esposa con grandes bolsillos.

¿Oh? ¿Y si le llevara flores o alguna otra muestra de interés? Me atrevería a decir que ella lo

vería muy romántico, y él tendría la oportunidad de captar su atención sin los otros caballeros alrededor.

Es una idea excelente. Se lo diré a Peregrine. Estoy segura de que Lady Devon dejaría ir algunas de sus rosas, tiene muchas en el invernadero.

A Adrian se le ocurrió una idea ante la sugerencia de la dama. Lo llenó de una tonta esperanza de poder hacer algo para complacer a Lady Venetia como lo haría un caballero. Sabía que no debía abandonar su puesto, pero si era lo suficientemente inteligente, podría dejar a Benjamin a cargo por un corto tiempo.

Miró a su compañero.

Necesito ver a Lady Venetia. ¿Tienes todo controlado aquí?

Benjamin asintió.

Ve, estaré bien.

Gracias salió del pasillo, alentado con una idea. Quería llevarle flores a Lady Venetia, pero flores de verdad, no cultivadas en el invernadero. Tenía una hora antes de tener que volver con ella, así que se dirigió a los jardines y se tomó su tiempo para hablar con el jardinero, el señor Paisley, quien le ayudó a cortar varias de las rosas más hermosas y docenas de flores silvestres. Llevó el ramo al pasillo de la servidumbre y se dirigió al salón de la ama de llaves.

La señora Miller estaba revisando los libros mayores cuando él entró. El ama de llaves, antes dama de compañía de Lady Devon, se había hecho cargo de la casa tras la marcha de la ama de llaves anterior. Era casi de su misma edad. También era inteligente y capaz.

¿Son para mí? se burló la señora Miller cuando vio el ramo.

Yo... No, pero esperaba contar con su ayuda. ¿Por casualidad tendrá un poco de cinta o tela para unir los tallos?

Puede que sí se levantó de su escritorio, se dirigió a una cómoda y abrió el cajón superior. Estaba lleno de cachivaches y muchas cintas. Cogió una de un rojo intenso, que hacía juego con las rosas más grandes, y ató el ramo por él. Adrian se sintió como un pequeño niño emocionado.

Déjame adivinar. ¿Son para Lady Venetia?

Sí. Supongo que todos los de abajo deben saber ya de mi asignación temporal.

La señora Miller se rio.

Nada permanece en secreto por mucho tiempo allá abajo.

Gracias por la cinta. Serás recordada en canciones e historias a través de los tiempos sonrió a la joven ama de llaves, quien lo empujó fuera de su despacho con una carcajada.

Volvió a la habitación de Lady Venetia, con el corazón lleno de una extraña y agitada emoción. Se detuvo detrás de la puerta, que estaba parcialmente abierta, y escuchó la voz de un hombre desde el interior.

... He escuchado que se encuentra mal, Lady Venetia. Le he traído un regalo.

Oh, vaya. Son unas flores preciosas, señor Sherman. Enviaré a mi dama de compañía a por un jarrón enseguida.

Es un placer, Lady Venetia. Pensé que extrañaría los jardines mientras esté confinada aquí.

Así es.

También pensé que le gustaría esto Le ofreció una cajita de terciopelo. Ella la abrió y sus ojos se abrieron de par en par al ver lo que contenía antes de volver su mirada al caballero.

Oh, es demasiado precioso jadeó. No puedo...

Por favor, insisto. Es un regalo para usted, ya que me ha alegrado enormemente esta fiesta.

Lo que fuera que el señor Sherman le había traído, debía de ser exquisito y caro, muy superior a cualquier cosa que Adrian pudiera regalarle.

Su corazón se hundió. Las flores resbalaron de sus dedos hacia suelo. Se dio la vuelta y regresó al lugar en el que había nacido. El lugar al que siempre pertenecería.

Fui un tonto por pensar... Un tonto por soñar.

* * *

Venetia hizo todo lo posible por mantener una conversación interesante con el señor Sherman, uno de los caballeros que asistían a la fiesta. El ramo de flores del invernadero de Lady Devon estaba en un jarrón sobre la mesa, entre ellos.

Es terrible torcerse un tobillo dijo el señor Sherman. Yo mismo lo sufrí de muchacho sus ojos, de un cálido color marrón, eran amistosos y su rostro amable. Tenía treinta y un años, y una finca decente a su nombre. Era educado, amable, parecía valorar sus pensamientos y opiniones, y era muy atractivo. El señor Sherman era un hombre con el que valía la pena casarse, pero el fuego que había experimentado con Adrian simplemente no estaba allí.

Si le apetece, me gustaría sentarme con usted en los jardines o en la terraza trasera más tarde dijo esperanzado.

Gracias. Me encantaría.

Bueno, debería dejarla descansar sonrió tímidamente mientras se levantaba de su silla y se marchaba. Phoebe estaba sentada en un rincón, cosiendo una rasgadura en el vestido azul de Venetia.

Parece simpático, milady.

Lo es, ¿verdad? sin embargo, contuvo lo que realmente sentía. Phoebe, ¿podrías decirle a Adrian que traiga un poco de té?

Por supuesto dejó la costura a un lado y se fue, sólo para detenerse frente a la puerta y agacharse. Cogió algo que había junto a la puerta. ¿Milady? dijo con desconcierto mientras cargaba el ramo de flores más exquisito que Venetia había visto jamás. Dejaba en vergüenza a las flores de invernadero del señor Sherman.

Oh, vaya. ¿De dónde han salido? extendió las manos y Phoebe colocó el ramo en sus brazos. Venetia enterró la cara en las flores. Había rosas rojas en el ramo, junto con docenas de impresionantes flores silvestres. Prímulas de color amarillo pálido se mezclaban con campanillas, caléndulas, pimpinelas escarlatas y tallos de brillantes colores de guirnalda de rosas. Su aroma floral aún conservaba un toque de tormenta. Procedían de los jardines del campo. Una cinta de satén rojo estaba cuidadosamente atada alrededor de los tallos, manteniéndolos juntos.

Estaban en el suelo, como si alguien las hubiera dejado caer Phoebe se quedó mirando las flores, con una expresión de curiosidad en el rostro.

¿Podrías encontrar otro jarrón para ellas? preguntó. Sintió una extraña atracción hacia las flores, como si al soltarlas fuera a perder algo precioso para ella. No podía expresarlo con palabras, así que las sujetaría hasta que encontrara un jarrón.

Bajaré a la cocina y le diré al lacayo que le traiga el té mientras encuentro otro jarrón.

Gracias, Phoebe se levantó de la silla e hizo una mueca de dolor mientras cojeaba hacia la mesa y trasladaba el jarrón del señor Sherman al alféizar de la ventana. Había insistido en que el señor Sherman no le diera el collar que le había traído. Era un objeto demasiado valioso como para que él se lo diera cuando apenas lo conocía. Era más apropiado para el anuncio de un compromiso, algo de lo que ninguno de los dos había hablado. Él quería que se quedara con la joya, pero ella le había dicho que las flores le gustaban mucho más como regalo y, por suerte, él no había parecido disgustado. El señor Sherman era un hombre muy amable. Si tan sólo sintiera

por él lo que sentía por Adrian, su futuro sería muy claro.

Volvió a sentarse en la silla, con las manos aún alrededor en las flores. Volvió a aspirar su aroma y sonrió al pensar en Adrian. Tenía muchas más preguntas que hacerle sobre los hombres ahora que había tenido la oportunidad de compararlo con el señor Sherman. Por ejemplo, por qué él la hacía sentir salvaje, perdida y jadeante de excitación cuando el señor Sherman no lo hacía. Esa era una pregunta muy importante.

Capítulo Seis

Pregunta por ti anunció Phoebe al entrar en el comedor de servicio.

Adrian levantó la vista mientras le sacaba brillo a una tetera de plata.

Primero tengo que terminar esto respondió en voz baja. No quería subir a verla siendo cortejada por aquel caballero. Tampoco quería ver las flores que había pasado tanto tiempo recogiendo y que luego había abandonado tontamente en el suelo como un niño enfurruñado. Sus acciones lo hacían sentir como un cobarde, pero no podía volver allí y verla rebosante de alegría por las atenciones de otro hombre, no cuando había albergado una esperanza tan tonta de que ella podría... Adrian desterró el pensamiento.

Phoebe se paró frente a él y su expresión seria se suavizó.

Prefiere la tuyas.

¿Perdón? Adrian volvió a centrarse en la tetera, frotando enérgicamente una mancha de óxido.

Tus flores. Las que encontré fuera de la habitación de mi señora. No le dije que eran tuyas, pero se prendó de ellas enseguida, más que de las del señor Sherman.

Adrian se detuvo.

¿Le gustaron?

Sí, enterró la cara en ellas y sonrió. Me mandó a buscarte para que le lleves el té mientras yo encuentro otro jarrón.

La sonrisa de Adrian se desvaneció un poco.

Necesito terminar esto o el señor Reeves me matará.

Llévala arriba y trabaja en ello. A Lady Venetia no le importará.

¿No le importará ver a un hombre ganarse la vida? refunfuñó. Normalmente no era un hombre que se permitiera la autocompasión, pero no podía soportar la idea de que Venetia lo viera realizar las tareas comunes de un lacayo.

Phoebe se cruzó de brazos en un gesto severo.

A milady le gustas, y odiaría verla decepcionada.

Adrian echó la silla hacia atrás y suspiró.

Muy bien. Subiré enseguida con su té.

Bien la dama de compañía salió del salón de servicio, y Adrian cogió el brazo de Benjamin cuando este pasó a su lado.

Si ves al señor Reeves, dile que me han pedido que vaya a ver a Lady Venetia, y que me he llevado la tetera conmigo.

Se lo haré saber prometió Benjamin.

Adrian preparó una bandeja de té, cogió su tetera y el paño de pulir, y subió hasta la

habitación de Lady Venetia. Dudó antes de tocar, y luego empujó la puerta cuando ella le pidió que entrara. Estaba sentada junto al fuego, vestida con un precioso vestido de día de un suave lila con una faja de color púrpura oscuro alrededor de la cintura. Su rostro estaba menos pálido y sus ojos castaños brillaron de alegría cuando él entró. Sus flores descansaban en un jarrón junto a ella, sobre la mesa, y las otras flores estaban colocadas en el alféizar de la ventana.

Ella le sonrió.

Me alegro de que hayas vuelto, Adrian. He creado una lista de preguntas para que respondas miró a su alrededor y luego se inclinó hacia mientras él se acercaba. Y he enviado a Phoebe a hacer unos recados, así que no nos molestarán.

Vaya. Ahora me tiene preocupado dijo con una risita. ¿Me atrevo a escuchar estas preguntas?

Debes hacerlo. Ahora siéntate le ordenó, aunque su tono fue más burlón que imperioso. Se sentó frente a ella en una silla de ruedas.

Muy bien, haga sus preguntas.

Quiero saber más sobre lo que los hombres desean en una mujer. ¿Les preocupa más su aspecto o su mente? Mi padre siempre me advirtió que la mayoría de los hombres prefieren la apariencia, pero creo que era bastante parcial al intentar evitar que quisiera casarme. ¿Dirías que depende del hombre?

Bueno, se ha metido de lleno en el ajo, ¿no? se rio, pero luego se puso serio. Definitivamente depende del hombre. Un *buen* hombre quiere que una mujer tenga una mente fuerte y un corazón valiente. La belleza brilla desde dentro, y cuanto más brilla ese brillo interior, mayor es el brillo exterior. Una cara bonita se desvanece. Mientras hombres y mujeres envejecen juntos, lo que importa es lo de adentro.

Estoy de acuerdo respondió. Entrelazó los dedos en su falda y cogió el ramo de flores que él le había traído. Sus dedos rozaron los pétalos de unas campanillas. Él respiró hondo cuando se dio cuenta del cariño con el que contemplaba las flores que había elegido para ella. Adrian, ¿tú...? ¿Son tuyas?

Él no había esperado este cambio de tema.

Eh... Sí. Las elegí para usted su voz fue un poco áspera, así que se aclaró la garganta.

¿Por qué no me los trajiste? Phoebe los encontró en el suelo del pasillo.

Adrian apartó la mirada

Vi al señor Sherman aquí, cortejándola, y sus flores estaban... hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. Las mías me parecieron inadecuadas.

Las flores del señor Sherman son delicadas selecciones del invernadero de Lady Devon, y dudo que las eligiera él mismo. Son preciosas, pero éstas sonrió a su ramo. Son flores que vivieron en el vasto mundo, hermosas y audaces, salvajes y libres, incluso las rosas de jardín. Se han ganado su lugar en el mundo. No son plantas mimadas que reciben agua y tierra a su antojo.

Adrián guardó silencio. Sus palabras lo conmovieron profundamente, y ella se quedó callada también durante un largo momento.

Las flores del señor Sherman son un gesto amable. Las tuyas, sin embargo, son una declaración. Gracias. Me han alegrado el día.

Sus palabras le devolvieron la esperanza, pero sabía que no debía abrazarla. Aun así... lo había sorprendido con su opinión sobre las flores.

De nada, milady. Me pidieron que le enseñara sobre los hombres, pero parece que usted me ha enseñado algo sobre las mujeres.

Sonrió entonces mientras miraba hacia él.

Ahora, volvamos a mis preguntas. La siguiente es que deseo saber más sobre ti.

¿De mí? Milady, ya hemos hablado de esto sacudió la cabeza, se supone que debo hablarle de hombres, no de mí.

Tú eres un hombre, ¿no? ocultó todo el humor de su rostro mientras le dirigía una mirada inocente y candorosa.

Lo soy aceptó renuientemente.

Bien. Ahora hágame de tu madre.

¿Mi madre?

Sí Lady Venetia estaba allí sentada, correcta y elegantemente, y todo lo que Adrian podía pensar era que necesitaba unos buenos besos para distraerse. Ante riesgo de perder su puesto, se arriesgó.

Milady, ¿por qué no volvemos al tema del deseo?

Un calor intenso iluminó sus ojos.

¿Deseo?

Sí. El deseo, aunque no es necesario para el matrimonio, es importante para uno feliz.

Se inclinó hacia delante, ansiosa por saber más.

Continúa.

Adrian se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

El deseo puede comenzar con una mirada hizo una pausa y se volvió hacia Venetia, dejando que cada pensamiento perverso que había tenido sobre ella atravesara su exterior reservado. Pensó en cómo había sentido su piel suave como el satén mientras la ayudaba a desnudarse. Pensó en lo que le haría si estuviera en la misma posición que él, en cómo la atraparía en algún rincón privado, le levantaría las faldas y la haría suya, inundándola de placer.

El rostro de ella enrojeció y sus labios se entreabrieron. Con una sola mirada, él había demostrado que el deseo podía verse en los ojos de un hombre.

Yo... tragó saliva. Quería decir, ¿qué más sabes sobre el deseo? ¿Puede desarrollarse con el tiempo si no surge al instante?

Sí. Al igual que el amor, el deseo puede crecer con el tiempo, pero también puede desvanecerse. No se case con un hombre simplemente por deseo. Cácese con él también por amor hizo una pausa, pensando en sus propias decisiones respecto al matrimonio. Nunca había sentido una profunda devoción por ninguna mujer. *Deseo*, sí, pero nunca *amor*. La verdad era que nunca se había atrevido a pensar en el amor y el matrimonio. No era su destino como hombre de servicio.

Lo sé, el amor es muy importante. Pero me preocupa... se detuvo, sus ojos se desviaron hacia algo más allá de él.

Él volvió y se sentó de nuevo en la silla más cercana a ella.

¿Qué?

Me preocupa no poder encontrar a un hombre que me ame él vio el destello de inquietud mezclado con esperanza en sus ojos mientras hablaba. No soy mansa, ni dócil. No tengo el menor interés en obedecer a un hombre simplemente porque me lo ordena. Desde luego, no creo que los hombres sean superiores; si lo fueran, serían los encargados de tener hijos y criarlos. Ese deber está reservado para nosotras, las damas, y sin embargo se nos trata de forma tan abominable.

Habló con tanta tristeza que Adrián se sintió impulsado a actuar. Atravesó el espacio que los separaba y le cogió una mano.

¿Su padre la trató mal?

No, todo lo contrario. Mi madre murió cuando yo tenía trece años y él quería que me criara

como una mujer orgullosa, inteligente e independiente. Me advirtió tan severamente acerca del sexo masculino que hasta este asunto de mi primo intentando obligarme a casarme con su amigo, no tenía ningún deseo de casarme.

¿Y ahora se ha resignado? preguntó, intentando descifrar el enigma de Lady Venetia.

Sí, supongo que esa palabra encaja tan bien como cualquier otra lo miró a los ojos. Quiero ser amada, deseada, pero también valorada como persona, no vista como un bien mueble que un hombre posee. No quiero casarme con un hombre que sólo quiera obtener mi fortuna. ¿Existe un hombre así en Inglaterra?

Adrian seguía cogiéndole la mano y se la llevó lentamente a los labios.

Sí. Hay hombres buenos que la desearían, amarían y cuidarían como se merece deseó más que nada haber nacido como un caballero, no un bastardo. Ser un hombre digno de ella. Con gusto habría entregado su alma en un pacto fáustico si pudiera tener ese único regalo.

¿Tienes una mujer a la que ames? le preguntó mientras él volvía a bajar sus manos, aún entrelazadas.

Estoy solo en el mundo. Casarme significaría abandonar la Abadía de Hartland, y aunque tengo un excelente historial laboral aquí, no me resulta fácil encontrar trabajo en otra parte. Mi linaje atrae demasiadas especulaciones escandalosas, incluso después de todos estos años.

¿Es Lord Devon...?

No, él no es mi padre. Es amable y bueno. Me acogió a petición de mi padre. Mi padre es el duque de Stratford.

Los labios de Lady Venetia se separaron con asombro.

Adrian, una de tus hermanastras está aquí para la fiesta.

Su susurro emocionado provocó un repunte de miedo y confusión en él.

¿Qué? No vi a nadie de la casa de Stratford en la lista de invitados.

Es Lady Mowbray, está casada con el Vizconde Mowbray. No puede ser mucho mayor que tú. ¿Cuántos años tienes?

Tengo veintinueve respondió, pero su mente estaba ahora a kilómetros de distancia. ¿Había sabido el señor Reeves que una de las hermanastras de Adrian estaba aquí? Seguramente habría memorizado la genealogía de cada invitado. ¿Era por eso que había permitido que se mantuviera alejado de los invitados y atendiera a Lady Venetia en su lugar?

Oh, Adrian, ¿y si pudieras conocerla? Es encantadora. La he visto una o dos veces antes en cenas en Londres. Su marido, Lord Mowbray, es encantador y amable.

Por un segundo lo consideró, pero luego se rio de su propia estupidez. Por mucho que el niño que una vez había sido y que había anhelado hermanos deseara un desenlace así, nunca podría permitirlo.

No, no puedo conocerla. Ella nunca debe saber de mí. Perdería mi puesto, y entonces no podría encontrar otro empleo, porque no tengo otras habilidades más que el servicio. No puedo permitirme volver a pasar hambre.

Con un pequeño grito ahogado, ella se tapó la boca con la mano.

¿Volver a hacerlo?

Lo siento, Lady Venetia. He hablado de más. Debería dejarla descansar empezó a levantarse.

Por favor, no. Parece que te molesto constantemente con mi conversación descuidada. Por favor, no te vayas. Por favor le tendió una mano.

Durante un largo segundo, luchó en su interior para hacer lo correcto. Para marcharse educadamente. Pero, malditos fueran sus hermosos ojos, no podía marcharse.

Volvió a estrechar su mano entre las suyas, y la sonrisa suave y aliviada que se dibujó en sus

labios lo derrumbó. Las sueltas ondas doradas de su cabello caían por sus hombros, atrapando la luz del sol, que se aferraba a ellas como un amante. Era exquisita. Era una diosa tan por encima de su alcance. Sin embargo, cuando lo miraba como lo hacía ahora, le parecía más real que cualquier otra mujer con la que hubiera estado. ¿Era porque había compartido tanto de sí mismo con ella? Nunca se había mostrado tan vulnerable con nadie.

No hablaremos de Lady Mowbray, lo prometo, pero ¿crees que podrías arreglar que cenáramos en otra habitación? Mi tobillo ya no duele tanto y me gustaría desesperadamente estar fuera de esta maldita habitación. No me sienta nada bien sentirme como una inválida. Sé que no puedo asistir a la cena con los demás, porque eso requeriría que estuviera cojeando como una tonta, pero seguramente podríamos cenar fuera de esta habitación.

Adrian se dio un golpecito en la barbilla.

Hablaré con el señor Reeves y veré si podemos hacer que cene en la biblioteca de arriba.

Oh, encantador. No se me ocurre un lugar mejor.

Adrian cogió la tetera de la bandeja y un paño y se sentó en una silla. Sintió los ojos de Lady Venetia clavados en él, así que fingió examinar la tetera en su regazo y comenzó a frotar una mancha de deslustre, tratando de ignorar lo cohibido que se sentía en ese momento.

Eso debe de ser muy tedioso. ¿Quieres que te lea para entretenerte?

Yo... Sí, me gustaría mucho.

Cogió un libro de una mesa cercana y comenzó a leerle mientras pulía. Por primera vez en mucho tiempo, Adrian se perdió en una historia mientras trabajaba. Media hora más tarde, se reía con ella mientras hablaban del romance gótico que había estado leyendo.

Ella se secó las lágrimas de las mejillas mientras reía tanto que lloraba.

Tienes razón, estos libros... Oh, cielos... soltó una carcajada.

Creo que debe ser un requisito para la heroína de una novela gótica vagar a sus anchas en su camisón más fino y cargar siempre con un candelabro. Es un maldito milagro que los castillos no se quemen, dadas todas las llamas ondeando salvajemente.

Oh, pero me gustan dijo. Uno siempre sabe qué esperar. El héroe brutal que por fin revela su amor y rescata a la heroína del verdadero villano. Hay cierto consuelo en la predictibilidad.

La vida sólo es interesante porque es impredecible dejó la tetera, ahora reluciente, en la bandeja justo cuando Lady Venetia se levantó.

¿Eso crees? preguntó más tranquila.

Sí. Debe haber sorpresas en la vida. La predictibilidad tiene sus comodidades, pero no emoción verdadera cogió la bandeja y se dirigió a la puerta. Volveré enseguida para acompañarla a cenar a la biblioteca de arriba.

Ella le sonrió.

Gracias.

Maldita sea si no se le doblaron un poco las rodillas ante eso. Hizo que todo su ser simplemente brillara.

Recuerda que no eres nada para ella, que nunca podrás ser nada para ella.

Y con ese pensamiento solemnizador, bajó las escaleras.

* * *

Gwen esperó a que el apuesto lacayo se retirara con su bandeja de té antes de salir de su escondite. Le había encantado escuchar las risas y bromas de Venetia con el joven hombre mientras disfrutaban de su mutua compañía. Había querido ver cómo le iba a su nieta y se había

escondido en la habitación junto a una escultura de mármol muy tétrica de algún tío griego mientras escuchaba a Venetia y al criado.

Esto era lo que había esperado que su querida Venetia estuviera experimentando: alegría y deleite con un hombre. Los mejores maridos eran los que iluminaban el corazón de sus mujeres con risas. Todos los matrimonios tenían sus retos, pero también debían aportar alegría a la pareja.

Se detuvo ante la puerta parcialmente abierta de Venetia y escuchó a su nieta tararear suavemente. Por un momento, se preguntó si había cometido un peligroso error al poner a Venetia en el camino de aquel atractivo lacayo. ¿Y si se encariñaba?

No, todo iba a salir a la perfección. Venetia descubriría lo que más importaba en un marido, seguiría a su corazón y encontraría un caballero digno. Y ese cabrón de Patrick podría irse muy lejos si intentaba interferir de nuevo en la felicidad de Venetia.

Golpeando con los nudillos en la puerta de Venetia, Gwen llamó:

Soy yo, querida.

Oh, Abuela, pasa llamó Venetia.

Empujó la puerta y vio el rostro radiante de su nieta. Tenía mucho mejor aspecto después de descansar y entretenerse.

¿Cómo está tu tobillo?

Sigue hinchado, pero me lo he estado frotando, lo que parece aliviar un poco la tensión. Ya puedo moverme. No demasiado rápido, pero si lo necesito, soy capaz llevara puestas un par de pantuflas forradas de piel y un vestido lila que favorecía su suave cabello dorado como la miel. Lucía encantadora. No era de extrañar que el pobre lacayo estuviera de tan buen humor, con esta encantadora visión de Venetia para hacerlo sonreír.

Pareces mucho mejor de ánimo.

Lo estoy. Adrian es maravilloso. Tenía que pulir una tetera, así que le leí *El hijo oscuro del duque*, esa novela gótica que compré la semana pasada.

¿Dijiste que pulió una tetera? Por favor, dime que *realmente* pulió una tetera. Hoy no puedo lidiar con eufemismos de comportamiento escandaloso.

Sí, fue una tetera *de verdad*. ¿No pensarás que nosotros...? Oh se tapó la boca y estuvo a punto de reírse, pero se lo pensó mejor.

Bien, no me gustaría pensar que te está convenciendo para que le hagas cosquillas en su piffle murmuró.

¿Hacerle cosquillas en el... piffle? se rio, y Gwen no pudo evitar reírse con ella. ¿Qué diablos en un piffle?

Ya sabes... hizo un gesto con la mano por debajo de su cintura. El órgano masculino... por así decirlo.

Piffle repitió, casi ahogándose de risa. ¡Cielos! Abuela, no me extraña que se ahogue cuando está cerca tuyo. Por favor, que nunca te escuche llamar a su... parte... un piffle.

Muy bien. Me lo guardaré para mí técnicamente la palabra *piffle* significaba tontería, pero una vez había escuchado a un hombre en un baile mencionar la palabra en ese contexto, y desde entonces le había encantado. Era una descripción maravillosamente acertada.

Adrian es un buen compañero y me gusta escuchar su risa. Es un sonido encantador confesó, no creo que se ría mucho. No porque no le guste, sino porque la vida de servicio debe de ser muy dura. La verdad es que no había pensado mucho en ello, pero debe de estar muy ocupado y solo al mismo tiempo. Y no es justo porque... interrumpió de pronto su discurso.

Gwen la miró fijamente.

¿Qué no es justo?

No puedo decirlo, sería romper su confianza.

Ya veo. Bueno, espero que sea digno de que guardes su secreto respondió. ¿Estarás arriba esta noche para cenar?

Eso creo. Sería embarazoso cojear delante de todos esos posibles pretendientes.

Cierto. Escuché que el señor Sherman te presentó sus respetos hoy.

Sí. Fue muy amable.

Espero que fuera un poco más que eso, querida. Viene de buena familia y es decente. Conocí a sus padres. Personas espléndidas.

Es bastante atractivo musitó, pero Gwen pudo ver que sus pensamientos estaban en otra parte.

Podrías tener un marido peor que él.

Podría, pero abuela, no hay fuego, no hay chispa.

Venetia se sonrojó, y Gwen se acercó y se sentó a su lado.

¿Y quién está hablando de fuego y chispa?

Oh, nadie, pero ¿no es eso importante?

La pasión es importante, pero no todo el mundo la siente de inmediato. La pasión puede llegar con el tiempo.

Lo sé. Si tan solo tuviéramos tiempo refunfuñó.

Gwen se sintió fatal por haber precipitado a su querida nieta en esta decisión monumental.

Sí, si al menos lo tuvieras...

Capítulo Siete

Adrian estaba ajustando la hora en el reloj de la sala de billar. Era uno de los favoritos de Lord Devon, un reloj de chimenea francés Luis XIV fabricado en algún momento de la década de 1660. El señor Reeves aleccionaba a todos los nuevos lacayos sobre el prestigio y la calidad de los relojes y que era su deber mantenerlos en perfectas condiciones.

Este reloj era una pieza delicada, con una caja hecha de carey rojo y ornamentada con incrustaciones de cobre y peltre delicadamente talladas. La caja estaba adornada con monturas de bronce en forma de cuentas, rosetas, hojas de palmera, piñas de abeto, lámparas de aceite antiguas y patas de garra. La esfera del reloj estaba cubierta de gamuza negra.

Adrian ajustó con cuidado las manecillas del reloj de bronce ornamentado a la hora correcta basándose en el reloj de bolsillo que llevaba en el bolsillo de su chaleco. Bajo la pantalla circular de números romanos, una figura de bronce de Chronos, el dios del tiempo, parecía estar sosteniendo el tiempo mismo. Una pesada carga. Adrian podía comprenderlo.

Se había alejado del reloj y se había vuelto hacia la puerta cuando entraron tres de los caballeros invitados, uno de los cuales era el señor Sherman. Adrian se acercó a la pared junto a la chimenea de mármol, haciendo todo lo posible por pasar desapercibido, pero sin esconderse, no fuera a ser que los caballeros asumieran que estaba intentando espiar.

¿Cómo ha ido? le preguntó uno de los hombres a Sherman.

Bastante bien. A ella, como a todas las damas, le gustan las flores respondió él.

¿Es cierto que es tan rica como Creso? preguntó el segundo hombre.

No del todo, pero casi dijo. Su primo, Lord Latham, está desesperado por casarla con uno de sus colegas, sin duda con una parte de su fortuna en mente como pago por sus esfuerzos de casamentero.

¿En serio? el primer hombre pareció disgustado. Ese hombre tiene el peor gusto en amigos.

En efecto. Estuvo hablando de ello en Boodles. Quería estrangular a ese hombre gruñó Sherman. No se habla de una mujer en un club, y menos con intenciones tan mercenarias.

Te habría respaldado si hubieras estrangulado a ese hombre, Sherman dijo el primer hombre, quizá un poco jactancioso.

Adrian observó en silencio cómo los hombres preparaban una partida de billar, ajenos a su presencia por un momento, hasta que Sherman se dirigió a él.

Digo. ¿Podrías traernos un poco de whisky, si no te importa? Sé que debes estar atendiendo los relojes Sherman, estaba claro, lo había visto ajustar la hora en el reloj cuando entró en la habitación. Era un hombre observador, tendría que recordarlo.

Sí, señor hizo una reverencia y se retiró, dejando solos a los caballeros mientras cogía un carrito de bebidas de uno de los salones. Lo llevó de vuelta a la sala y preparó tres copas, las

dispuso en una bandeja de plata y las sirvió a los caballeros mientras seguían hablando de Lady Venetia.

Sherman bebió un sorbo, asintió en dirección a Adrian, agradeciéndole, y volvió a la partida de billar.

Si de verdad quieres cortejar a Lady Venetia, será mejor que actúes rápido. No me extrañaría que su primo intentara algo diabólico y obligara a la pobre mujer a casarse dijo el segundo hombre mientras se apoyaba en su taco de billar.

Estoy de acuerdo. Latham intentaría algo así, el muy cabrón, pero por una vez, quiero ser decente con respecto a buscar esposa dijo Sherman. He sido soltero durante demasiado tiempo. Un hombre no puede tratar esto simplemente como una cita, no cuando tiene en mente el matrimonio. Quiero ser fiel a quien me case y unirme a una mujer a la que ame y respete. No quiero equivocarme, no en algo tan importante.

No, claro que no aceptó su amigo. Pero puede que necesites ayuda con el tiempo. Lady Venetia no tiene experiencia con hombres. A su edad, debería tenerla, pero me han dicho que su padre la mantuvo muy protegida; el hombre sólo la dejó asistir a un par de bailes durante su presentación. Sospecho que la pobre chica no tiene ni idea de cuándo está siendo cortejada. Quizá tengas que dejar más claras tus intenciones.

Sí, supongo que sí. Creo que se perderá la cena de esta noche, pero podría hacerle una visita después.

Adrian apretó los puños, odiando al señor Sherman, aunque el hombre no estaba siendo descortés con Lady Venetia. De hecho, parecía el tipo de hombre que ella buscaba, uno que pensaba en su mente y su corazón y deseaba cortejarla con las mejores intenciones. Pero la idea de que otro hombre la tocara lo llenaba de una celosa ira. Una ira que sabía muy bien que no tenía derecho a sentir.

Solo ten cuidado con ese viejo dragón, Lady Latham advirtió el amigo de Sherman en broma mientras bebía el resto de su whisky. No tendría reparos en golpearle en la cabeza con su bastón si pensara que eres demasiado atrevido todos los caballeros se rieron.

La conversación pronto giró en torno al juego, la caza y otros deportes de ocio que Adrian nunca había tenido la intención de practicar. Vio que ninguno de los hombres necesitaba una segunda copa, así que se apresuró a marcharse. Era hora de hablar con el Sr. Reeves sobre la cena. Sin duda sería una discusión desagradable, pero ahora haría cualquier cosa por Lady Venetia.

* * *

Venetia se encontró extrañamente nerviosa mientras Phoebe terminaba de peinarla. Se había cambiado para la cena, aunque no iba a bajar con los demás invitados. Llevaba puesto un vestido color ciruela con una faja plateada. Llevaba el cabello recogido en ondas sueltas y una cinta entrelazada en sus dorados mechones al estilo griego.

¿Dirías que luzco... atractiva? le preguntó a la criada.

Phoebe arqueó una ceja suspicaz.

Nunca me había preguntado eso.

Bueno, ¿lo estoy?

Luce usted encantadora, como siempre, milady.

Se relajó ante el tono sincero de su criada.

Es una tontería estar nerviosa, ¿verdad?

¿Para cenar con un lacayo? Yo diría que sí. Es *él* quien debería estar nervioso.

Oh, silencio se rio del adusto y desaprobador *tut-tut* de su criada mientras se retocaba unos rizos sueltos.

Luce digna del mismísimo príncipe. Si ese lacayo sabe lo que le conviene, se quedará boquiabierto, milady.

Venetia se miró en el espejo y por primera vez se sintió realmente deslumbrante.

¿Desea que la ayude a subir a la biblioteca?

Oh, sí, por favor. Le dije a Adrian que me reuniría con él allí. Todavía tiene mucho que hacer.

Phoebe la ayudó suavemente a levantarse y Venetia dio unos pasos cautelosos sobre su pie aún sensible. Se sentía mucho mejor, pero no quería que Adrian lo supiera. Su abuela podría obligarla a volver al centro de la fiesta, y no quería eso, no cuando podía pasar más tiempo con él.

Caminaron hasta la biblioteca del piso superior. Su corazón dio un vuelco cuando vio a Adrian junto a la mesa de lectura. Levantó la cabeza al escuchar el movimiento de su vestido y pronto estuvo a su lado, inclinándose y ofreciéndole el brazo. Ella vio la mirada severa que Phoebe dirigió a él antes de liberarla renuentemente.

Una gran sensación de paz se apoderó de Venetia cuando él tiró suavemente de ella hacia la mesa de lectura. Phoebe pasó a un segundo plano; ahora sólo estaban ellos dos en la biblioteca.

Dime la verdad. ¿El señor Reeves estaba muy enfadado contigo?

Adrian le dedicó una sonrisa de complicidad.

Bastante enfadado. Lady Devon me dijo que hiciera lo que fuera necesario para complacerla, y yo le recordé esa orden, así que al final tuvo que ceder.

Vaya, imagino que a un mayordomo no le gustaría eso.

Adrian sonrió.

No, desde luego. El señor Reeves es un hombre justo, pero la casa tiene sus reglas, y él ama sus reglas. Pero ha sido un buen hombre conmigo su expresión se ensombreció. Llegué aquí casi muerto de hambre, desesperado, y él me acogió, a pesar de mi historia.

Venetia le dio un apretón en el brazo.

Es tan injusto juzgar a un niño por su nacimiento. Tú serías un digno heredero de cualquier ducado, pero no creo que yo hubiera sido una criada decente. Tal vez un ama de llaves reflexionó.

Adrián soltó una risita.

El servicio doméstico es un puesto complicado. Requiere de mucha inteligencia y una planificación cuidadosa, así como la gestión de muchas personalidades diferentes. No me cabe duda de que usted lo haría muy bien.

Venetia se sentó en la silla que él le ofreció.

¿Cómo es la vida en el piso de abajo? Casi nunca me dejan bajar, ni siquiera en mi propia casa.

Le sirvió un vaso de vino y otro para él.

Casi siempre hay mucho trabajo. Incluso es caótico. Tenemos muy poco tiempo para descansar. Casi siempre hay alguien en el camino o estorbando. La cocina siempre está caliente, pero huele de maravilla la mayor parte del tiempo. Esta noche huele a nuez moscada y faisán asado.

Eso suena bastante encantador bebió un sorbo de vino. ¿Duermes arriba o abajo?

Los lacayos duermen en el sótano de la casa, milady. Comparto habitación con otro lacayo,

Benjamin.

Venetia hizo una docena de preguntas más sobre la vida de Adrian antes de volver a la pregunta que más le importaba.

¿Me hablarás de tu madre?

Adrian miró en las profundidades de su copa de vino, sumido en sus pensamientos.

Era amable y hermosa. Era la hija de un terrateniente y se convirtió en institutriz cuando su familia atravesó tiempos difíciles. El duque de Stratford la contrató para cuidar de sus dos hijos.

¿Tu hermanastra y tu hermanastro, el vizconde Bainbridge y Lady Mowbray hizo una pausa. Sí. Su madre murió un año después de que mi madre entrara a trabajar allí. Dijo que el duque tenía el corazón roto. Había sido devoto a su duquesa, pero tras su muerte buscó consuelo en la cama de mi madre. Cuando supo que estaba embarazada, la envió al norte. Nos daba dinero todos los meses, pero yo conseguí un empleo a los dieciséis años para mantenerla en caso de que el duque dejara de enviar dinero. Era mejor que yo pudiera mantenernos a los dos, pero sólo conseguí trabajos esporádicos u ocasionales en una taberna. Había muchos puestos de aprendiz, pero querían que los chicos empezaran jóvenes, alrededor de los trece años, y esos contratos te ataban a tu amo en servidumbre. Yo no podía hacer eso.

Venetia quiso tocar a Adrián, aliviar parte de su dolor, pero no se atrevió a mostrar tanta compasión, no fuera a confundirla con lástima. Los hombres tenían su orgullo, y ella no quería herir el suyo.

Tu madre suena maravillosa.

Lo era. Enseñó a los niños de la escuela local durante dieciocho años. Mejoró la vida de muchos su sonrisa fue increíblemente suave y triste a la vez. Estaba claro que la había amado profundamente, pero incluso los buenos recuerdos le producían dolor. Incluso la alta burguesía local le enviaba a sus hijos. A veces pienso que, si hubiera sido un hombre, habría estado destinada a algo maravilloso, una carrera como ingeniera o arquitecta. El destino es cruel con las mujeres brillantes.

Venetia bajó su tenedor y lo miró.

¿Crees que las mujeres son capaces de ser brillantes?

¿Capaces? Desde luego. Si algo me ha enseñado trabajar en el piso de abajo es que las mujeres son igual de fuertes, igual de inteligentes y trabajadoras, si no más, que muchos hombres.

Por un momento Venetia contuvo la respiración, repentinamente insegura de sí misma.

Adrian... si te casaras, ¿tendrías un matrimonio igualitario?

¿Un matrimonio igualitario? esos ojos ambarinos de él la calentaron por completo al convertirse ella en el único centro de su atención. ¿Qué quieres decir?

¿Cómo tratarías a tu mujer?

Con amor y compasión, por supuesto. Pero supongo que te refieres a algo más.

¿Qué hay de los asuntos del hogar? ¿De finanzas o carrera?

La consultaría sobre cualquier decisión que tomara. Veo el matrimonio como una asociación, y para que funcione bien, requiere confianza y comunicación por ambas partes.

¿No la subyugarías de ninguna manera?

Los ojos de Adrian se suavizaron y se inclinó hacia ella.

He visto hogares dirigidos de esa manera antes. Es como si el marido y la mujer vivieran vidas separadas y casi no se conocieran, limitándose a residir en el mismo lugar. Ese no es un matrimonio que me gustaría tener.

Venetia apoyó la palma de la mano en la suya y él la rodeó con sus dedos. Su pulgar se

movió en un patrón relajante sobre el interior de su muñeca, y su pulso palpité emocionado bajo esa caricia.

Me crio una mujer fuerte y cariñosa continuó Adrian. Lo último que haría sería aplastar el espíritu de una mujer no dándole la libertad que se merece. Un hombre y una mujer deben confiar el uno en el otro, y no sólo para apoyarse. Un matrimonio debe ser una asociación de iguales su voz fue suave y contenía la promesa de lo que le daría a la mujer a la que algún día llamaría esposa. El corazón de Venetia dolió porque no podría ser esa mujer.

Eso Venetia tragó con dificultad, es lo que quiero en mi matrimonio.

Entonces lo encontraremos para usted.

Su promesa provocó en ella una emoción salvaje. Terminaron su vino y hablaron de temas más ligeros. Adrian le contó anécdotas divertidas del piso de abajo. Fue una de las veladas más agradables que había pasado en mucho tiempo. Él cogió los platos y los puso en una bandeja, y ella se dio cuenta de que en la última media hora había olvidado que era un lacayo. Habían sido simplemente dos personas inmersas en una conversación de lo más absorbente. Venetia se levantó y recorrió la biblioteca, examinando las imponentes estanterías y leyendo los títulos dorados en los lomos de los libros.

Al ver una colección de poemas que reconoció, sacó el tomo de la estantería.

Adrian la seguía de cerca, y el calor de su cuerpo contra su espalda le produjo deliciosos escalofríos. Se giró hacia él, abrió el libro y lo sostuvo de tal manera que él sólo pudiera ver sus ojos.

¿Byron? soltó una risita. Sus labios dibujaron una sonrisa perezosa que hizo que a ella le temblaran las rodillas.

Creo que es apropiado contestó, sin dejar de protegerse la cara con el libro. Los ojos de Adrian estaban llenos de picardía mientras colocaba una mano junto a su cabeza contra la estantería y empezaba a recitar:

*La fama, la sabiduría, el amor y el poder eran míos,
Y la salud y la juventud me poseyeron;
Mis copas se ruborizaban de cada vid,
Y formas encantadoras me acariciaban;
Soleé mi corazón en los ojos de la Belleza,
y sentí que mi alma se enternece;
Todo lo que la tierra puede dar, o el premio mortal,
Era mío el esplendor real.*

Conoces muy bien a Byron se burló ella. El levantó lentamente la mano y apartó el libro de su cara, inclinándose más. Ella se deleitó en ese momento en que sus rostros casi se tocaron, y pudo ver el brillo de sus ojos, la sensual curvatura de sus labios.

Le robó un beso. Venetia se acercó a él, necesitando estar más cerca. Él le cogió la nuca y sus dedos la mantuvieron quieta mientras profundizaba el beso. Ella separó los labios con impaciencia, dejándose llevar por esa excitación salvaje y agitada que se extendía desde su vientre como una bandada de mariposas alzando el vuelo.

Dios mío, sabes dulce gimió él mientras la aprisionaba contra la repisa.

Ella gimió cuando él empezó a deslizar una mano por debajo de sus faldas, pero el repentino sonido de voces los detuvo.

Se quedaron inmóviles. La mano de Adrian seguía apoyada en la parte exterior de su muslo y el cuerpo de Venetia temblaba mientras se esforzaban por escuchar mejor los sonidos que se acercaban. Eran dos personas, un hombre y una mujer, que entraban en la biblioteca.

Por aquí. Nadie entra nunca en una biblioteca el hombre se rio y la mujer respondió con una risita.

Aquí dijo la mujer acercándose. Ahora, Monty, por favor. Te necesito sonaba desesperada y sin aliento.

Por supuesto, Lady Percy gimió, y se escuchó el ruido de la ropa al moverse, seguido de otra risita de la mujer.

Asombrada por lo que estaban por escuchar, Venetia estuvo a punto de jadear, pero Adrian le tapó la boca con su mano. Sus miradas se cruzaron y él dirigió la cabeza hacia el extremo de la librería, que tenía un tramo de pared sin estanterías. Esperó a ver si ella entendía.

Venetia no sabía qué pretendía, pero asintió. Adrian le quitó la mano de la boca y cogió las suyas, tirando de ella hacia el hueco. Recorrió la pared, buscando algo, y luego sonrió y presionó la pared con el pulgar. Esta cedió y se abrió hacia un oscuro pasadizo. La atrajo hacia la oscuridad con él.

Venetia no habló mientras él cerraba la puerta tras ellos. Se adentraron en el túnel y, de vez en cuando, al pasar por otras habitaciones, se filtraban pequeños destellos de luz a través de las paredes. Venetia se dio cuenta de que se trataba de pequeñas mirillas. Se detuvieron junto a una y miraron a través de ella a un salón.

Vacía Adrián empezó a empujar contra la pared, pero el sonido de alguien entrando en la habitación lo hizo congelarse de nuevo.

¿Quién está ahí? preguntó un hombre. Era un caballero canoso, de unos sesenta años, que llevaba un periódico bajo el brazo. Recorrió la habitación con una ceja levantada. ¡Sal! Sé que estás aquí.

Venetia contuvo una risita y Adrián volvió a taparle la boca, su cuerpo se pegó al de ella en el estrecho pasillo. La risita se convirtió en un grito ahogado cuando él le levantó las faldas. Ella echó la cabeza hacia atrás mientras sus dedos exploraban la masa de sus enaguas hasta encontrar la piel desnuda de su muslo por encima de las medias. Jugó con el lazo de las medias y Venetia se estremeció con un hambre salvaje y desesperada que nunca antes había sentido. Se aferró a los hombros de Adrian, clavándole las uñas para mantenerlo cerca mientras él movía la mano a través de las capas de su ropa interior. Luego la tocó en aquel lugar secreto y sensible entre los muslos. Rozó con los dedos la mata de rizos que cubría su montículo e introdujo un dedo en ella. Ella chilló de sorpresa, sin poder evitarlo.

¡Ahí está otra vez! murmuró el hombre en el salón. Malditos ratones en las paredes. Espera a que Lord Devon se entere los murmullos del hombre se suavizaron a medida que se alejaba de la habitación, pero Venetia apenas fue consciente de su presencia. Lo único que podía hacer era sentir cómo Adrian exploraba su cuerpo. Su otra mano seguía sobre su boca para mantenerla callada mientras la introducía en un placer tan exquisito que estuvo a punto de hacerla llorar por la repentina descarga de un clímax que la arrastró como una marea alta.

Se le doblaron las piernas y se habría desplomado si Adrian no le hubiera quitado la mano de la boca para cogerla. Sus dedos seguían entrando y saliendo lentamente de ella, provocando las últimas descargas de éxtasis. Sólo entonces sacó suavemente la mano de debajo de sus faldas. En la penumbra, lo vio deslizar los dedos entre sus labios y lamer su esencia.

Se quedó mirándolo, su cuerpo temblando ante su sensual perversidad.

No tenía ni idea de que un hombre pudiera hacer algo parecido a lo que Adrian acababa de hacer.

Realmente eres tan perverso como Lord Byron fue todo lo que pudo susurrar.

Él rio, un sonido profundo y ronco que contuvo una deliciosa maldad.

Supongo que lo soy, pero no me disculparé. Es usted demasiado tentadora, milady.

No me atrevería a pedirte, no cuando ha sido tan maravilloso se puso de lado para que pudiera ver mejor sus ojos.

Él le cogió la cara y la miró con ojos suaves y dulces.

¿Fue la primera vez que te corriste?

Cielos, lo hice, ¿cierto? Por un momento pensé que me moriría ella se inclinó mientras él la rodeaba con sus brazos, abrazándola.

Gracias por darme ese regalo susurró contra su cabello. Hubo tal reverencia en sus palabras que por un momento se sintió como una diosa de antaño, otorgando regalos a un adorador mortal.

Debes de estar cansada le dijo al cabo de unos minutos. Deja que te lleve a tu habitación para que descanses su tobillo.

Venetia quiso protestar, quiso decir que ella era suya, pero en realidad estaba bastante cansada.

¿Vendrás a mi habitación esta noche, después de que todos duerman? necesitaba que estuviera con ella más que cualquier otra cosa.

¿Quieres que vaya?

Por favor. Si quieres, claro. No quiero pedirte nada que no me darías libremente, o que podría meterte en problemas.

Se quedó callado un largo rato y luego asintió.

Mi deseo es tu deseo. Iré a verte esta noche. Acepto gustoso los riesgos.

Capítulo Ocho

Adrián era un maldito canalla, lo sabía, pero no podía arrepentirse de lo que había hecho. Sólo había pretendido darle a Lady Venetia una vía de escape, pero tras aquel breve beso en la biblioteca, su cuerpo había superado a sus pensamientos racionales.

Una vez la tuvo cerca, en la oscuridad, pudo fingir que era alguien digno de ella, alguien capaz de seducirla y llevarla al placer como haría cualquier buen amante. Ella se había corrido tan maravillosamente, ¿y enterarse de que era la primera vez que sentía esa liberación? Sin duda estaba condenado por disfrutar de aquello eso como lo hacía.

Después de dejarla, volvió a la biblioteca para recoger la bandeja de la cena. No había rastro de Monty ni de su amante. Llevó los platos a la cocina y la señora Webster le dio una taza de té y unas galletas mientras se sentaba a la mesa de los sirvientes. Phillip estaba allí, cosiendo un botón en un chaleco para Lord William.

¿Cómo va el cuidado de la dama?

Bastante bien. Es fácil complacerla.

¿Lo es? preguntó en tono cortés, pero sus ojos sugerían algo más pícaro en la pregunta, dado que las propias palabras de Adrian habían abierto tontamente la puerta a tal indagación. No había querido decir que fuera fácil de complacer, sino simplemente que era fácil estar con ella, llevarse bien.

Sí contestó secamente, haciéndole saber al otro hombre que tuviera cuidado con lo que decía. Las habitaciones tenían oídos, especialmente en el piso de abajo.

Bueno, el señor Reeves se encargó de todo esta noche en la cena con Benjamin y Edward. Edward era uno de los lacayos más jóvenes, recién contratado. Sólo tenía diecisiete años, pero era muy trabajador.

Me alegra escuchar que el chico lo hizo bien.

Lo hizo. El señor Reeves envaneció de orgullo.

Adrian se rio. El mayordomo siempre se enorgullecía cuando los sirvientes de Hartland hacían un buen espectáculo cumpliendo con sus deberes.

Los dos permanecieron en silencio durante un largo momento antes de que Phillip volviera a hablar.

Adrian, tendrás cuidado, ¿verdad?

Lo tendré.

Bien dijo con un suspiro. Porque Hartland no sería lo mismo sin ti.

No había considerado eso.

Es bueno saber que me echarían de menos.

Lo haríamos, así que no te dejes llevar por el corazón le advirtió. No sería justo para ella, ni

para ti.

Bien, bueno, me voy a la cama dejó solo a su amigo y se dirigió a su pequeña habitación compartida. Estaba a oscuras cuando entró. Benjamin se movió bajo las sábanas.

¿Eres tú, Adrian?

Le sonrió al hombre más joven.

Sí. Vuelve a dormir.

La cama de Benjamin crujió mientras se daba la vuelta. Adrian se quitó los zapatos y el chaleco y se puso sus pantalones marrones y su camisa blanca. Se recostó encima de las sábanas y escuchó los discretos ronquidos de Benjamin. Esperó lo que le parecieron siglos antes de volver a deslizarse fuera de la cama y salir de puntillas de la habitación. El pasillo de los criados estaba oscuro, pero se sabía de memoria los escalones y las puertas. No le resultó difícil subir sin hacer ruido.

Las lámparas en los pasillos dorados ardían tenuemente y creaban una atmósfera inquietante, como si los retratos de los antepasados de Hartland lo observaran y juzgaran a su paso por la larga galería de cuadros.

Se consoló pensando en la hermosa dama de corazón abierto que le esperaba, y las palabras de Lord Byron volvieron a venir a su mente:

Es la hora en que de las ramas

se escucha la aguda nota del ruiseñor.

Es la hora en que los votos de los amantes

Parecen dulces en cada palabra susurrada.

Y los vientos suaves y las aguas cercanas

hacen música para el oído solitario.

Cada flor el rocío ha mojado ligeramente,

Y en el cielo las estrellas se encuentran:

Y en la ola hay un azul más profundo,

Y en la hoja un matiz más marrón.

Y en el cielo, ese claro oscuro

Tan suavemente oscuro, y oscuramente puro,

Que sigue al ocaso del día

Mientras el crepúsculo se derrite bajo la luna.

Lady Venetia parecía pertenecer a un centenar de poemas de Byron, sus palabras envolviéndola en un paquete exquisito, y esta noche se deleitaría en su brillo femenino, sin importar las consecuencias. No llamó a la puerta cuando llegó a su habitación; simplemente abrió la puerta y se deslizó dentro. Una lámpara ardía en la mesilla más cercana a la puerta, y vio a Venetia acostada en la cama. Tenía la cara vuelta hacia él y sus ojos marrones abiertos.

Siento que hayas tenido que esperar tanto se disculpó. Conozco las rutinas de todos los criados, y tenía que asegurarme de que no sería visto se acercó y se sentó en el borde de la cama, sintiendo una innegable emoción ahora que estaba tan cerca de llevarse a esta hermosa mujer a la cama.

Se incorporó hasta quedar sentada y sus manos jugaron con el borde del cubrecama azul.

Puede cambiar de opinión en cualquier momento, milady dijo Adrian mientras le tocaba las manos con una de las suyas, jugando suavemente con sus dedos.

No lo he hecho, pero soy un manojo de nervios. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Y... Quiero asegurarme de que esto es lo que tú también quieres.

Adrian le pasó el pulgar por el interior de la muñeca mientras la miraba.

Desde el momento en que salió de su carruaje cuando llegó aquí, no he querido otra cosa más que estar con usted.

¿De verdad? bajó la mirada hacia sus manos unidas.

De verdad. Y si desea que simplemente la abrace esta noche, lo haré encantado.

Suena encantador, y me gustaría hacer eso... después... cogió los cordones de su camisón y tiró de ellos. La tela del camisón se aflojó y le cayó por los hombros. La piel pálida y suave que dejó al descubierto le aceleró el pulso. No estoy segura de qué hacer. ¿Quizás podrías tomar la iniciativa? se lo preguntó con tanta dulzura que casi lo mata

Me encantaría. Pero debe prometerme que me dirá que pare si cambia de opinión. ¿De acuerdo?

Venetia asintió.

Adrian se levantó y retiró las mantas, dejándola al descubierto. El camisón le llegaba a las espinillas, pero era lo bastante fino como para que él pudiera ver sus curvas generosamente insinuadas bajo la tela. Se quitó las botas, las medias y la camisa, dejándolas cuidadosamente sobre una de las sillas antes de volver a la cama. Venetia se había movido, sentándose de modo que sus hermosas piernas y sus delicados pies quedaban colgando en el borde. Él se detuvo justo delante de ella y le cogió las manos, llevándoselas al pecho.

Primero, tócame tú le dijo. Sabía que le costaría concentrarse, pero quería que ella sintiera que tenía cierto control. Adrian creía que hacer el amor era un acto compartido entre dos personas, no una que se limitaba a obtener placer de otra. Y si ésta terminaba siendo su única noche con Venetia, quería que fuera especial.

* * *

Ella dudó en tocar el pecho desnudo de Adrian. Era tan insoportablemente hermoso, como Adonis, el primer nombre que ella le había dado. Deslizó las palmas de las manos por su pecho, y su cálida piel la sedujo. Se inclinó hacia él y le rozó el pecho con la mejilla. Un ligero rastro de vello oscuro se deslizaba desde la parte superior de su pecho hasta debajo de su ombligo, desapareciendo bajo la línea de sus pantalones. Lo exploró, su cuerpo enrojeció de calor al responder ante él.

Los dedos de Adrian rozaron suavemente su piel mientras él permanecía de pie, dejando que ella lo explorara. Después de un momento, le levantó la barbilla e inclinó la cabeza para atrapar su boca. El beso fue lánguido, decadente. Fue como morder fresas maduras y saborear su dulzura azucarada. Le mordió suavemente el labio inferior y deslizó su lengua contra la suya con un ritmo juguetón que le recordó a Venetia lo que él había hecho con sus dedos en el pasadizo oculto.

Apenas fue consciente de que él tiraba de los bordes de su camisón desabrochado, deslizándolo por sus hombros hasta que cayó a su cintura. Jadeó cuando una de sus manos se posó en su pecho desnudo. Apretó el sensible pezón y lo hizo rodar entre el pulgar y el índice, provocando una oleada de placer desde la punta de su pecho hasta su vientre. Se aferró a los mechones de su cabello oscuro, enredando los dedos en ellos mientras él seguía besándola. Una humedad se acumuló entre sus muslos y se frotó contra él, tratando de aliviar la creciente necesidad que sentía.

Él rompió el beso, jadeando. Luego la empujó contra la cama, sin brusquedad, pero con una actitud posesiva que la hizo estremecerse. Cogió su camisón y ella levantó las caderas para que se lo quitara. Luego le separó los muslos y se inclinó sobre ella en la cama.

El aire fresco de la noche le acarició la piel, enfriándola al mismo tiempo que su contacto la calentaba de nuevo. Adrian la besó desde el cuello hasta los pechos, chupando ambos pezones hasta que ella sintió hambre de sentir su boca en otros lugares perversos. Sus manos eran ligeramente ásperas al contacto, manos que habían vivido una vida de trabajo, manos que la llenaban de emoción y excitación. Pensar en su fuerza y en cómo podría dominarla con su seducción era una fantasía a la que nunca se había entregado hasta ahora.

De repente se sintió tímida, pero fue casi imposible concentrarse en la parte de sí misma que quería ocultar su desnudez. Él pasó la lengua por su ombligo y luego la besó en su montículo. Jadeó y tembló cuando él le abrió más las piernas y cubrió su sensible vulva con los labios. Casi chilló y por poco se cayó de la cama, conmocionada por las violentas pero placenteras sensaciones que su boca le provocaba entre las piernas. Él soltó una risita. Fue un perverso sonido estruendoso, tan masculino y dominante que hizo que su cabeza diera vueltas. Sabía exactamente qué hacer para enloquecer a una mujer.

Cuando pasó la lengua por sus pliegues, tuvo que taparse la boca para silenciar otro grito. Fue demasiado. El clímax la golpeó con fuerza, dejándola débil y sin aliento. Cerró los ojos, sintiendo que se deshacía en el colchón que tenía debajo. Entonces algo se introdujo en ella. Abrió los ojos y vio que Adrian se había quitado los pantalones y que su pene, una gloriosa, larga e intimidante porción de anatomía masculina, se estaba introduciendo en ella.

Estaba a punto de tensarse cuando él la penetró. Algo se desgarró en su interior y gimió mientras el dolor irradiaba en su interior. Él se inclinó, susurrándole disculpas y cubriéndole la cara de besos. La ternura con la que la colmó en ese aterrador momento la unió a él de una forma que jamás habría imaginado.

Calla, mi dulce amor. Calla ya, se acabó le acarició la oreja antes de besar el punto sensible detrás de ella. Un nuevo deseo despertó en ella y sus paredes internas se cerraron en torno a él. Él gimió como si sintiera dolor.

¿Estás bien? preguntó ella.

Oh, sí. Se siente bien cuando haces eso.

¿Hacer qué? no pudo evitar contraerse de nuevo.

¡Eso! Maldita sea maldijo y robó sus labios para darle un beso largo, profundo y crudo.

Al cabo de un momento, empezó a moverse dentro de ella, empujando lentamente, llevando su cuerpo a un ritmo natural y antiguo. Venecia aún estaba sensible, pero el dolor agudo pronto desapareció. Adrián la acercó al borde de la cama y ella rodeó su cintura con las piernas mientras él seguía penetrándola. La sensación de que él la llenara, esa sensación de conexión, no tenía comparación. Su siguiente liberación fue lenta, dulce, y se extendió en un estallido de placer que no se desvaneció rápidamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a Adrian.

Se le cortó la respiración y se apartó de ella de repente. Luego maldijo y la abrazó, jadeando. Su vientre estaba húmedo y ella miró entre sus cuerpos, confundida.

Lo siento susurró él. Quería quedarme dentro de ti, pero no podemos arriesgarnos a que quedes embarazada le besó la frente con ternura, se apartó de ella y cogió un paño de la palangana. Volvió y le limpió el vientre y entre los muslos. Venetia se sonrojó mientras él le quitaba las manchas de sangre y se limpiaba. Después de eso, volvió a meterla en la cama. Ella casi rio al pensar que estaba completamente desnuda. Era tan escandaloso.

Te quedarás, ¿verdad? le preguntó mientras él dejaba la toalla cerca de su ropa.

Sí, quieres que lo haga.

Venetia asintió y le tendió la mano. Él se deslizó en la cama y ella suspiró satisfecha mientras se acurrucaba en él. No estaba acostumbrada a tener una presencia tan cálida y firme en su cama,

pero definitivamente le gustaba. Era reconfortante. Se sentía segura de una forma que nunca había esperado. Adrian acarició su cabello y ella le dio un suave beso en el pecho.

Gracias por enseñarme algo tan maravilloso.

Su pecho se elevó y descendió en una larga inhalación.

Y yo te agradezco que me hayas regalado tu virginidad. Sé que te he hecho daño...

Sólo por un momento, y valió la pena. *Tú* vales la pena.

Se acurrucó junto a él, el cansancio apareciendo en medio del placer posterior de su amor.

* * *

Adrián permaneció despierto un rato más, sintiendo a Venetia durmiendo profundamente entre sus brazos. Su cabello dorado lucía pálido y sedoso a la luz de la luna. Lo acarició y le colocó mechones sueltos detrás de la oreja. No podía dejar de tocarla. Quería quedarse despierto toda la noche para poder mirarla, abrazarla.

Una sonrisa curvó los labios de Venetia, y él se preguntó qué sueños placenteros habrían dibujado aquella sonrisa. Era tan dulce e inocente, una *verdadera* dama. No creía, por mucho que el señor Reeves se lo inculcara, que las personas de baja cuna no pudieran ser damas o caballeros en su comportamiento y porte.

No, la verdadera calidad y capacidad de una persona provenía de su alma. Y no había duda de que Venetia era una verdadera dama. Era amable, de corazón abierto, justa y apasionada. Después de esta noche, él haría cualquier cosa que le pidiera, sin importar las consecuencias. Él le *pertenecía*. Aunque ella se marcharía al final de la semana probablemente no volvería a verla, sabía que su corazón era suyo para siempre. Pasara lo que pasara, Venetia era dueña de su alma.

Capítulo Nueve

Adrian se despertó mucho antes del amanecer y no recordó inmediatamente dónde estaba. Pero la cama era tan suave, el aire perfumado de flores y el pequeño cuerpo arropado a su lado fue lo más inesperado. Entonces recordó la noche anterior en un destello maravilloso y aterrador.

El rostro de Venetia estaba pegado a su hombro, y uno de sus brazos le rodeaba la cintura. Quería quedarse aquí *para siempre*. Pero no podía. Tenía que irse. Tenía que volver abajo antes de que el resto del personal se diera cuenta de que anoche no había dormido en su propia habitación.

Lo de anoche había sido un error; lo despedirían de inmediato si alguien se enteraba. Pero no podía arrepentirse de lo que había hecho, no con ella. Sin embargo, su medio de vida estaba en juego, y podía acabar pagando el resto de su vida por una noche con ella.

Levantó el brazo de Venetia, salió de la cama y se vistió. El reloj del pasillo dio cuatro campanadas. Era lo bastante temprano como para bajar las escaleras sin ser visto. Enrolló el paño ensangrentado y lo llevó consigo al pasillo. La casa estaba aún oscura y silenciosa, y bajó con paso rápido y casi sin hacer ruido por las escaleras traseras hasta el salón de servicio, tratando de aparentar que estaba realizando sus tareas habituales y no escabulléndose de la habitación de una dama. Si nadie le veía, todo iría bien.

La criada de la trascocina ya había encendido el fuego. Arrojó el paño sobre él y utilizó un atizador para adentrarlo en las llamas. Se quedó ahí parado unos instantes, asegurándose de que la tela se había quemado lo suficiente. Deshacerse de esa prueba condenatoria le quitó un peso de encima.

Cuando abrió la puerta de su habitación, maldijo. Benjamin estaba levantado, vestido y mirándolo con ojos ansiosos.

Cierra la puerta dijo Benjamin, con un tono solemne que no auguraba nada bueno.

Adrian lo hizo y se recostó contra ella.

¿Dónde has dormido?

Aquí no dijo con cautela.

Lady Venetia su respuesta no fue una pregunta. Adrian no dijo nada. Maldita sea, Adrian. Si el señor Reeves se entera...

Lo sé. No lo hará.

No puedes saber eso. El hombre tiene ojos en la espalda. Sólo se necesita una noche en la que duermas hasta tarde, un momento en el que un huésped o un miembro del personal te vea.

La confianza que Adrian había estado sintiendo fue perforada sin esfuerzo por las palabras de Benjamin. Pero, aunque trató de convencerse a sí mismo de que se mantendría alejado de la

cama de Venetia, sabía que, si ella lo quería, él vendría.

Lo sé, Benjamin, pero no puedo negarla. Ella me posee.

Se que parte de ti le pertenece dijo secamente.

No estoy bajo la esclavitud de mis entrañas, Benjamin. Ella es la dueña de mi corazón, de mi espíritu, ¿entiendes?

Benjamin suspiro con pesadez.

Entiendo que creas eso. Pero vas a necesitar ayuda, *mi* ayuda, si no quieres que te atrapen.

Se sintió aliviado. Era un buen hombre, un buen amigo.

Aceptaré encantado cualquier ayuda.

Benjamin frunció el ceño.

Solo recuerda que yo comparto el riesgo y no recibo nada de la recompensa. Será mejor que te cambies o llegarás tarde le dio una palmada en el hombro al pasar y salió de la habitación.

Se apresuró a ponerse su librea y alcanzó a Benjamin para comenzar sus tareas diarias. Dejaría en manos de Venetia el llamarlo de nuevo.

A media mañana, se había anunciado una cacería como actividad principal del día, y no tuvo oportunidad de verla. Todos los lacayos fueron convocados para tal evento. Corrió por el jardín delantero de la casa, esquivando caballos que brincaban y entregando copas de vino a los hombres que montaban en sus lomos.

Lord Devon, el señor Sherman y los demás caballeros parecían ansiosos por la cacería. Los sabuesos corrían por el camino empedrado, ladrando por la emoción. Un trío de damas vestidas con finos trajes de montar se unieron a los hombres y montaron sus propios caballos antes de que comenzara la cacería.

Los caballos atravesaron el césped en dirección al bosque. Los sabuesos iban a la cabeza, ladrando emocionados. Adrian suspiró aliviado mientras Benjamin y él llevaban sus bandejas vacías de copas de vuelta al interior. El señor Reeves se reunió con ellos en la entrada de los sirvientes, preparado con sus próximas tareas.

Lady Devon está tomando el té con el resto de las damas en la galería de cuadros. Refrésquense para que no huelan a los establos, y luego vayan a atenderlas.

Sí, señor Reeves respondieron al unísono. Ambos se cambiaron de abrigo, se quitaron el polvo de los pantalones y subieron a la larga galería de cuadros.

La dorada sala estaba llena casi llena de cuadros de la noble casa de los antepasados de Devon. Se detuvo al ver a Venetia de pie entre las damas bellamente vestidas, quienes estaban cotilleando. Ella se detuvo al verlo, y sus ojos se posaron en él antes de volverse a la dama que le estaba hablando.

Yo me quedare en el extremo este, tú en el oeste susurro Benjamin mientras caminaba hacia la esquina de la galería y ocupaba su puesto.

Adrian hizo lo mismo. Su mente empezó a divagar, pero cada pensamiento perdido parecía devolverlo a Venetia. Ella y su abuela conversaban con Lady Devon y Lady Mowbray.

Reconoció quién era su hermanastra en cuanto la vio, percibiendo rastros de sí mismo en sus ojos ambarinos y en la forma en que su boca se curvaba en una sonrisa. Y el cabello oscuro recogido sobre su cabeza con elegantes rizos era del mismo color oscuro que el suyo. Intentó desesperadamente no pensar en que su propia sangre estaba a menos de tres metros de distancia. La mujer no sabía nada de él. Ella había nacido en una vida de lujo y oportunidades, mientras que él estaba atrapado, sirviendo eternamente a los de su clase.

Trató de ser lo más parecido a una estatua que pudo serlo, pero sus manos enguantadas de blanco se cerraron en puños. Esta vez, los pensamientos perdidos sobre Venecia fueron

bienvenidos porque mantenían a raya la rabia hacia su padre y el dolor por su madre.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que un par de ojos lo miraban. No eran los ojos de Venetia, ni los de Lady Mowbray. Era la hermana del señor Sherman, la señora Hamill. Sus ojos azul pálido estaban fijos en él, y un atisbo de sonrisa se dibujaba en sus labios.

Lady Devon. ¿Le importaría mucho si su lacayo me ayudara con algo? Es probable que mi criada esté tomando el té a esta hora, y no deseo molestarla dijo dulcemente.

Por supuesto. Benjamin...

La señora Hamill asintió en dirección a Adrian.

Oh, pero éste está mucho más cerca sus palabras crearon un escalofrío que recorrió su piel. Él sabía exactamente con qué tipo de tarea necesitaría ayuda, y no tenía ningún deseo de salir de este lugar.

Adrian, ¿podrías ocuparte de la señora Hamill?

Sí, su señoría la ansiedad se anudó en su interior mientras seguía a la señora. Hamill por la puerta. Había visto esa mirada tan familiar en los ojos de una docena de mujeres antes.

Por aquí dijo la mujer enérgicamente. La siguió en dirección a las habitaciones del segundo piso, donde se alojaban la mayoría de los huéspedes. Abrió la puerta de su habitación, miró a su alrededor para comprobar que estaban solos y le hizo un gesto para que la acompañara. Lo hizo renuentemente. La señora Hamill cerró la puerta tras él y giró la llave en la cerradura.

Debemos darnos prisa, y no me despeines se sentó en el borde de la cama y empezó a levantarse las faldas.

Señora, por favor... estuvo a punto de estirar la mano para bajarle las faldas, pero ya lo había intentado una vez con otra mujer y le había resultado casi imposible quitarse de encima a la lujuriosa criatura. Era más prudente mantener su distancia.

No seas tonto. Ven aquí ahora mismo le ordenó.

Adrian se contuvo para replicar que no era un semental puesto en un prado para reproducirse. Para ella, lo era.

Lo siento, pero no puedo. Lady Devon no permite que los invitados y el personal...

Ella preferiría que las necesidades de sus invitados estuvieran satisfechas. ¿No es cierto? comenzó a desabrochar los botones de la parte delantera de su vestido. Esto iba a terminar mal, pero tenía que salir de allí.

Estoy encantado de atender cualquier *otra* necesidad que no sea la que su marido puede atender por sí solo.

La mujer gruñó como un gato enfadado. Cogió un cepillo de mango plateado de una mesa y se lo lanzó. Él se agachó cuando chocó contra la pared, y casi rompió la llave al girarla violentamente en la cerradura para poder ser libre. Salió al pasillo dando un portazo y se echó a correr. Tenía que poner la mayor distancia posible entre él y la señora Hamill. Se detuvo al final de la escalera de los sirvientes y se apoyó en la pared, cerrando los ojos mientras recuperaba el aliento.

¿Adrian? el tono del señor Reeves tuvo una pizca de sospecha.

Dios, pensó. *Ni un maldito momento a solas en esta vida.*

Abrió los ojos y miró al mayordomo.

¿Señor?

¿No deberías estar en la galería de cuadros con Benjamin?

Me llamaron para ayudar a la señora Hamill con un recado quería contarle lo de la señora Hamill, pero temía que sólo empeoraría las cosas porque él realmente le creería, y tener que reunirse con Lady Devon para contarle el intento de seducción de un invitado sería una discusión

incómoda. Ya habían tenido que lidiar con esto antes. No era algo que le gustara a Adrian, y él y el Sr. Reeves solían mantener el asunto entre ellos cuando sentían que podían hacerlo. Creo que Benjamin lo tiene controlado por ahora. ¿Hay algo que pueda hacer aquí, señor Reeves? señaló con la cabeza las escaleras hacia las cocinas.

Puedes ayudar a preparar el comedor para el almuerzo de las damas.

Con un gran alivio, Adrian se retiró a las cocinas, donde el aroma de pato asado en mermelada de naranja le dio la bienvenida. Intentó alejar los pensamientos de la señora Hamill y de cómo sin duda buscaría algún tipo de venganza. La pregunta era: ¿cómo y cuándo atacaría?

* * *

Venetia vigilaba la puerta de la larga galería de cuadros, esperando el regreso de la señora Hamill y Adrian. Ella regresó casi de inmediato, pero Adrian no. Intentó leer la expresión de la mujer. La señora Hamill era muy atractiva, de cabello castaño rojizo y ojos azul pálido, pero no era la más agradable de las mujeres. Era propensa a cotillear, al menos según la Abuela. Justo entonces, los labios de la señora Hamill se fruncieron, y su mirada se endureció al recorrer la habitación. Venetia se centró en los cuadros, manteniéndose cerca de su abuela y de Lady Devon.

¿Qué demonios lleva puesto éste? Gwen señaló con su bastón el retrato de un hombre de la década de 1620. Llevaba puestos unos pantalones que le llegaban justo por encima de las rodillas y un jubón de terciopelo rojo adornado. Los pantalones se hinchaban alrededor de sus esbeltas piernas de un modo ciertamente cómico.

Es el antepasado de Sir Poncenby. No recuerdo su nombre. No tengo ni idea de por qué tenemos este retrato, para ser honesta.

¿Qué hace con esos ridículos pantalones? preguntó su abuela. ¿Lleva almohadones ahí dentro para proteger su huesudo trasero cuando se sienta?

Venetia ahogó una risita.

Supongo que la moda era parecer un pavo de Navidad con dos muslos carnosos y espinillas huesudas dijo Gwen.

Lady Devon se mordió el labio para ocultar una sonrisa.

A los Poncenby siempre les han interesado mucho las últimas tendencias de la moda, incluso las desacertadas.

Querida le dijo a Lady Devon, yo sugeriría que empaquetara ese cuadro de inmediato y se lo devolviera a Sir Poncenby. Siento que no importa dónde me pare se movió de un lado a otro, sin dejar de mirar el cuadro, esos pantalones abombados me siguen a todas partes.

Lady Devon compartió una mirada centelleante con Venetia.

Hablaré con mi marido del asunto cuando regrese de la cacería.

La señora Hamill se apartó del grupo principal de damas para hablar con la señora Leslie, su amiga. Las dos se fueron a un rincón y hablaron en voz baja. Venetia, al estar más cerca de ellas, pudo distinguir partes de su conversación.

¿Y bien? preguntó la señora Leslie.

No quiso. Insistí, pero se fue frunció el ceño.

¿Te rechazó?

Sí.

Bajaron aún más la voz, pero Venetia estaba segura de que sabía lo que había pasado. La señora Hamill le había hecho una proposición a Adrian, y él la había rechazado. Una docena de

emociones revolotearon en su interior: preocupación, ira y frustración fueron las más fuertes. La idea de que esa mujer, o *cualquier* otra mujer lo besara, le revolvió el estómago.

No tenía derecho a sentirse tan posesiva con él, pero así era, y se despreciaba por ello. ¿Acaso era diferente de la señora Hamill? No, no lo era. Era una criatura egoísta que había hecho que él fuera a su cama arriesgando su empleo. Había estado tan cegada por sus nuevas pasiones que no había pensado claramente en cómo se sentiría Adrian al respecto, pero eso no era excusa. Se había aprovechado de él desde su posición de dama y, pensándolo bien, había estado mal, terriblemente mal.

Lady Devon anunció el almuerzo y todas las mujeres abandonaron la galería. Su abuela se puso a su lado.

¿Qué te pasa, querida? Estás bastante pálida. ¿Te duele el tobillo?

Sí admitió, pero en realidad la hinchazón había bajado bastante. Ya no le dolía tanto como lo había hecho antes. Le molestaba más un dolor sordo que otra cosa.

Bueno, entonces te vendrá bien sentarte y descansar dijo cuando entraron en el comedor.

Venetia estuvo a punto de tropezar cuando vio a Adrian colocando bandejas de comida en la mesa del aparador. La vergüenza le oprimió el corazón con tanta fuerza que le costó respirar. Lucía tan perfecto con su librea dorada y negra, su cabello oscuro cayéndole sobre los ojos mientras colocaba la bandeja en su sitio. Cuando terminó, se apartó discretamente y se acomodó en su puesto del rincón. No la miró, pero ella tuvo la sensación de que era consciente de su presencia, y eso sólo empeoró su sentimiento de culpa.

Abuela, me temo que no me encuentro bien. Creo que voy a acostarme.

Te sentirías mejor si comieras dijo. Las damas no deberían tener miedo de comer. Habrían muchos menos desmayos si lo hicieran.

Creo que los corsés apretados también juegan un papel en eso, abuela.

No me hagas hablar de eso. Artilugios ridículos, salvajemente sobreutilizados. Deberías aflojar el tuyo inmediatamente si crees que puede ser el culpable.

Besó la mejilla de su abuela y se disculpó con Lady Devon antes de salir de la habitación. Cuando llegó a las escaleras, lágrimas tontas e infantiles cubrieron sus mejillas. Había sido una tonta y desconsiderada. No volvería a llamar a Adrian, por mucho que la idea le rompiera el corazón.

* * *

Gwen golpeó ligeramente su bastón mientras esperaba en la pequeña fila para recoger su almuerzo, pero su mente estaba lejos de la comida. Algo le pasaba a Venetia, y no era su tobillo. Había estado bien hasta... Bueno, hasta que la señora Hamill había salido de la habitación con el apuesto lacayo que la había estado atendiendo. ¿Fueron simples celos? Su nieta no solía ser propensa a esas cosas. Pero era fácil ver cómo una podía sentir celos de un joven tan apuesto como Adrian.

Preparó su plato y se dirigió a la mesa. Adrian se acercó para apartarle el asiento y ella le hizo una señal con su dedo para que se inclinara a su altura.

¿Podrías ocuparte de Lady Venetia? Está enferma y estoy muy preocupada.

Una chispa de preocupación iluminó los ojos de Adrian. Asintió y se marchó inmediatamente. Cuando Gwen se volvió hacia la mesa, vio que la señora Hamill la observaba con una mirada calculadora. Gwen le devolvió la mirada con severidad. La señora Hamill se estremeció y Gwen alzó la barbilla en señal de victoria. No había hombre ni mujer que no se

hubiera acobardado cuando los miraba fijamente.

Ahora, Lady Devon, ¿cuándo podemos esperar que el resto de nuestro grupo regrese de toda esa tontería de la caza?

* * *

Adrian llamó a la puerta de Venetia. Hubo un momento de silencio antes de que ella respondiera.

¿Quién es?

Adrian, su señoría. Lady Latham me envió para ver si se encuentra bien.

El largo silencio que siguió lo llenó de temor. No le había gustado lo pálida que había estado en el comedor, y nunca se había sentido más aliviado al recibir las órdenes de Lady Latham de ir a ver cómo estaba.

Por favor, vete. Estoy bien su voz fue forzada, antinatural, lo que hizo que su preocupación aumentara. Corriendo el riesgo de disgustarla, abrió la puerta.

Venetia estaba sentada en una silla junto a la chimenea apagada, secándose las lágrimas. Cuando cerró la puerta, levantó la vista hacia él y volvió a romper en llanto. Adrián corrió a su lado, se arrodilló junto a la silla y le cogió las manos.

¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza y se negó a mirarlo a los ojos.

Por favor, amor mío, dímelo le suplicó. Me estás destruyendo con tus lágrimas le secó los ojos con la punta de sus dedos.

No puedo susurró.

¿Te duele algo? ¿Debería llamar al médico?

Ella sacudió la cabeza frenéticamente.

No, no, no es eso.

Adrian se estaba excediendo, pero no podía soportar verla sufrir. La levantó de la silla y ocupó su lugar, luego la subió a su regazo para poder abrazarla. Ella estaba temblando.

Venetia, dime qué te pasa.

Venetia le puso una mano en el pecho. Sus dedos se extendieron sobre el chaleco a rayas negras y doradas de su uniforme. Se le cortó la respiración.

Debes de despreciarme, es lo único que puedo pensar.

¿Qué? ¿Por qué lo haría?

Sus gruesas pestañas doradas se llenaron de lágrimas.

No soy mejor que la señora Hamill lloriqueó. Te ordené venir a mi cama y puse en peligro tu empleo.

Ahora lo comprendió. No pudo evitar sonreír, y cuando ella se dio cuenta, su ceño se arrugó en señal de confusión.

Milady su voz se suavizó mientras cálidas emociones se adentraban en él. Tú y la señora Hamill no son iguales, desde luego no para mí. Intentó ordenarme que me acostara con ella, pero me negué, y me temo que está bastante furiosa conmigo. Pero eso no tiene nada que ver contigo. Lo que hay entre nosotros... hizo una pausa, sin poder hablar ante esta mujer hermosa y compasiva. Lo nuestro es especial. Nunca he hecho esto con ningún otro huésped. Y nunca he sentido esto por ninguna mujer. Estoy dispuesto, *más* que dispuesto, a hacer cualquier cosa contigo, cualquier cosa *por* ti. ¿Lo entiendes?

Venetia tardó en asentir, pero sus ojos castaños, de un color tan rico y encantador, estaban muy abiertos y un poco atónitos. Eso era bueno. Significaba que por fin comprendía la

profundidad de su devoción.

¿Estamos locos, Adrian? ¿Por sentir tan profundamente después de sólo unos días?

Si lo estamos, entonces no buscaré tratamiento para tal locura le pasó el pulgar por la delicada línea de su mandíbula hasta llegar a sus labios. Tocarla era un placer, aún no podía creerlo. Deseaba no tener que parar nunca. Ahora sécate los ojos, amor. Debes volver al almuerzo para que tu abuela no se preocupe más.

¿Y tú? ¿Qué harás?

Retomaré mis deberes y evitaré a la señora Hamill y sus cepillos para el cabello.

¿Cepillos? preguntó mientras jugaba con los pliegues de su pañuelo.

Me tiró un cepillo a la cabeza cuando la rechacé.

Cielos no quería reírse de la difícil situación de Adrian, pero lo hizo, y pronto sus ojos volvieron a brillar de alegría.

Vendré a verte esta noche si lo deseas, y podrás deleitarme con todos los cotilleos que no escucho mientras estoy en servicio.

Y prometo no tirarte ningún cepillo se inclinó hacia él y lo besó.

Él le devolvió el beso, deseando llevársela a la cama, pero no podía estar fuera mucho más tiempo. Se estaba enamorando de esta mujer, y era como si estuviera cayendo. Estaba fuera de control, y su corazón estaba tan lleno de ella que no le importaba lo que pasara cuando cayera al suelo. Ella lo valía todo.

Capítulo Diez

El resto de la semana transcurrió sin incidentes. No tuvo más encuentros indeseados con la señora Hamill, y pasó mucho tiempo de dicha con Venetia. Adrian apenas podía creer lo fácil que era estar con ella, ser él mismo y no cargar con ninguna vergüenza de su pasado porque ella sabía la verdad y no le importaba. Aunque el señor Sherman seguía cortejándola durante el día, Adrian pudo comprobar que ella no tenía ningún interés real en el hombre aparte de su amistad. Era algo insignificante, pero dio le dio esperanza, esperanza para lo que tenía demasiado miedo de expresar en voz alta.

Cada vez que tenía un momento libre, la buscaba, con el pretexto de llevarle té o hacerle un recado. Le dio una docena de pequeños momentos para tocarla, besarla en secreto, susurrarle preguntas sobre su vida y ella sobre la suya. No había sido fácil contarle tantas cosas sobre sí mismo, no estaba acostumbrado a compartir su vida con nadie, pero ella nunca lo juzgó ni lo menospreció, como solían hacer muchas personas en su posición.

Venetia tenía una mente brillante para la política y la economía, y su voraz afición por la lectura era algo que compartían. También era juguetona, y durante una partida de cartas se burló tanto de él que perdió la concentración y ambos se echaron a reír a carcajadas. En esos momentos, olvidaba que era un hombre que trabajaba en el piso de abajo y no su igual, un caballero.

Y había visto en los últimos días cómo ella había florecido bajo sus atenciones. Su timidez se había desvanecido y pudo ver a la mujer divertida e inteligente que su abuela tanto adoraba.

Adrian se unía a ella en la cama cada noche, haciéndole el amor y compartiendo más historias de su vida y ella de la suya, hasta que sintió que la conocía mejor que a nadie en Hartland. También descubrió más acerca de la intimidante Lady Latham y de cómo amaba ferozmente a Venetia y tenía un corazón blando bajo ese exterior aterrador.

¿Tu abuela realmente quiere que alguien golpee a tu primo?

Estaban acostados juntos en la oscuridad previa al amanecer, riéndose de lo que Venetia acababa de contarle.

Oh, sí. Patrick es odioso, y Abuela realmente quiere que alguien lo ponga en su sitio su tono se volvió más solemne. Antes de que viniéramos a esta fiesta, se comportó de una manera bastante aterradora.

Una oscura nube de furia comenzó a acumularse en el interior de Adrian.

¿Te hizo daño?

No realmente. Me cogió de los brazos y me dio una buena sacudida. No sé qué me habría hecho si Abuela no hubiera intervenido y utilizado su bastón como un florete de esgrima una leve sonrisa se dibujó en los labios. Después de eso, supimos que teníamos que irnos. No me

cabe duda de que tiene algún miserable plan para casarme cuando volvamos.

Adrián guardó silencio un largo instante. Comprendía la situación de Venecia. Tenía que casarse rápidamente y no podía permitirse elegir mal a su marido. Pero la idea de que un hombre se casara con ella, incluso uno decente como Peregrine Sherman, hizo que se le revolviera el estómago. Por un momento se imaginó a sí mismo cargando a Venetia a través del umbral de una pequeña cabaña adornada con flores y hiedra, con un ramo de novia en sus manos. Estaría a salvo con él, a salvo en su mundo, lejos de su primo. Pero ése era un sueño absurdo en el cual no podía permitirse seguir fantaseando.

Tengo que levantarme suspiró.

Venetia besó su pecho desnudo.

¿Podrías quedarte unos minutos más? soltó una risita mientras la ponía debajo de él. Separó sus muslos y se hundió en su deliciosa carne, compartiendo con ella un suave gemido mientras la besaba apasionadamente. Era tan fácil amarla, tanto con su corazón como con su cuerpo. Se introdujo en ella lentamente, disfrutando de los suaves jadeos y las respiraciones aceleradas que se le escapaban mientras la hacía suya. Cuando empezó a sentir el clímax, intentó salir de ella.

No, todavía no le rodeó la cintura con las piernas.

Pero...

Adrian pronunció su nombre con una intensidad que lo confundió. *Por favor...* le acarició la nuca y él se perdió en su súplica. Siguió moviéndose en su interior, y ella gritó tan dulcemente de placer que tan sólo el sonido lo hizo dejar de contenerse, y se unió a ella en aquel desenfrenado torrente de gozo físico.

Se desplomó sobre ella, respirando agitadamente, apenas evitando aplastarla mientras enterraba la cara en su cuello.

La conmoción de lo que acababa de ocurrir se apoderó de él. Se había corrido dentro de ella. Pronto podría tener un hijo, su hijo. La idea le produjo agonía y alegría a la vez.

¿Qué hemos hecho? susurró.

Ella le acarició el cabello, aparentemente despreocupada.

Sea lo que sea que venga, no me arrepiento de nada. No contigo lo miró y él vio que había tomado una decisión acerca de algo, aunque no sabía sobre qué. Empezó a hablar, pero ella cubrió sus labios con los suyos, borrando todos los pensamientos de su mente mientras se perdía en su beso. Será mejor que te vayas. Te veré esta noche.

Lo besó una vez más, y él percibió una promesa, pero no supo el significado que guardaba detrás.

Abandonó la cama, se vistió y le dio otro beso rápido en los labios antes de salir de la habitación. Su mirada aguda buscó por todo el pasillo, pero no encontró a nadie vigilando. Sólo entonces se sintió seguro para emprender su rápida carrera escaleras abajo. Una vez en la sala de los criados, comenzó su jornada, y acababa de terminar su desayuno cuando el señor Reeves entró en la cocina, refunfuñando.

Maldita lluvia. Los mantendrá a todos encerrados y de mal humor murmuró el mayordomo.

Así será convino Adrian, mejor tener los carritos de bebidas llenos y listos.

Sí, buena idea, Adrian. Por favor, ocúpate de ello entró en su oficina.

Adrian se ocupó de sus tareas en la casa. Como el señor Reeves había esperado, los caballeros pasaron el día jugando cartas y bebiendo. Las damas se unieron a ellos en algunos de los juegos de cartas cuando no estaban cotilleando mientras tomaban el té.

Hizo todo lo posible por no mirar a Venetia, pero notaba que su mirada se desviaba hacia él con demasiada frecuencia. Era imposible ignorarla, era tan hermosa que dolía. Y su belleza tenía

muy poco que ver con su cabello rubio o sus brillantes ojos marrones. Era la forma en que sonreía, la forma en que reía, la forma en que hablaba de las cosas que amaba y le interesaban. Era hermosa, y él le habría dado el mundo entero si hubiera podido. Evitó cuidadosamente mirarla de vuelta. Tendría que recordarle que tuviera cuidado. El calor lánguido que había visto en su mirada podría notarse entre estas observadoras mujeres.

A media tarde, el señor Reeves apareció en la puerta de la cocina mientras Adrian buscaba una bandeja para el té. Se detuvo al notar que el mayordomo lo observaba. Un ceño fruncido estropeaba el semblante solemne del hombre.

¿Ocurre algo, señor Reeves?

Montague. A mi oficina. *Ahora.*

Adrian compartió una mirada con la cocinera. Los labios de la señora Webster se torcieron en una expresión preocupada mientras lo miraba. Que lo llamaran por su apellido no presagiaba nada bueno. Vio que Benjamin se encargara de la bandeja del té antes de dirigirse a la oficina del señor Reeves y llamara a la puerta.

Entra el señor Reeves estaba de pie en un rincón de su oficina y, para su sorpresa, Lord Devon también estaba allí. Ambos hombres lo miraban con el ceño fruncido. El temor sacó el aire de sus pulmones.

No, esto no puede estar pasando.

Adrian, me han informado de que has estado confraternizando con uno de los invitados. Ya conoces mi política al respecto los ojos de Lord Devon estaban cargados de tristeza y decepción. De alguna manera, decepcionar a Lord Devon hizo que este momento verdaderamente espantoso fuera mil veces peor.

Alteza, lo siento no trató de poner excusas. Sólo lo haría quedar como un tonto.

Me temo que debemos poner fin a tu empleo, inmediatamente. Odio despedirte, Adrian. Has sido un muy buen lacayo, un servicio impecable, y Reeves dijo que has hecho mucho para guiar a los más jóvenes. Él luchó para que te quedaras, pero me temo que no podemos ignorar la queja.

Eso lo sorprendió. ¿El señor Reeves había luchado por él?

Entiendo, Su Alteza.

El señor Reeves lucía profundamente preocupado.

Bueno, en vista de tus años de servicio, te daré una recomendación le tendió una carta sellada. Adrian la tomó con un entumecimiento que apenas lo dejaba moverse.

Reeves te acompañará a la salida. Lo siento, Adrian. Lady Devon y yo te echaremos de menos.

La vergüenza hizo un agujero en su pecho. Inclino la cabeza mientras Lord Devon abandonaba la oficina del mayordomo. El señor Reeves se aclaró la garganta y Adrian levantó la cabeza.

Señor, ¿puedo preguntar quién presentó la queja?

Fue la señora Hamill. Afirma haberte visto salir de la habitación de Lady Venetia esta mañana.

Por supuesto. La señora Hamill había encontrado por fin la forma de vengar su orgullo. Debería haberlo esperado. Pero habían sido tan cuidadosos.

Señor, debe saber que la señora Hamill intentó seducirme, y creo que lo hizo por el deseo de vengar su orgullo herido.

Puede que sea así, pero la suerte está echada, y te has acostado con Lady Venetia.

Lo sé suspiró. Pero tenga cuidado con los otros lacayos. No quiero que la señora Hamill destruya más vidas.

De acuerdo dijo. Estaré pendiente de ellos. Hay un carruaje que sale para Londres en media hora. El conductor ha accedido a llevarte en el asiento de arriba si puedes estar listo.

Puedo hacerlo tragó saliva. Gracias por defenderme, señor.

No estoy de acuerdo con su señoría en esto. Lady Devon te puso en una posición difícil. Yo fui joven una vez, y recuerdo lo complicadas que pueden ser situaciones como ésta su sinceridad sólo empeoró las cosas.

¿Usted...?

El señor Reeves asintió.

También me enamoré una vez de una dama que trabajaba en el piso de arriba.

¿El señor Reeves había estado enamorado de alguien? Hasta ese momento, no se había imaginado al gruñón mayordomo como un galán que tenía presente el romance en su mente y en su corazón. El señor Reeves comprendió entonces el dolor punzante que Adrian sentía en el pecho y la forma en que le impedía respirar.

Señor... ¿Cómo se recuperó?

Un hombre no se recupera, no de eso. Seguí adelante con todo menos con mi corazón. Eso es todo lo que diré al respecto. Será mejor que vayas a recoger tus cosas.

Adrian entró en su habitación del sótano, metiendo sus pertenencias en su vieja maleta de cuero. Tenía pocas posesiones, sólo unos cuantos libros, una foto en miniatura de su madre y muy poca ropa. Para una vida de veintinueve años, tenía muy poco. Ahora le molestaba más que nunca tener tan pocas pruebas de una existencia vivida.

Pero también tenía un pañuelo, uno que Venetia había bordado para él hacía unos días. Frotó con su pulgar las detalladas hojas de hiedra que rodeaban sus iniciales: *A. M.* Era un regalo tan pequeño, pero para él era lo único que importaba, aparte del pequeño retrato de su madre con marco dorado.

Así que es verdad, te vas dijo Benjamin desde la puerta. El rostro del joven lucía afligido. Adrian no se había dado cuenta de lo mucho que Benjamin lo admiraba. Dejar Hartland, dejar a sus amigos... iba a ser más duro de lo que nunca se imaginó.

Sí contestó lentamente, haciendo todo lo posible por controlar su voz. La señora Hamill estaba furiosa porque no aceptó su amable oferta de acostarme con ella, y ahora tiene su venganza no tenía ningún deseo de mantener su boca cerrada. No era como si las cosas pudieran empeorar. Ya había sido despedido.

Es un maldito acuerdo injusto lucía furioso.

Lo es. Pero la vida es injusta, al menos para los nuestros guardó el pañuelo en su maleta y se dirigió hacia la puerta.

Benjamin le tendió la mano.

Escríbeme. Hazme saber dónde te has alojado.

Sí, por supuesto prometió.

Salió de su habitación y se encontró con que muchos de los criados estaban allí para despedirlo, incluido el señor Reeves.

La señora Webster lo abrazó.

Buena suerte, muchacho.

Phillip estrechó su mano, haciendo eco de los sentimientos de su madre.

El carruaje esperaba adelante. Subió al asiento de arriba y se ajustó la capa con fuerza mientras empezaba a llover. No había podido despedirse de Venetia, pero era lo mejor. Ambos habían estado viviendo en un sueño la última semana. Era mejor desaparecer y dejar atrás sólo recuerdos dorados. La llevaría en su corazón para siempre, y eso tendría que ser suficiente.

Recuerdos de su cabello soleado, el sonido de su risa, la forma en que se perdía cuando le leía en voz alta, la forma en que le miraba a los ojos con tal adoración que durante una breve semana se había sentido verdadera, profunda y sinceramente *amado*.

* * *

Venetia observó cómo las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal de la ventana del salón y suspiró. El señor Sherman y algunos otros estaban jugando una partida de faro, y algunas damas, entre ellas su abuela, conversaban en otro rincón de la sala. El picnic al aire libre previsto para hoy se había cancelado debido al mal tiempo. Aunque Venetia disfrutaba mucho de las actividades en el interior, le apetecía estar un rato al aire libre.

Era una tontería, pero esperaba poder escaparse con Adrian entre los setos del jardín, quizá robarle unos besos y ver cómo el sol iluminaba su rostro. Siempre que estaba a solas con ella, se abría de una forma maravillosa que la dejaba sin aliento. Ansiaba volver a ver esa parte de él, verlo jugar y feliz... y *suyo*.

Una molesta sensación la sacó de sus ensoñaciones. Echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta de que la señora Hamill la observaba con una expresión de suficiencia en su rostro. Lord Devon entró en la habitación y Lady Devon se excusó para hablar con él en voz baja. La mirada de la duquesa se dirigió a Venetia y luego de nuevo a su marido. La señora Hamill se levantó de su asiento y fue a sentarse junto a Venetia. La sonrisa de la mujer le puso los pelos de punta.

Qué lástima dijo la otra mujer. Su tono transmitió una amarga victoria que la angustió.

¿Qué pasa?

¿Ese lacayo tan atractivo, el alto del cabello oscuro? Lord Devon lo mandó a volar.

Al principio, Venetia no asimiló las palabras.

¿Lo mandó a volar?

Sí respondió con una sonrisa perversa. Ha intimado con una de las invitadas la miró fijamente. Venetia sintió náuseas. Tuve que informarle a Su Alteza cuando vi la indiscreción de ese hombre. Se marchó hace un rato.

Su mente corrió a un ritmo frenético. ¿Habían despedido a Adrian? ¿Ya se había ido? La furia y el miedo se batían en duelo en su interior, dejándola sin saber qué hacer, hasta que al final triunfó la ira. Cogió su fría y abandonada taza de té, se levantó y, sin mediar palabra, vertió el contenido sobre la cabeza de la señora Hamill. La mujer chilló y agitó los brazos como un pollo empapado.

Tú...

Cuidado, señora Hamill le advirtió. O les diré a todos los presentes *por qué* fue corriendo a hablar con Lord Devon sobre el señor Montague. *Pff*, arrojando cepillos como una niña malcriada la señora Hamill bufó como un gato enfadado antes de salir corriendo de la habitación.

Su abuela se había levantado de su silla cuando había comenzado la discusión.

Venetia, querida, se supone que una tiene que beber el té, no verterlo sobre las cabezas de tontas impertinentes. Aunque entiendo el impulso.

Lo siento, abuela. Se me resbaló.

Gwen esbozó una fina sonrisa.

¿Enserio?

El señor Sherman miró entre Venetia y el lugar por donde se había ido su hermana con una evidente preocupación.

Venetia cruzó la sala, consciente de que toda la asamblea la observaba ahora.

Lord Devon, ¿puedo hablar con usted?

El duque asintió con seriedad y salió al pasillo con ella.

¿Es cierto que ha despedido al señor Montague?

La cara del duque se puso roja.

Eh... Sí, por desgracia.

Debería saber que la señora Hamill intentó obligarlo a que se acostara con ella, y acudió a usted para que lo despidiera después de que él la rechazara.

Esto tomó al duque por sorpresa.

No estaba al tanto de eso. Entonces, ¿niega haber tenido una indiscreción con ese hombre?

No lo niego no lo negaría. Sería un insulto para Adrian cuando ya había sufrido las consecuencias de su relación amorosa secreta.

Entonces me temo que mis acciones deben mantenerse, y sospecho que su abuela tendrá mucho que decirle sobre este asunto.

En ese momento, Venetia tuvo un brillante destello de claridad. Pudo ver un futuro que antes no había tenido el valor de imaginar. Un futuro en el que pronunciaba sus votos en una iglesia ante el único hombre con el que sabía que valía la pena casarse. Vio bebés con ojos color ámbar. Vio luz y risas en su vida. Vio a Adrian.

¿Ya se ha ido? le preguntó a Lord Devon.

Está en un carruaje rumbo a Londres. El señor Grimsby tuvo que dejar la fiesta un día antes.

Ya veo... estaba debatiendo qué hacer, cuando la puerta del salón principal se abrió y el señor Sherman se unió a ellos.

Lady Venetia, percibo que mi hermana le ha causado cierta angustia. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarla? el caballero parecía completamente sincero, y eso le dio una chispa de inspiración.

En realidad, sí. Mi tobillo aún no ha sanado por completo como para que cabalgue sola, pero necesito desesperadamente alcanzar a un carruaje en el camino. ¿Podría ayudarme?

Por supuesto.

Gracias miró a Lord Devon. Voy a traerlo de vuelta, y le agradecería mucho que lo tratara bien hasta que pueda hacer las maletas e irme con él.

¿Irse... con él? repitió con incertidumbre. No estoy seguro de entender lo que dice.

El corazón de Venetia latía desbocado.

He decidido casarme con él lo dijo con una sonrisa que la hizo sentir como si brillara desde dentro. *Casarse con Adrian*: sí, eso era lo que iba a hacer.

Por un momento, el duque simplemente se quedó mirándola.

Yo... Sí, sí, puede volver, por supuesto. Me agrada ese hombre, Lady Venecia. Me disgustó mucho tener que despedirlo, pero su abuela...

Venetia no tuvo tiempo de escuchar. Se dirigió hacia la puerta principal, con el señor Sherman a su lado.

¿Así que ha tomado una decisión? dijo él en voz baja. Esperaba... Pero no importa. Ganó el mejor hombre y me alegro de ayudarla.

Entonces, ¿lo sabe?

El señor Sherman le dio instrucciones a un lacayo para que fuera a los establos y le trajeran su caballo lo antes posible. Sonrió con tristeza.

Fue difícil no verlo. Era obvio que estaba enamorada, sólo que no de mí.

Ella le puso una mano en el brazo.

Lo siento, señor Sherman.

No lo sienta, Lady Venetia. Confieso que no había tanta chispa como esperaba.

Y debería haberla, ¿no?

En los mejores matrimonios, sí. Tenía la esperanza de que usted y yo pudiéramos encontrar una chispa, pero parece que está destinada a ese lacayo.

Un mozo se acercó con un caballo, y el señor Sherman bajó los escalones hacia él.

Permítame subirla al caballo primero.

Eso hizo. La silla ya estaba resbaladiza por la lluvia, pero a Venetia no le importó. Sujetó las riendas mientras el señor Sherman subía detrás de ella. La rodeó con los brazos para sujetar las riendas y se pusieron en marcha. Ninguno de los dos habló y la lluvia solo se hacía más intensa. Venetia no tardó en helarse hasta los huesos y, después de casi un cuarto de hora, temió que no alcanzaran el carruaje.

El señor Sherman levantó una mano.

¡Allí!

La silueta negra que se veía a través de la lluvia era efectivamente un carruaje.

Él le gritó al conductor mientras acercaba su caballo.

¡Hola! ¡Por favor, deténgase!

El conductor tiró de las riendas y el carruaje se detuvo. Un hombre en la parte superior, cubierto con una capa mojada por la lluvia, estaba sentado encorvado hacia adelante, inmóvil. El conductor, sentado más abajo en la parte delantera del vehículo, se volvió para mirarlos.

¿Qué ocurre, señor? preguntó el conductor.

Buscamos a un tal señor... miró a Venetia con incertidumbre.

El señor Adrian Montague respondió.

El señor Adrian Montague. ¿Está en su carruaje?

Ante la pregunta de Sherman, la figura sentada en lo alto se dio la vuelta. Era Adrian. Su hermoso lacayo, con la cara pálida por el asombro.

¿Milady? jadeó.

¡Oh, Adrian! Por favor, baja. Tenemos que hablar.

No puedo. Me voy a Londres. Lord Devon me ha despedido.

Lo sé, pero eso no importa. Por favor, baja de ahí.

Le dirigió una mirada de disculpa al conductor mientras bajaba y sacaba su maleta de la parte trasera del transporte. Miró entre ella y el señor Sherman con preocupación.

El señor Sherman levantó las manos.

Estoy aquí en una misión por amor, pero no estoy involucrado, se lo aseguro.

El conductor gritó:

¡Eh! ¿Se queda o viene con nosotros?

¡Se queda! respondió Venetia, haciendo un gesto con la mano para que el hombre se fuera. Por un momento temió que Adrián rechazara sus palabras, que la rechazara, pero tenía que confiar en que la amaba tanto como ella a él.

¿Ah, sí? preguntó Adrian con una incertidumbre desgarradora.

La lluvia menguó un poco. Venetia se estremeció, y Adrian se quitó la capa y se la puso sobre los hombros. Su olor la envolvió y no pudo evitar sonreírle, aliviada. Lo había encontrado. No había desaparecido.

El conductor se encogió de hombros y se marchó, dejando a Venetia, al señor Sherman y a Adrian con un solo caballo entre ellos.

Cielos, ¿cómo vamos a volver? preguntó ella.

Cabalarás insistieron los dos hombres. Venetia pensó en discutir, pero vio la determinación

en sus rostros. No habría discusión con ellos.

Muy bien. La subieron a la silla de montar. El señor Sherman tomó las riendas y condujo el caballo. Habían caminado sólo unos minutos cuando otro carruaje se les acercó, éste tenía el escudo de la familia de Venetia estampado en él.

¡Lady Latham me envió por usted, milady! dijo el conductor. No quería que se mojara soltó una risita mientras miraba que los tres ya estaban empapados.

El señor Sherman se volvió hacia Venetia mientras se deslizaba de la silla de montar y caía en brazos de Adrian.

Usted y el señor Montague necesitan un rato a solas para conversar. Cabalgaré de vuelta a la casa delante de ustedes.

Venetia le cogió la mano.

Señor Sherman, es usted un buen caballero. Hay una mujer ahí afuera para usted, una dama merecedora de su noble corazón le sonrió, y luego con una mueca añadió. Pero sería mejor mantenerla lejos de su hermana cuando la encuentre.

El señor Sherman soltó una carcajada.

Nunca se ha ofrecido un consejo más cierto. Le deseo lo mejor, Lady Venetia.

Yo también se lo deseo.

Él se marchó y Venetia se volvió hacia Adrian, quien había abierto la puerta del carruaje para ella. Subió rápidamente y él la siguió.

Venetia, ¿por qué viniste por mí?

* * *

Adrian miró a la mujer que sostenía su corazón entre las manos mientras subía al carruaje. Había venido a por él, pero ¿por qué? ¿Se había enterado de su despido y había convencido a Lord Devon para que lo readmitiera? Sin embargo, el señor Sherman había dicho que se trataba de una misión de amor. No estaba tratando de ser deliberadamente obtuso, pero la cordura tenía que frenar la creciente oleada de esperanza en su interior. Ella no podía estar aquí por él, y sin embargo...

Subió al vagón tras ella.

Venetia, ¿por qué has venido a por mí?

Sé que lo que voy a hacer está completamente fuera de lo normal, pero creo que tú no me lo pedirías, así que yo debo hacerlo.

¿Preguntar qué? estudió su rostro, la forma en que lucía tan nerviosa y emocionada a la vez.

He venido para pedirte matrimonio. Adrian, ¿me honrarás por el resto de los días de nuestras vidas casándote conmigo?

Adrián se preguntó si se habría caído de lo alto del carruaje y se habría golpeado la cabeza. Debía de estar soñando.

Yo...

Venetia se sonrojó.

Cielos, si no quieres, lo entiendo, pero había pensado que... Oh, soy una tonta, ¿verdad?

Ella parecía humillada, y Adrian finalmente pudo reaccionar a lo que estaba pasando. Se acercó a ella desde el otro lado del asiento y tomó sus manos enguantadas entre las suyas.

La respuesta es sí. Sí a todo lo que me pidas respondió, luchando contra las poderosas emociones que amenazaban hundirlo.

Ella se iluminó con esperanza.

¿Sí?

Sí, amor mío, sí no tenía otras palabras para decirle lo que había en su corazón, pero el *sí* era suficiente por ahora. Algún día encontraría las frases románticas adecuadas que un hombre como el señor Sherman le diría, pero por ahora todo lo que tenía era un *sí*.

El carruaje pronto se detuvo frente a la Abadía de Hartland.

¿Estás segura de que soy el hombre adecuado? ¿Has pensado en lo que te costaría... casarte con alguien que tiene una posición por debajo de ti? le preguntó.

Ella se inclinó para besarlo, cogiendo su cara entre las manos.

Lo he hecho, y estoy más segura que nada en mi vida de que esto es lo que quiero. Ojalá hubiera tenido el valor de pedírtelo antes.

¿Qué te detuvo?

Los niños. No será fácil, pero creo que, con el tiempo, el escándalo pasará y nuestros hijos podrán entrar en la sociedad sin muchos cotilleos.

¿Por mi nacimiento y ocupación? nunca había estado más avergonzado de sí mismo que en aquel momento.

Sí, pero como te he dicho, eso no me importa. Me importas *tú*, el tipo de hombre que eres, y estoy dispuesta a luchar contra el mundo por ti, Adrian. Unas cuantas mujeres habladoras no tienen ninguna oportunidad contra mí, mi amor. Tengo demasiado de Abuela en mí.

Estudió la seria determinación de sus ojos.

Esas pobres mujeres habladoras se burló.

Pobres de verdad. Y yo seré rica en mi amor por ti lo besó de nuevo, su boca se sintió suave sobre sus labios de una manera que lo hizo marearse. Ahora, sé valiente. Debemos enfrentarnos a mi abuela.

Ayudó a Venetia a bajar del carruaje y subieron por la entrada de la Abadía. Por primera vez en todos los años que había vivido en Hartland, entraría por la puerta principal de la casa.

Creo que tu abuela es la única persona a la que le temo.

Y con razón Lady Latham carraspeó al encontrarse con ellos dentro de la puerta.

Lady Latham Adrian inclinó la cabeza respetuosamente.

Entren y séquense, ustedes dos miró a Venetia con el ceño fruncido. ¿Qué te pasa? Salir así corriendo a la lluvia sin una capa. Las jóvenes inteligentes que persiguen a los hombres *siempre* llevan carruaje y capa. Si no hubiera tenido un carruaje, nunca habría perseguido a tu abuelo. Santo cielo, el hombre prácticamente corría para escapar de mí, pero al final lo atrapé.

Pero, Abuela... comenzó a argumentar, sólo para detenerse y preguntarse cuál era la historia de amor de sus abuelos.

Estoy de acuerdo con ella, Venetia. Estás actuando como una de las heroínas de las novelas góticas de la señora Radcliffe. Lo único que te falta es tu candelabro.

Hombre inteligente, estando de acuerdo conmigo dijo Lady Latham. Has elegido bien, querida su tono hacia su nieta se suavizó. Ahora sube y cámbiate. Necesito hablar con el señor Montague.

Venetia asintió hacia él en manera de disculpa antes de subir corriendo.

Por aquí Lady Latham señaló con su bastón la habitación más cercana, un pequeño salón. Tomó asiento en el sofá, pero Adrian permaneció de pie respetuosamente en su presencia.

¿Conoces la situación de Venetia?

Sí. Me ha contado por qué desea casarse con alguien de su elección, y por qué tiene que ser pronto.

Ella tiene mucho dinero y un primo patoso que probablemente le causará problemas, al

principio, a quienquiera que se case.

Adrian asintió.

También mencionó eso.

Si te casas con ella, te enfrentarás al escrutinio y al juicio en todo momento su tono fue realmente serio. ¿Estás preparado para eso? Incluso tus hijos se enfrentarán a desafíos.

Sí.

Dicho esto, tengo algunas ideas que podrían ayudar miró hacia la puerta detrás de él y agitó la mano, indicándole a alguien que entrara. Él se volvió y se le hizo un nudo en la garganta.

Lady Mowbray, su hermanastra, estaba parada ante él. Sus ojos buscaron su rostro antes de sonreír vacilante.

Adrian, ¿verdad? preguntó su hermana.

Sí. ¿Cómo...?

Me atribuyo el mérito de ese descubrimiento, muchacho dijo Lady Latham. Lady Devon no divulgó su parentesco, por mucho que la molesté, y fue bastante. No, fue la forma en que Venetia observaba a Lady Mowbray con tanto interés. Y cuando estuvimos en la galería de retratos esta mañana, me di cuenta de que tienes un gran parecido con mi amiga, aquí presente. Juntamos las piezas mientras Venetia iba a buscarte sonrió al comprobar que sus deducciones fueron correctas.

¿Es verdad? Lady Mowbray preguntó. ¿Mi institutriz era tu madre?

Sí dijo en voz baja. Su corazón y su cabeza se hundieron en un suave palpar que oscilaba entre la alegría y el pánico.

La sonrisa de Lady Mowbray se volvió más confiada.

Mi hermano y yo adorábamos a tu madre. Lamento escuchar que ha fallecido la hermosa mujer volvió hacia él sus ojos ambarinos, ojos que compartían. Mi padre cometió un error al enviarla lejos. Debería haberse casado con ella, y tú deberías haber tenido una infancia con nosotros le tendió la mano. Eres de la familia, al menos para mí, y creo que mi hermano sentirá lo mismo. ¿Me aceptarás... hermano?

Sus palabras y la mano que yacía frente a él fueron casi demasiado para soportar. En un día, había perdido todo su mundo y ahora un nuevo mundo y un nuevo futuro le habían sido impuestos, uno que era más brillante de lo que jamás podría haber soñado.

Estoy honrado, Lady Mowbray.

Ellen, por favor. Somos familia sonrió, y Adrian estrechó su mano entre las suyas.

Así que, como ves, mi muchacho, tu hermana y yo haremos todo lo que esté en nuestras manos para devolverte al mundo, pero seguirá siendo un reto.

Lo entiendo respondió él. Venetia lo vale todo.

La mujer mayor esbozó una sonrisa astuta.

Bien. Ahora ves por qué te elegí a ti.

¿Elegirme? repitió completamente confundido.

Lady Latham se rio.

Sí, ¿crees que todo esto fue el destino? Querido muchacho, supe desde el momento en que me ayudaste a bajar del carruaje cuando llegamos que encajarías perfectamente con mi nieta. Sólo era cuestión de encontrar la manera de emparejarte con ella.

Lady Mowbray soltó una risita y enlazó su brazo con el de Adrian.

Es mejor no preguntar cómo Lady Latham hace su magia susurró. Lord Mowbray y yo no nos habríamos casado de no ser por su astuta intervención. Ahora vamos, hablemos mientras esperamos a Venetia. Tenemos mucho de que ponernos al día, hermano, y deseo presentarte a mi querido esposo, Edward.

Capítulo Once

Capítulo Once

Tres días después

Adrian estaba de pie en la pequeña iglesia de Hartland, cerca de la propiedad de la Abadía, con su amigo Benjamin a su lado. Llevaba puestos unos pantalones finos de color azul oscuro y un abrigo a juego con un chaleco dorado.

Le resultaba extraño no llevar puesta la librea de un lacayo, la cual había usado casi todos los días de servicio, excepto en raras ocasiones en vacaciones. Delante de él, la iglesia estaba llena de un pequeño grupo de sirvientes de la Abadía de Hartland, así como de Lord y Lady Devon y sus hijos. Era alarmante ser tan visible después de tantos años de practicar el arte de la invisibilidad.

Miró hacia Peregrine Sherman, quien había cabalgado con él a Londres dos días antes para obtener una licencia especial de Doctors' Commons y poder casarse de inmediato con Venetia. Le debía mucho y esperaba poder devolverle el favor algún día. Peregrine asintió con complicidad.

Tranquilo, viejo amigo dijo Benjamin.

¿Y si cambia de opinión? preguntó Adrian. ¿Y si se da cuenta de que ha cometido un error?

Definitivamente comete un error al casarse contigo, pero dudo que eso le impida presentarse su amigo soltó una risita.

Eres un alivio para mi ego replicó Adrian.

Las puertas de la iglesia se abrieron antes de que Benjamin pudiera responder. Primero entró su hermanastra. Ellen le dirigió una sonrisa radiante mientras se colocaba en el primer banco. El hermanastro de Adrian, Lord Bainbridge, la seguía con Venetia del brazo, escoltándola por el pasillo.

Una parte de él aún se preguntaba si estaba soñando. ¿Su vida había cambiado tan radicalmente en tan sólo unos días? ¿Había sido arrojado de aquel carruaje tres días antes, y ahora yacía inconsciente sobre un camino enlodado, y todo esto era producto de su imaginación? Se quedó sin palabras cuando su futura esposa se acercó a él. Se casaba con una dama, la hija de un conde, y ella lo *amaba*.

Venetia era una visión de seda azul, adornada en encaje belga. Una pequeña diadema de diamantes, herencia familiar, descansaba sobre su cabello dorado. Iba por la mitad del pasillo cuando la puerta del fondo de la iglesia se abrió de golpe y un hombre entró corriendo. No, *irrumpió*. Invadió la iglesia como si fuera la Bastilla.

¡Alto! ¡No lo permitiré! el hombre se abalanzó sobre Venetia, quien se quedó pálida. La

cogió del brazo, retorciéndoselo. Adrian se precipitó por el pasillo y la liberó de un tirón, poniéndola a salvo detrás de él.

¿Quién es usted, señor, y por qué ha puesto sus manos sobre mi esposa? gruñó Adrian.

El hombre miró con odio a Venetia por encima del hombro de Adrian.

Aún no es tu mujer. Soy su primo y tengo derecho a decidir con quién se casa. ¡Y desde luego no será con un bastardo como tú!

Adrian cerró las manos en puños, ignorando las miradas ansiosas de los invitados de la boda a su alrededor.

Usted debe de ser Lord Latham, el primo *patoso* del que tanto he escuchado hablar.

Adrian escuchó a Lady Latham resoplar en algún lugar detrás de él.

La mano de Venetia presionó ligeramente su espalda, dándole un apoyo silencioso mientras hablaba con su primo.

Patrick, debes marcharte. Alcancé la mayoría de edad hace tres años. No necesito el permiso de nadie para casarme, y menos el tuyo su voz fue tranquila, pero Adrian pudo sentir un ligero temblor en ella mientras lo apretaba por detrás.

Piénsalo bien, prima advirtió. Ahora soy un par. Perderás a *todos tus amigos y contactos, y me aseguraré de que no seas bienvenida en ningún sitio*. Tus hijos serán el producto de un bast...

Adrian golpeó a Patrick directo en la mandíbula. El hombre gritó y se tambaleó hacia atrás, sujetándose la cara.

¡Acabas de agredir a un par del reino! Podría hacer que te colgaran le espetó.

Peregrine se acercó a Adrian.

No veo cómo, Latham. Después de todo, te golpeaste la cara con el borde de un banco al tropezar mientras asistías a la boda de tu querida prima. Muy desafortunado.

¡Qué! Patrick gritó. Nadie aceptaría mentir.

Peregrine miró a su alrededor.

¿Alguien vio a este hombre ser golpeado por un puño? ni un solo invitado de la boda hizo ruido. ¿Alguien lo vio tropezar? todos miraron despectivamente a Patrick, y un murmullo de acuerdo se propagó por los bancos.

Peregrine sonrió sombríamente.

Creo que es hora de que te vayas se inclinó, cogió el brazo de Patrick y lo arrastró hacia la salida en la parte trasera de la iglesia.

Oh, Adrian susurró Venetia, siento mucho todo esto.

Cogió suavemente las manos de su prometida y le sonrió, haciéndole saber que todo estaba bien. Con una mirada a Lord Bainbridge, quien asintió en señal de aprobación, Adrian acompañó él mismo a Venetia hasta el altar.

El clérigo se aclaró la garganta.

Comencemos.

Adrian sostuvo las manos de Venetia entre las suyas, pronunciando sus votos y escuchando los de ella. Una vez hecho esto, le robó un beso que hizo que Benjamin celebrara. Luego se volvieron hacia los invitados reunidos en la iglesia, y vieron a los sirvientes de Hartland quienes habían sido su familia durante los últimos diez años, así como al duque y la duquesa de Devon, quienes le sonreían con orgullo. Por último, su mirada se posó en la abuela de Venetia, quien secó una lágrima de su arrugada mejilla.

Bien hecho, mi muchacho dijo. Muy bien hecho.

Se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que, a su manera, Lady Latham le estaba

diciendo que le daba la bienvenida a la familia.

Venetia le sonrió, el tipo de sonrisa que él pensaba que sólo vería en un sueño, una que parecía eclipsar al mismísimo sol.

Dime qué estás pensando le pidió.

Él le rozó los labios con las puntas de los dedos.

Estoy pensando que ningún hombre será jamás tan dichoso como yo de pasar de lacayo a marido, especialmente *tu* marido.

Los ojos de ella centellearon.

Creo que me alegro de haberme torcido el tobillo, de lo contrario nunca nos habríamos conocido.

Él soltó una carcajada y ella frunció el ceño, confundida.

¿Qué? preguntó.

Creo que tu abuela habría encontrado la manera de reunirnos, a pesar de todo. Es muy lista.

Sí que lo es dirigió una mirada pensativa a su abuela. *Muy* lista.

Lady Latham cogió su bastón y les sonrió, como si supiera exactamente lo que decían de ella.

Pero es imposible que adivinara todo lo que iba a ocurrir reflexionó Venetia.

No necesitaba hacerlo. Sólo tenía que hacer una cosa.

¿Qué cosa?

Asegurarse de que me sería tentado por ti contempló sus labios besables, sin importarle los invitados cercanos.

La mirada de Venetia se suavizó.

¿Y lo fuiste?

Nunca hubo un hombre en toda Inglaterra que se sintiera tan tentado.

Se inclinó y le robó otro beso, uno que escandalizaría a todos los presentes, pero no le importó.

* * *

Una semana después

Venetia observaba a su marido mientras desayunaba y leía el periódico en su nueva casa de Londres. Gwen había salido a tomar el té con unas amigas a primera hora de la mañana y los había dejado solos. Venetia aprovechó el momento para observar a su marido sin ser observada. Cómo lo adoraba... incluso cuando fruncía ligeramente el ceño mientras leía, había aprendido que lo hacía cuando se concentraba intensamente en algo.

Él todavía se estaba acostumbrando a la vida más relajada de un hombre que se había casado con una heredera. No había sido fácil al principio, cuando les había hablado a sus amigas del matrimonio, pero después de conocer a Adrian, todas habían visto lo que lo hacía tan perfecto. Los rumores de que se había casado con ella por dinero se disolvieron rápidamente. En cada una de las últimas siete mañanas, él se despertó mucho antes del amanecer, pensando que tenía que vestirse y trabajar, pero cada vez ella lo besaba y tiraba de él hacia la cama. Llevaría tiempo, enseñarle a vivir una vida diferente, pero ella lo disfrutaría.

Dobló el periódico y miró en su dirección.

Pensé que podría ajustar las horas del personal, con tu permiso.

¿Ah, sí? esto despertó su curiosidad.

He pensado en reducirles el horario, pero no el sueldo. Nos lo podemos permitir lo propuso con cuidado, respetuoso con el hecho de que el dinero al que tenía acceso procedía de la herencia

de Venetia. Estaba manteniendo su palabra y trataba su matrimonio como una alianza.

Como tú tienes más conocimiento en ese campo, te dejo esa decisión a ti.

Adrian se relajó y le sonrió, con una expresión apacible. Nunca se había dado cuenta de lo tenso que había sido hasta después de casarse. Se había convertido en alguien diferente, alguien mejor, más relajado y feliz. La vida de servicio había sido dura, pero ahora tenía la oportunidad de vivir más tranquilo. Era natural que quisiera aliviar la carga de los sirvientes de su nueva casa.

Su mayordomo, el señor Evanston, apareció en la puerta.

Señor, tiene una visita se acercó a la mesa y le tendió una bandeja de plata con una tarjeta de visita.

¿Yo tengo visita? intercambió una mirada de desconcierto con Venetia antes de coger la tarjeta. El mayordomo esperó pacientemente mientras Adrian leía la tarjeta. Palideció y le entregó la tarjeta a Venetia.

¿El duque de Stratford? ¿Tu padre está aquí? se estiró sobre la mesa y le tocó el brazo. ¿Qué deseas hacer?

Yo... sacudió la cabeza. Supongo que sería bueno verlo.

¿Deseas que te acompañe? lo observó con preocupación. La palidez de su rostro era desconcertante. Había sido cuidadoso de no hablar mucho de su padre, o del rechazo que lo había marcado tan profundamente al principio de su vida.

Por favor, ven dijo sin vacilar. Me sentiré mejor si estás allí.

Le dijeron a Evanston que acompañara al duque a su salón principal y luego se reunieron con su inesperado invitado. El duque era alto y delgado, pero fuerte. Rondaba los cincuenta años y en muchos aspectos era un reflejo de su hijo, con ojos color ámbar y cabello oscuro, ahora cubierto de canas en las sienes. Cuando vio a Adrian, detuvo su paso y cuadró los hombros.

Gracias por venir a visitarnos, Alteza comenzó Venetia.

Señora Montague saludó formalmente, y luego su mirada se dirigió de nuevo a Adrian.

¿Quiere sentarse? sugirió. Podría hacer que trajeran té.

Adrian y su padre compartieron una larga y silenciosa mirada antes de que respondiera.

Si su marido no tiene inconveniente, me gustaría mucho.

Adrian hizo un gesto hacia las sillas de la sala.

Por favor, siéntese.

El duque eligió una y se sentó, y ellos ocuparon un par de sillas frente a él.

Lamento que esta visita llegue tan tarde dijo. No estaba seguro de si sería bienvenido, pero Lady Latham me visitó hace poco y me aseguró que aceptarían verme.

¿Mi abuela lo visitó? no pudo evitar preguntarse cuándo lo había hecho. Había estado pasando más tiempo fuera de casa ahora que Venetia estaba casada. Cuando le había dicho que no necesitaba dejarlos solos tan a menudo, su abuela le había acariciado la mejilla con cariño y sonriendo con un brillo en los ojos le había dicho: *“Créeme, querida, recordarás estos primeros días con la sonrisa más cariñosa y es mejor que tengas tiempo a solas con él antes de que lleguen los bebés.”*

La expresión del duque se transformó en una de diversión.

Me recordó que no soy cobarde. Sin embargo, estos últimos diez años me he comportado muy cobardemente. Mis otros dos hijos hicieron sin dudar lo que yo no hice, que es darte la bienvenida a mi vida, Adrian tragó saliva. He cometido muchos errores: no casarme con tu madre, no mantenerla en mi casa, no verte nunca... no acogerte cuando llegaste a mi puerta porque tenía demasiado miedo de verte. Lord Devon me hizo un gran favor al contratarte, pero debería haber sido yo quien cuidara de ti su mirada bajó al suelo. No espero el perdón por mis

errores, y desde luego no lo merezco.

Pero lo tiene dijo Adrian en voz baja.

El duque enarcó las cejas y sonrió.

En ese caso, creo que mi tardío regalo de bodas será bien recibido sacó un paquete doblado de papeles del bolsillo de su abrigo. Por favor, acepten esto de mi parte como felicitación por su matrimonio.

Le dio los papeles a Adrian, quien los desdobló. Escaneó el contenido y se los pasó a Venetia sin decir una palabra. Leyó los documentos y se quedó con la boca abierta.

Es la escritura de la finca de los Latham susurró. ¿Cómo...? no pudo terminar.

Su abuela me contó que su primo la vendió para lucrarse. También me dijo que era la casa a la que usted y ella habíais llamado hogar y que la echaba mucho de menos. Hice que mi abogado se pusiera en contacto con el nuevo propietario y le hiciera una oferta. Ahora os pertenece a los dos.

Adrian se frotó la mandíbula mientras miraba a su padre.

Gracias, Alteza dijo finalmente. Esto significa mucho para nosotros.

Espero hacer mucho más, pero creo que este es un buen comienzo respondió. Si no os oponéis a que forme parte de vuestras vidas.

Venetia pudo ver que Adrian seguía aturdido por esta visita, pero esperaba que la viera como algo positivo.

Eso me gustaría, Alteza dijo Adrian.

Richard, por favor, y quizás algún día me llames *Padre*. Cuando te sientas cómodo con ello.

Adrian le tendió la mano al duque.

Richard.

Permítanme traer algo de té Venetia tocó la campanilla para Evanston.

Pasaron la siguiente media hora con el padre de Adrian, y cuando se marchó, Venetia rodeó el cuello de su marido con los brazos.

¿Cómo te sientes? le preguntó.

Aturdido dijo. Pero esperanzado.

La esperanza es buena.

Ella atrajo su cabeza hacia la suya para besarlo. Soltó un chillido de alegría cuando él la levantó en brazos y la llevó a uno de los sofás más cómodos del salón. Ambos se sentaron, Venetia en su regazo, y siguieron besándose. La mano de Adrián se deslizó por su falda, haciéndola reír mientras le hacía cosquillas con las puntas de los dedos. Siempre supo cómo volverla loca de hambre por él.

¿Pretendes hacérmelo aquí? fingió preguntar en un jadeo escandalizado.

Por supuesto, sólo tenemos unas horas antes de que regrese tu abuela, y no debemos perder ni un momento a solas.

Venecia se rio.

Sabes que a ella no le importa...

Pues a mí sí me importa. Adoro a tu abuela, pero es bastante feroz. Siempre espero que se abalance sobre mí y me noqueé con ese bastón.

¡Nunca lo haría! se rio. Eres su héroe, ¿sabes? Hiciste exactamente lo que ella esperaba, le diste una buena paliza a Patrick.

Los ojos de Adrian ardían con un placer perverso mientras miraba su boca de nuevo con una fijación lujuriosa.

Realmente me tientas dijo, riendo entre sus besos.

¿Ah, sí? le mordió el labio inferior juguetonamente, y él gimió antes de besarla más fuerte.
Atrevida gruñó, y Venetia rio con deleite.
Calla y hazme el amor le ordenó.
Adrián le dirigió una mirada seductora que hizo que su cuerpo temblara de excitación.
Como lo desees.

¡Gracias por leer *Tentando al lacayo*! ¡Pasa la página para leer el primer capítulo de *Vals en la nieve*!

Vals en la nieve

No había nada más fastidioso que un caballero con una reputación perversa arruinara el agradable paseo de una dama por Hyde Park con un soltero codiciado para salvarla de una perdición segura. Pero eso era exactamente lo que le esperaba a Arianna Asgil mientras cabalgaba por los invernales senderos nevados de Hyde Park con dicho soltero codiciado, el señor Solomon Cumberland.

Las cosas habían ido tan bien que la chaperona de Arianna, su amiga casada Daphne Grant, la Condesa de Huntley, había tenido la amabilidad de darle a Arianna espacio para que el señor Cumberland la cortejara como es debido. Normalmente, era casi imposible tener un momento a solas, pero este día, ella había tenido la esperanza de conseguirlo.

Señorita Asgil, estoy seguro de que sabe por qué le he pedido que me acompañe hoy los ojos azules de Solomon rebosaban de deseo mientras la miraba.

Arianna se sonrojó por la emoción. ¿Por fin iba a suceder? ¿Este caballero iba a profesarle su amor y proponerle matrimonio? Hacía dos meses que se había fijado en él y estaba decidida, esta vez sí, a casarse por fin. Después de dos temporadas fallidas, estaba desesperada por conseguir una pareja.

Vivir con sus padres no era una gran tragedia, pero no estaba segura de querer permitir que la sociedad la relegara a una vida tranquila en el campo, que a menudo era el destino de las damas solteras de alta alcurnia. Aunque su madre había tenido éxito en la sociedad, no habría tenido muchas posibilidades de mantener a una hija solterona en público sin enfrentarse a algunas burlas.

Arianna daría cualquier cosa por correr por el país tan salvaje como una amazona, pero esa opción sólo avergonzaría a sus padres. Ellos la apoyarían, pero no quería hacerles pasar por eso. Era mejor casarse y tener un poco de libertad como mujer casada. Ahora había puesto sus esperanzas en Solomon Cumberland por los rumores que había escuchado de que estaba buscando esposa.

Estoy dispuesta a escuchar cualquier cosa que desee preguntar, señor Cumberland lanzó una mirada a Daphne, quien había detenido su caballo en el camino para poder hablar con otra dama. Por un momento, Arianna y Solomon estuvieron solos. Había sido todo un caballero durante el último mes, llevándole flores, visitándola en su casa, quedándose a tomar el té... todas las cosas que un caballero haría cuando corteja a una dama con la que planea casarse.

Los ojos de Solomon volvieron a brillar.

Venga por aquí. Lo que deseo hacer requiere un poco de privacidad.

Llegó en momento... Arianna guio a su caballo para que siguiera al de él por un sendero sombreado donde la brisa invernal no llegaba a ellos. Solomon se deslizó suavemente de su

caballo y la ayudó a bajar del suyo. Ataron sus caballos a una rama baja de un árbol cercano y se adentraron en la zona apartada.

¿Qué quería preguntarme? preguntó Arianna cuando se detuvieron. Seguramente ya se habían adentrado bastante en el sendero, y este era el lugar perfecto para una proposición. Intentó grabar el momento en su mente, con la luz reflejándose en la nieve y el sol calentándole la cara. Este sería un bonito recuerdo.

Solomon se volvió hacia ella, con un nuevo brillo en sus ojos que iba más allá del deseo. Le recordó a la mirada de un perro que había intentado morderla cuando era niña. De repente, su corazón latió fuertemente contra sus costillas en señal de advertencia.

No tengo nada que preguntarle dijo con suavidad mientras la sujetaba por la cintura y la estrechaba contra él.

El grito de sorpresa de Arianna se silenció cuando su boca se posó con fuerza sobre la de ella. No era romántico, y desde luego no era agradable.

Empujó con fuerza contra su pecho y él retrocedió, con la sorpresa reflejada en sus facciones. Arianna tenía la constitución de una amazona, según su madre; no era una criatura diminuta que fuera presa fácil.

Deténgase de una vez, señor Cumberland le advirtió, respirando con dificultad mientras él avanzaba. Creía que planeaba...

Ladeó la cabeza como si estuviera perplejo.

¿Qué?

Pedirme que me casara con usted respondió, retrocediendo otro paso, aunque detestaba retroceder.

Creía que nos entendíamos, Arianna. Esto hizo un gesto con la mano entre sus cuerpos, se trataba de placer mutuo. Ya no eres una hermosa doncella de diecisiete años. Seguro que sabes que ningún hombre se casará contigo a tu edad, no con tu altura y complexión. Lo mejor que puedes esperar es esto volvió a abalanzarse sobre ella, y estaba tan sorprendida y horrorizada por sus palabras que se encontró desprevenida.

El dolor recorrió su cuerpo cuando Solomon la tiró al suelo. Luchó e intentó gritar. Él le tapó la boca con una mano y ella tuvo un segundo para asestarle un golpe, dándole de lleno en el ojo, tal como su hermano mayor le había enseñado. Él maldijo y la abofeteó. Con los oídos zumbándole y la vista nublada por el inesperado golpe, se preparó para lo que él hiciera a continuación, mientras intentaba desesperadamente ordenar sus pensamientos para idear algún plan coherente de huida.

Un momento después, Solomon salía volando de ella y rodaba por la hierba nevada. El sol del mediodía iluminaba una figura que se alzaba sobre ella, el cabello rubio del hombre fue iluminado con un resplandor angelical.

Una voz profunda y familiar la llamó por su nombre.

¿Arianna? ¿Estás bien?

Ella asintió, estupefacta, mientras miraba el rostro de su salvador. No esperaba volver a verlo, al menos no de cerca.

Derrick Seabright, el hombre al que una vez había amado cuando era una niña tonta, había arrojado a Solomon lejos de ella, y ahora que había asentido para indicar que estaba bien, se abalanzó sobre Solomon mientras el hombre volvía a ponerse en pie. Sin mediar palabra, Derrick le asestó un golpe tras otro, hasta que el hombre quedó inmóvil en el suelo y un gemido escapó de sus labios.

Sólo entonces Derrick se volvió hacia ella. No pudo evitar lo que sucedió a continuación

mientras intentaba ponerse en pie. Sus rodillas se doblaron y todo su cuerpo tembló como la última hoja frágil que se aferra a una rama justo antes de que llegue el invierno. Una ligera brisa y caería.

Derrick se agachó y, con manos sorprendentemente suaves, manos que habían golpeado sin piedad a su atacante hacía unos instantes, la levantó en sus brazos.

¿Te ha hecho daño, Arianna? preguntó.

No... no se tocó la mejilla y se estremeció. Derrick siguió mirándola, con la preocupación ensombreciendo sus ojos color avellana.

¿Te golpeó?

Sí, pero... lo detuvo cuando gruñó y encaró la figura tendida de Solomon. Por favor, Derrick, quiero irme. *Ahora*.

Por un momento, se sintió segura en sus brazos, el calor de su cuerpo inundando su figura helada mientras le rodeaba el cuello con los brazos, sintiéndose más que nunca como una niña pequeña y asustada. Era una sensación terrible, pero con Derrick, el hombre en quien siempre había confiado para que la protegiera, sabía que estaba a salvo. Su mirada violenta, apenas contenida, le advirtió que, si no se marchaban inmediatamente, volvería a atacar a Solomon. Una parte de ella, sedienta de sangre, deseaba que siguiera golpeando a Solomon por lo que había intentado hacer, pero el resto sólo quería estar lo más lejos posible del hombre. Había traicionado su confianza, y pensar en lo que podría haber pasado si Derrick no hubiera llegado a tiempo la dejó temblando y con el estómago revuelto.

¡Arianna! justo entonces Daphne rodeó la espesura de los árboles y entró en el camino. Instó a su caballo hacia ellos. Dios mío, ¿qué ha pasado? Me detuve a hablar con Lady Essex, y entonces desapareciste...

Sus ojos pasaron de Arianna a Derrick y luego a Solomon en el suelo. Detuvo el caballo y se bajó de la silla. Sabía que su amiga estaba tratando de reconstruir la extraña escena que tenía ante ella; entonces los ojos de Daphne se abrieron de par en par, sorprendida.

Debería haberse soltado de los brazos de Derrick, pero aún estaba demasiado inestable para mantenerse en pie por sí sola. Necesitaba un momento más para recobrar la sensatez y volver a ponerse en pie, y no era porque estuviera disfrutando de la seguridad y el calor que le proporcionaban los brazos que la rodeaban. No, en absoluto.

Lord Seabright saludó Daphne.

Derrick asintió, pero no dijo nada.

Arianna, ¿qué ha pasado? ¿Debería alguien ver al señor Cumberland, o...?

El hombre gimió en el momento justo mientras seguía tumbado de espaldas en la nieve.

Dejen al bastardo donde está. No merece ayuda declaró Derrick rotundamente.

Oh Dios... Creo que necesito una explicación su mirada se posó de nuevo en Arianna y Derrick.

Arianna había sido una completa tonta, y ahora su amiga lo descubriría. Una parte de ella quería morirse de mortificación. El resto sólo quería irse a casa.

Pensé... fue difícil ocultar el temblor de su voz.

¿Por qué has venido hasta aquí? Derrick preguntó. Su tono áspero, al que estaba acostumbrada cada vez que le hablaba, estaba de vuelta. ¿No sabes lo que es este lugar?

Pensé que iba a proponerme matrimonio, pero tenía otras... miró a su alrededor. ¿A qué te refieres? ¿Qué es este lugar? Parece un sendero ordinario en el parque.

Tiene razón el tono de Daphne fue tranquilo. Esto es Scandal Lane. Los hombres sólo traen aquí a las mujeres para *otras* cosas que no son proponerles matrimonio.

Daphne se puso pálida mientras miraba a su alrededor y luego volvió su atención a Derrick
¿Alguien lo vio venir aquí, Lord Seabright?

No, no hay nadie más cerca. Yo venía por el lado opuesto del sendero dijo. Si los tres nos vamos ahora, todavía podemos evitar el escándalo.

De acuerdo. Rápido, debemos dejar este carril, Arianna Daphne los empujó hacia los caballos. Derrick ayudó a Arianna a subir a la silla de montar y luego ayudó a Daphne a subir a la suya. Una vez que hubo montado su propio caballo, salieron rápidamente de la parte aislada del parque.

Sonríen dijo Daphne mientras se acercaba para quitar unas cuantas hojas del traje de montar de Arianna. Ella alargó la mano para tocarse el cabello e hizo una mueca de dolor ante la maraña de enredos húmedos que tocaron las puntas de sus dedos enguantados.

Si alguien pregunta, di que te has caído le murmuró Derrick.

Arianna lo fulminó con la mirada. Lo último que necesitaba era que la vieran en compañía de este demonio. Eso le preocupaba mucho más que su aspecto en este momento.

En los últimos años, Derrick había adquirido una gran reputación en Londres. Había tenido como amantes a varias actrices famosas, e incluso corría el rumor de que una casa llena de cortesanas no había sido capaz de satisfacer sus deseos. No es que Arianna debiera saber de esas cosas, pero el marido de Daphne le contaba a su esposa todos los últimos escándalos de su club de caballeros, o, "el último dominio masculino no sujeto a la interferencia femenina", como los llamaba en broma el padre de Arianna.

Arianna, tu traje de montar y tu capa están empapados por el suelo helado y un poco embarrados señaló Daphne.

Cielos... Debemos volver a casa de inmediato no podía permitirse ser objeto de habladurías, no cuando ya había tenido tantos problemas para conseguir que incluso un hombre como Solomon la cortejara.

Lady Huntley, puedo acompañarla a casa con usted ofreció Derrick.

No Arianna le lanzó una mirada determinante. Lucas podría estar allí.

No lo está respondió Derrick. Sé con certeza que está en su club esta tarde.

Arianna se relajó un poco. Si Lucas no estaba en casa, se evitaría un sermón suyo. Y lo que era más importante, Derrick y él no tendrían oportunidad de pelearse... o peor...

Su hermano había sido el mejor amigo de Derrick, pero eso había cambiado hacía unos años y ahora se evitaban y se negaban a hablarse. Lucas se negaba a hablar de Derrick o de la situación que había roto su amistad. La razón de su distanciamiento siempre había sido un misterio, pero por mucho que Arianna quisiera preguntárselo, prefería volver a casa rápidamente para evitar las malas lenguas.

Por suerte, salieron del parque sin llamar demasiado la atención, pero el camino a casa duró mucho más de lo que ella quería.

Oh cielos, Arianna. Olvidé que tengo que llegar a mi reunión de esta tarde en Gunter's se lamentó Daphne, es lo que Lady Essex me estaba recordando cuando la vi. No tengo tiempo de acompañarte hasta la casa... Si Lord Seabright no estuviera aquí, me saltaría la reunión, pero viendo que es un amigo de confianza de la familia, ¿quizás pueda dejarte en sus capaces manos?

Estaría encantado de llevarla a salvo a casa dijo, suponiendo que Arianna no se oponga.

Oh, ella quería oponerse, desesperadamente, pero sabía que la reunión de Daphne era importante para ella. Una no se perdía una reunión con la Sociedad de Damas Rebeldes, sobre todo porque Daphne era la encargada de presentarla. Era un prestigioso honor presentar un tema ante la sociedad.

Ve, estaré bien. Lord Seabright es amigo de la familia... o al menos lo fue una vez le aseguró a su amiga.

Daphne se mordió el labio, mirando entre Arianna y Derrick.

Bueno, sólo si estás segura.

Estoy segura de que estaré bien le prometió.

Daphne se despidió de ellos y corrió hacia su casa.

Una vez solos, Derrick le dirigió a Arianna una mirada perversamente desconcertada.

¿Fui *una vez* amigo de la familia?

Arianna se sonrojó, pero no estaba segura de si era vergüenza o rabia lo que lo causaba.

Todo lo que sé es que un día Lucas y tú estabais tan unidos como hermanos, y yo estaba... cerró de golpe esos pensamientos y los guardó bajo llave. Al día siguiente ya no os hablabais y nunca volviste a casa.

A casa Lo dijo en voz baja, con una pizca de nostalgia que hizo que algo se tensara dolorosamente en su pecho. Había querido decir que él nunca había venido a casa de Lucas y ella, pero había dicho casa como si hubieran compartido su casa. Extrañamente, siempre había sentido que su casa había sido de él. Qué equivocada estaba al creer eso después de todo lo que había pasado.

Él se aclaró la garganta, con la mirada fija en otra parte.

Tu hermano y yo...

Ni siquiera puedes decir su nombre no pretendía sonar acusadora, pero su tono fue un poco rígido.

Derrick frunció el ceño y cambió el modo de sujetar de sus riendas, sus caballos casi chocando los hombros.

Quizá deberíamos hablar de ti, Arianna apretó las riendas y su caballo sacudió la cabeza con un resoplido. ¿Qué demonios hacías en Scandal Lane con Cumberland? Explícame eso.

No tengo que explicarte eso ni nada instó a su caballo a ir más rápido, pero Derrick alargó la mano y cogió las riendas, impidiendo que se alejara de él.

No quería explicarle nada a este hombre. Había estado locamente enamorada de él desde que era una niña. Había soñado que, en su primera temporada, bailarían juntos y se enamoraría profundamente de ella. Pero ese día nunca llegó, y en los últimos dos años había aprendido a no esperar un amor loco y salvaje. Pero sí esperaba encontrar a un hombre que le gustara lo suficiente y que al menos pudieran ser tolerablemente felices.

Arianna suspiró su nombre como si le doliera un poco. Podrían haberte hecho mucho daño hoy.

Como si no lo supiera. Había hecho una suposición tonta sobre Solomon y lo había pagado con la cara magullada y el cuerpo adolorido, por no hablar de su orgullo herido. No se permitió imaginar lo que podría haber pasado si Derrick no hubiera aparecido para salvarla. Se estremeció. No, no iba a pensar en lo que podría haber pasado. Encerró ese pensamiento en otra caja en su mente.

No tienes ningún derecho a sermonearme, Derrick. Ninguno en absoluto.

Su repentina sonrisa provocó un cosquilleo traicionero en su vientre.

Ahora ella me llama *Derrick*. Menos mal. Si me hubieras llamado *Lord Seabright* durante todo el camino de vuelta a la casa, podría haber enloquecido.

Arianna enderezó su columna e hizo lo posible por lucir refinada, algo que no le resultaba tan natural como a otras mujeres. Siempre había sido informal con Derrick, tal vez porque había crecido con él siempre cerca, y le resultaba extraño llamarlo *Lord Seabright* cuando estaban

solos.

Alguien debería sermonearte dijo. De hecho, alguien debería hacer mucho más. Estoy tentado a darte una nalgada.

Arianna detuvo su caballo de un tirón.

¡Cómo te *atreves*!

Oh, vamos, no tenemos tiempo para perder el tiempo. Esta noche tengo una cena en mi club continuó paseando su caballo ligeramente por delante del de ella.

Oh, no queremos que te lo pierdas. Estoy bien como para seguir sola.

Continuó sonriendo, maldito sea.

Me temo que no tendrás suerte librándote de mí. Estoy decidido a hacerme el héroe hoy.

Qué suerte la mía murmuró.

Sabes, no recuerdo que fueras tan arpía cuando eras más joven.

¿Arpía? chilló (de manera bastante escandalosa, para su propio horror). Varias personas que pasaban a caballo la miraron y ella agachó la cabeza bajo su sombrero de montar.

Derrick chasqueó la lengua y su semental aceleró el paso. Ella tuvo que instar a su caballo para que le siguiera el ritmo.

¿Hay una palabra masculina para *arpía*? Porque me encantaría *llamarte* así.

Me temo que no la hay dijo riendo mientras doblaba la esquina y esquivaba con cuidado a un par de carruajes que pasaban por la calle. Arianna corrió tras él.

Bueno, eso es injusto dijo cuando se detuvieron para dejar pasar a un par de carruajes de dos caballos. Los jóvenes azotaron el cuello de sus caballos con las riendas y se insultaron mientras cabalgaban a un ritmo peligroso.

Tontos. Se romperán el maldito cuello gruñó Derrick.

Arianna observó su actitud poco divertida ante la imprudencia de los otros hombres. No había pasado tanto tiempo de cuando él y Lucas habían sido descuidados y salvajes. Recordaba muy bien haber sido abandonada por ellos cada vez que emprendían sus aventuras masculinas prohibidas para su género.

Recuerdo perfectamente que tú y Lucas corristeis en esos carruajes un verano.

Teníamos *veinte* años. Los hombres cometen imprudencias a esa edad. Ahora soy mucho mayor y más sabio lucía mayor, pero de una manera que había eliminado su inocencia infantil. Lucía mucho más masculino, más intenso e intimidante que nunca.

Tan viejo y sabio a los veintiocho no pudo resistirse a burlarse de él. Sí, eres prácticamente un anciano. Imagino que dentro de unos años construirán monumentos y templos en tu honor.

Tienes suerte de que no estemos solos dijo. Sus ojos brillaron como los de Salomón, pero su intensa mirada no despertó en ella un miedo incipiente, sino algo más. Algo igual de oscuro y primitivo, pero más estimulante que aterrador.

¿Por qué? ¿Para que me des nalgadas como a una niña rebelde? lo desafió.

Hay otras cosas que un hombre puede hacer cuando quiere que una mujer deje de hablar, cosas que, de hecho, podrías disfrutar su advertencia estuvo tan cargada de malicia que ella contuvo la respiración. ¿Se refería a un beso? La idea de sus labios sobre los suyos, silenciándola al besarla, hizo que un calor recorriera su piel.

Vamos dijo él cuando el camino se despejó.

Trotaron por la calle de casas adosadas. Cuando por fin llegaron a la suya, ella se dispuso a desmontar sola, pero él ya estaba allí, deslizándola entre él y su caballo. Su respiración se congeló en sus pulmones mientras lo miraba. Había olvidado lo alto que era, incluso comparado con ella. La parte superior de su cabeza sólo le llegaba a la barbilla.

Sana y salva dijo en voz baja, sin dejar sujetarla entre sus brazos.

Arianna quiso enfurecerse, gritarle y contarle todos los sentimientos encontrados que había sufrido durante los dos últimos años, mientras él había estado fuera de su vida. Pero en lugar de eso, separó los labios y se encontró mirando hacia su boca. Esos labios carnosos y ese rostro cincelado que la habían cautivado todos aquellos años. ¿Cómo era posible que un hombre luciera más atractivo a medida que pasaran los años? No era justo. Quería que fuera menos musculoso y mucho menos encantador, un hombre del que pudiera estar segura que no volvería a romperle el corazón. Pero, por desgracia, Derrick Seabright seguía siendo un espécimen de hombre gloriosamente perfecto.

Será mejor que no me mires de esa manera susurró él, sus oscuras pestañas agitándose mientras entrecerraba los ojos.

¿De qué manera? susurró.

De la manera que dice que necesitas que te bese apropiada y meticulosamente las palabras salieron de sus labios en un suave gruñido de advertencia que provocó deliciosos escalofríos en su piel.

Ella emitió un leve sonido, y los brazos de él en su cintura se tensaron ligeramente.

¿Y qué si *quisiera* que me besaran apropiada y meticulosamente? musitó en voz alta, incapaz de quitarse de la cabeza la imagen repentina y sin aliento de él besándola en las sombras de Scandal Lane.

Derrick se acercó más.

Arianna...

¡Arianna! ¿Qué crees que estás haciendo con ese hombre? gritó la madre de Arianna mientras abría la puerta principal de la casa con la fuerza suficiente para que se abriera de golpe.

Arianna gimió, y Derrick inmediatamente la soltó para alejarse.

¡Santo cielo! ¿Eres tú, Derrick Seabright? Pensé que estaba a punto de besar a algún horrible desconocido y provocar un gran escándalo. Pero gracias a Dios que eres tú. Tienes que venir a tomar el té bajo corriendo los escalones mientras sus coloridas faldas ondeaban a su alrededor y le dedicó a Derrick una sonrisa maternal. Un lacayo se apresuró a hacerse cargo de sus caballos.

Señora Asgil. Es encantador verla, pero me temo que no puedo...

Por supuesto que puedes, querido. Tampoco dirás que no a la cena. Mírate, estás es los huesos. Deja que mi cocinera te alimente tocó el musculoso brazo de Derrick mientras se preocupaba por él.

Arianna hizo lo que pudo para rescatarlo de su bienintencionada madre.

Mamá, esta noche cena en su club.

¿Club? Tonterías. Lo que cocinen en tu club debe ser espantoso. No, insisto en que te quedes a cenar.

Pero, mamá, Lucas está...

Va a salir esta noche su entusiasmo disminuyó un poco al ver a Derrick más serio. Por favor, di que te quedarás suplicó.

La determinación de Derrick vaciló ante la fuerza de la súplica de Martha.

Muy bien, me quedará aceptó con un suspiro.

¡Maravilloso! Pasa, pasa pareció darse cuenta por fin del estado de la ropa de Arianna. Por Dios, ¿qué has estado haciendo? ¿Retoando en el barro helado? Ve a cambiarte de una vez.

Maldiciendo en voz baja, Arianna subió los escalones de la casa. Escuchó esa risita diabólica mientras Derrick la seguía al interior.

Cena con Derrick Seabright. Que Dios la ayude...

Si te gustaría saber qué pasa después, ¡consigue el libro [AQUÍ!](#)